

la pieza que me faltaba

alejandra inclán



la pieza
que me
faltaba

alejandra inclán

La pieza que me faltaba

Alejandra Inclán

Copyright © 2018 Verónica Alejandra Inclán Cazarín

Todos los derechos reservados

Diseño de Portada: Marco Aurelio Méndez

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

Para N. C. que me contó su historia
A Agnes Torres, que murió en la lucha

Introducción

Amalia siempre hacía esfuerzos enormes para alcanzarme, mientras gritaba: <<Carlos, Carlos, deja de correr así, te vas a ensuciar tu vestido>>. Ya no me llamo Carlos. Dejé de hacerlo. Me bauticé como Karol. <<Karol, Karol, deja de correr así, vas a ensuciar tu vestido>>. Así es como realmente me gusta recordar aquella escena.

Cuando Karol nació fue entregada a un naciente orfanato para niñas. Le recibieron pensando que lo era, para luego enterarse, que en realidad era un niño, o al menos eso interpretaron por sus genitales.

Ir creciendo y darse cuenta de su realidad, ser adoptada y por un tiempo el intentar criarle como niño le trajo una tristeza no común en su temprana edad. Sus padres comprensivos buscaron la ayuda para entender y conducir a Karol de la manera correcta, para que no se sintiera incompleta. Así fue aceptada y criada como niña...

Contenido

[Introducción](#)

[Primera parte](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Segunda parte](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Tercera parte](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Cuarta parte](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Capítulo 72](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

Primera parte

Capítulo 1

Mi primer recuerdo es el de Amalia corriendo tras de mí. Tenía tres años. Casi cuatro. Mi cabello negro y mi piel blanca, que con el tiempo se volvió apiñonada. Eso es raro, pero hay cosas más raras en mi vida. Quiero a Amalia, quiero a Dulce, quiero a Daniela. Mis tres madres. Las tres bonitas y diferentes. Las tres sonrientes. Bueno, Daniela un poco menos, tan autoritaria, y aún con ello suave y tierna cuando algo me pasaba.

Amalia siempre hacía esfuerzos enormes para alcanzarme, mientras gritaba: <<Carlos, Carlos, deja de correr así, te vas a ensuciar tu vestido>>. Ya no me llamo Carlos. Dejé de hacerlo. Me bauticé como Karol. <<Karol, Karol, deja de correr así, vas a ensuciar tu vestido>>. Así es como me gusta recordar aquella escena.

Ese domingo 9 abril del 2006 me encontraba frente a ellas. A pesar de haberles visitado en mis 14 años, no salían de su asombro al verme como una mujer de 18. Me amaban, lo sabía, se les veía en los ojos. Fui su niño, como me dijeron aquella ocasión.

Pasaron cuatro años. Fueron momentos muy difíciles, tanto que contarles, tanto que decirles. Mis motivos, aparte de hablar de mí, era el regalo que les pedí por teléfono cuando tenía dieciséis años y que ellas prometieron darme cuando fuera mayor de edad: conocer mi origen, de dónde vine, quién me regaló y por qué me dejó en el orfanato. Las reglas prohibían cualquier contacto con los familiares que se desprendían de manera definitiva de sus hijos, sin embargo, me había convertido en mayor de edad e iba por las piezas que me faltaban para rearmar el rompecabezas de mi vida, y así dejar tantas cosas atrás, remover lo que me sobraba y agregar lo que necesitaba.

¿Quién era mi mamá biológica? No debía importarme. No quería que

me importara, mas mi corazón latía por la incertidumbre, por saber por qué no me quiso, si me hubiera apoyado, aceptado y conducido con sabiduría como lo han hecho mis queridos padres adoptivos. Cómo no amarlos. Sobre todo a mí papá, quien tan fuerte me abrazó cuando yo lloraba y lloraba, diciéndome que arreglaría todo, que si quería ser niña me acompañaría a lo que fuera necesario. Mi mamá Ana fue más temerosa, siempre dudando, aunque la entiendo, ha sido su manera de decirme que me ama, que se preocupa y que nunca quiere que me pase algo. Soy una chica con suerte. No todos los huérfanos son adoptados y mucho menos comprendidos de tal manera.

<<Soy feliz mamá, lo he sido sin ti>>. Eso es lo que quería decirle a mi madre biológica. Perdonarla y olvidarla, como ella me olvidó. ¿O tal vez no lo hizo? ¿Cómo saberlo? Sólo sabía que Amalia, Dulce y Daniela, tenían muchas respuestas. <<Dios quiera, hoy si me dejen saberlas>>, pensé, cuando estuve frente al orfanato.

Capítulo 2

Al estar delante de la Casa Hogar Providencia, me pareció más enorme a cuando la vi a mis 14 años. Distante. Intimidante. Etérea. Como un fantasma benéfico, que a pesar de sus buenas intenciones, da miedo a personas como yo, a las cuales se les cae su temple ante la proximidad de aquello que desea, y que al verle tan cerca, no cabe otro pensamiento más que huir.

Dulce me recibió en el portón del patio. Apenas abrió me abrazó y me besó.

—Hijo, digo, hija, perdón, perdóname, soy una tonta como siempre —me dijo muy apenada. Roja de su carita blanca y redonda. Dulce, muy gordita, chistosa por ese caminar que tenía debido a su obesidad, con mirada como de niña regañada, siempre disculpándose con gran pesar. La veía más bajita. Pero quien no luce así ante una chica de 1.77mts. Ella apenas con 1.50mts. Daniela era la más alta de ellas y Amalia la de en medio.

Sonreí y le dije que no se preocupara. Que entendía que, a pesar de todo, hacia el esfuerzo, y eso era lo que contaba. Me tomó de la mano y rodeando la casa, me condujo al patio trasero, donde había tres sillas. Una ocupada por Amalia y las otras vacías. Daniela estaba a lo lejos en ese patio inmenso, que contaba incluso con su propia cancha para voleibol y basquetbol. Daniela tenía a las niñas haciendo ejercicio. Siempre la relaciono con aire militar. Muy disciplinada, caminar recto, muy educada, correcta y entregada a las que considera obligaciones. Nadie se salvaba de una reprimenda de ella, si es que la merecíamos. Ello me ayudó a tener carácter, porque no era una figura de miedo, sino de aliento y de lo correcto. La más joven de ellas, guapa, piel apiñonada, cabello pelirrojo natural y lacio, delgada. 45 años debía tener si no me equivocaba en mis cuentas. Dulce y Amalia tenían 10 años más que ella.

Amalia salió corriendo al verme. Tiró la silla al levantarse. Sin

importarle llegó a mí. Me abrazó fuerte y me besó en la frente.

—Ahora soy yo la que tiene que cuidarse de no caerse y ensuciar su vestido, mi bella Karol. Te he extrañado tanto. ¡Te esperábamos con ansias! —me dijo mientras la observaba. Sus ojeras eran profundas. Su piel blanca, un poco flácida en su rostro. Su cabello negro y ondulado, el cual lucía un poco descuidado. Traía el delantal puesto. Sólo para dormir o salir a las compras se desprendía de él. La sentí más delgada al abrazarla, y eso que siempre ha sido algo gruesa, sin llegar a estar como Dulce.

—Así es, ansias de verte ya —dijo Daniela, que sin darme cuenta estaba al lado nuestro—. Mi niña. Qué linda. Cambias y no cambias. Ese aire de rebeldía de tus 14 años parece haberse estabilizado, pareces otra, más madura y con un semblante que te hace ver mayor de 18. Has pasado por mucho... Lo veo en tu mirada.

No la dejé continuar y la abracé. Nunca he entendido ese don que tiene para desnudar el interior de las personas con sólo de verlas. Hasta ese momento me di cuenta que era más alta que yo, por algunos centímetros. Sus zapatos eran de piso y estábamos a la misma altura, a pesar de que mis zapatos tenían una plataforma pronunciada.

—Siempre serás nuestra consentida, lo sabes. Bienvenida. Toma asiento por favor —me dijo señalando las sillas con la mano abierta—. Dulce, no traigas otra silla, debo permanecer de pie para supervisar el juego de las chiquillas. No me alejaré mucho de ustedes para escucharles. Ya tocará mi turno de hablar con Karol. Por lo pronto, empiecen ustedes. Saben que tengo buen oído y escucharé sin problemas.

—Tú siempre tan al punto Daniela —dijo Dulce con una mueca como de molestia, pero con una risa escondida—. Mira a la niña, debe tener hambre, son las 10:13 —dijo mirando al reloj —¿Ya desayunaste, mi amor?— me dijo mirándome y yo sonreí asintiendo.

—Ves, pueden empezar a conversar. Un día será nada ante todo lo que tenemos que contar. Y te incluyo Karol. Tú también tienes que ponerte al día con nosotras. Digo, creo que aún seguimos siendo “tus tres madres”. ¿O no?

—Siempre lo serán. Lo saben.

—Oh, Daniela, no seas tan ruda con Karol —intervino Amalia—. Karol prometió pasar el día entero aquí, así que vamos paso a paso. Como dices, debemos sentarnos, porque lo que hay que contar no es fácil de decir y entre más tarde se nos haga, menos palabras podremos utilizar y a mí no me agrada resumir, cuando hay tantos detalles. Aunque puede que lo haga un poco. Porque así como me gusta contar, me agrada escuchar, y tú Karol, por teléfono nos dijiste que también nos contarías todo lo que ha sido tu vida desde que dejaste este lugar. Sé que hay cosas que ya sabemos, mas no hay pretexto. Hoy nuestras historias se complementarán.

—Espero así sea Amalia —le dije con un suspiro.

—Entonces tomen asiento las tres, más vale comenzar de una vez —dijo Daniela y al mismo tiempo Amalia y Dulce me tomaron cada una por un brazo, conduciéndome la sombra de la casa y del gran árbol donde estaban las tres sillas.

Capítulo 3

Respiré profundo. El aire me empezaba a ser familiar. El nerviosismo del principio se estaba desvaneciendo. Amaba ese lugar, aun cuando agradecía no haber pasado toda la vida en él. Tres mamás para 16 niñas nunca es suficiente. Tener un papá y una mamá para mí, es lo más grande que me pudo pasar.

Me senté. Amalia se sentó a mi izquierda y Dulce a la izquierda de Amalia. Nos miramos sin saber cómo iniciar. Daniela haría más fácil todo. Pero ella estaba a tres metros, atenta a las niñas que jugaban con el balón intentando que pasara por la canasta. La más grande lucía de 16 años, quizás 17. Ella podría ser yo. Aunque... <<No sé qué hubiera sido de mí si la pubertad me hubiera alcanzado aquí>>, pensé. No creo que mis mamás hubieran gastado tanto dinero en mi terapia hormonal. Conseguir psicólogo gratuito no era algo difícil. Los medicamentos eran otra cosa. Si no estaba mal en mis cálculos, mis papás gastaban casi mil pesos mensuales entre hormonas y bloqueadores de andrógenos. Esos mil pesos hubieran sido más necesarios para alimentar a tantas niñas. Conté diecisiete, diez formando dos equipos de cinco, las otras siete eran más pequeñas y observaban sentadas en una de las bancas. A todas les daban escuela hasta el bachillerato, desayuno, comida y cena, según me contaron la ocasión anterior.

Intentar hacer tu cuerpo corresponder con el de una mujer, cuando tu biología es masculina, es algo costoso. Pocos niños y niñas transexuales tienen la oportunidad que yo tuve. Bloquear mi pubertad a los 12 años fue lo mejor. No sé qué hubiera pasado en el colegio si me hubiera salido barba, si mi cuerpo hubiera crecido al contrario de quien me sentía. No. El pensarlo me dio un escalofrío tremendo. Tanto, que lo reflejé y Dulce lo notó.

—Debes estar anhelante de saber. No tengas miedo. Vamos de apoco.

Por favor, Amalia, sabes que esto no es fácil para mí, empieza tú.

Amalia miró a Dulce y luego a mí.

—Pequeña. Esto es muy difícil, pues contar parte de tu historia nos remonta a la nuestra. Porque el primer niño que recibimos fuiste tú. Este orfanato nació contigo. Sin lo que nosotras vivimos, nunca hubieras pisado este lugar, tu madre te hubiera dejado en alguna casa hogar distinta y tu incierto futuro, no creo que se hubiera acercado a lo que viviste aquí.

Tomé la mano de Amalia. La animé a continuar. Le dije que quería escucharlo todo, que no importaba.

Y así empezó. Nunca lo hubiera imaginado. Sus revelaciones me dejaron sin habla. Sólo podía escuchar y empatizar con ellas. La verdad que se esconde detrás de los que amamos es tan incierta a veces.

—Dulce, Daniela y yo, así como tú, somos huérfanas. Crecimos en una casa hogar en Nuevo León, en el municipio de Apodaca. A diferencia de este orfanato, donde estábamos era mixto. Convivamos niños y niñas. Las mujeres sólo estudiábamos hasta la primaria y los niños hasta la secundaria.

>>Daniela fue la única que estudió secundaria y bachillerato de nosotras, y eso porque era necia. El poco dinero que le caía lo usaba para comprar dulces y revenderlos en la escuela. Juntaba su dinero, y cuando le dijeron que ya no seguiría, ella se impuso a nuestros cuidadores y les afirmó que ella se pagaría los estudios. Se rieron, pero solita se escapó a inscribirse. Al enterarlos, les mintió diciéndoles que la mamá de una amiga se iba a hacer cargo de sus gastos en la secundaria. Querían que la señora fuera al orfanato a declarar sus motivos. Como no existía, Daniela les dijo que la señora se negaba, porque si veía a los demás niños querría pagarles a otros y no le alcanzaba para tanto. La realidad es que los cuidadores querían convencer a la supuesta señora que invirtiera mejor en un varón. Las niñas sólo éramos para el hogar, siempre nos dijeron así y casi todas lo creímos. Daniela quería

algo más que ese destino.

>>Ella siguió vendiendo dulces en la secundaria y algunos accesorios para niñas. No sólo tomó un taller, sino dos: secretariado y electricidad. Sí, como lo oyes. No es que se sintiera hombre, ella siempre nos ha dicho que una mujer, así como sabe del hogar, tiene que saber al menos otras cosas básicas para no depender siempre de los varones. En la escuela se rieron de ella. Sin embargo, su semblante serio les dijo que no bromeaba. Al final la aceptaron, tomándola como “la mascota” del taller de electricidad. No le importó recibir ese mote. Ella quería aprender. Cuando terminaba su hora de clases se quedaba en la biblioteca a estudiar, pues sabía que en el orfanato no la dejarían, a pesar de no haber exámenes siempre se quedaba a estudiar. Esto lo sabemos porque aunque éramos mayores, nos quedamos a trabajar en el orfanato a cambio de alimento. Ella tenía quince cuando entró a secundaria y nosotras veinticinco.

>>Daniela llegó recién nacida, como tú. Nosotras dos la criamos, pues las más grandes cuidamos a los más pequeños. Siempre intentábamos cuidarlos hasta en la noche, pero el sueño nos vencía —Amalia comenzó a llorar y Dulce le agarró su brazo izquierdo y lo apretó fuerte.

—Tranquila Amalia, no tenemos la culpa —intervino Dulce, queriendo calmarla, mostrando un temple que me sorprendió.

—Lo sé, lo sé —le respondió.

Yo estaba muy contrariada sin saber qué preguntar. Sentí oprimido mi corazón y sin darme cuenta una lágrima se me escurrió.

—Ya ves, ya hiciste llorar a Car... Karol.

—Perdona pequeña —dijo Amalia—. Trataré de continuar.

Tomé la mano de Amalia. Quise decir algo y nada salió de mi boca. La contrariedad no me permitió darle palabras de consuelo ante algo que no entendía. Amalia retomó la palabra:

—Es difícil contar esto, porque nosotras dos no queríamos que a nadie le pasara lo que a nosotras. Y menos con Daniela. La queríamos mucho. La queremos mucho. Sé que está escuchando. A veces decirle a alguien lo mucho que le quieres es más fácil así, de lejos.

—Pero, ¿qué fue lo que pasó? —pregunté con un poco de desesperación.

Dulce suspiró. Ella y Amalia se vieron. Fue Dulce la que al final lo dijo:

—En los orfanatos mixtos las poblaciones de niños y niñas son diferentes. Nos separaban tanto en actividades, como en dormitorios. Los niños son siempre más fuertes, más inclinados a ciertos... descubrimientos. Los cuidadores no se daban abasto y de noche no se molestaban en vigilar. De forma furtiva, en varias ocasiones, los mayores iban a nuestro dormitorio. Amalia, otras compañeras y yo, fuimos violadas repetidas veces...

La respiración de Dulce se aceleró. Empezó a atropellar las palabras, haciéndolas indescifrables. Amalia le hizo un gesto, le pidió se detuviera y ella fue la que terminó de contarme.

—Sí, Karol, fuimos violadas. Esa es una gran realidad en muchos orfanatos mixtos, por ello cuando formamos esta casa hogar nuestra idea original fue hacerlo sólo de niñas. Sin embargo, nuestro primer bebé fuiste tú, mi pequeña. En ese entonces eras mi pequeño. Nuestro pequeño. Cómo negarnos recibirte si estabas tan desvalido, tan lindo, llorando. Sabiendo que te apartaban del calor y la leche materna de tu madre.

Dulce tocó la pierna de Amalia. Ésta comprendió que se estaba adelantando, pues retomó la historia de ellas.

—Aunque no fuimos ultrajadas con violencia, fue horrible lo que pasamos. Nos sentíamos culpables, y al mismo tiempo solas, pues nos amenazaban con lastimarnos si decíamos algo. Uno de los cuidadores sabía, de eso estábamos seguras, aunque nunca supimos quién. Con el tiempo dedujimos esa ayuda porque nos dieron pastillas anticonceptivas y nos

ordenaban usarlas según nos indicaban. ¿Cómo ellos podrían conseguirlas sin ayuda? Por suerte ninguna salió embarazada. Las que tuvieron más valor terminaron escapando.

>>Sólo tuvimos un amigo varón, Hugo. A él no le gustaban las mujeres, Hugo nos defendía a pesar de no ser tan fuerte. Poco pudo hacer por nosotras. Aún hoy día me pregunto qué será de él. Escapó con dieciséis años. No soportó las golpizas que le ponían los demás y no quería seguir criándose entre “gorilas”, como un día los llamó, lo que le valió le rompieran la nariz. Esa noche se fue. Se despidió de nosotras. Casi cumplíamos los 18 años. Habían cambiado los cuidadores y podíamos defendernos al menos un poco. Fue así que en la noche se despidió. Prometió comunicarse o buscarnos un día. No volvimos a saber de él. La incertidumbre aún nos mata. A veces sueño con él entrando por la misma ventana que se fue. Pero ya no vivimos en Apodaca y él no sabe la suerte de nosotras.

>>Varios de nuestros agresores cumplieron la mayoría de edad y tuvieron que irse. Las únicas que teníamos oportunidad de seguir ahí éramos mujeres, y eso, necesitábamos una recomendación de algunos de los cuidadores y que hubiera disponibilidad en los cuartos destinados a quienes vigilan en la noche a los niños. Los cuidadores oficiales odiaban pasar ahí la noche, por eso fue fácil tener un lugar. Nuestra Daniela crecía, teníamos miedo de que le pasara como a nosotras cuando su cuerpo empezara a ser el de una mujer.

>>Y así ocurrió. Daniela tenía trece años cuando fue casi violada. Dulce y yo dormíamos en el suelo, cerca de la entrada del dormitorio de las niñas. Aun con ello no escuchamos cuando tres de los varones se metieron al cuarto. Uno de ellos gritó: <<Yo primero>>. De no ser por eso, habiéramos llegado tarde. Vi todo. La tenían semidesnuda. Uno ya tenía abajo su pantalón. Dulce se le echó encima y yo corrí por la escoba. A uno de los que la sometía le

quebré el palo en la cabeza. Alguien prendió la luz. Cuando vieron la sangre y la escena, los otros dos se espantaron. Algunas niñas empezaron o ya estaban llorando desde antes. ¡No era posible estar así de nuevo! ¡No lo íbamos a permitir! Tomé lo que quedó del palo y golpeé a los otros dos. Debo haberles roto algunos huesos. Con el filo del palo partido en dos les grité: <<Lárguense estúpidos, porque si se quedan no amanecen>>. Yo estaba convertida en un demonio. Dulce abrazaba a Daniela, que igual los miraba con odio. Luego del susto les llegó la razón y salieron de la habitación arrastrando al que le rompí la escoba. Se fueron y no volvimos a saber de ellos.

>>Me cercioré de que se hubieran ido. Los demás varones se habían levantado y salido de su dormitorio. Qué bueno que lo hicieron, pues a pesar mi improvisada arma, los amenacé: <<Casi los mato, y mataré a cualquiera que quiera abusar de cualquier niña de esta casa hogar, ¡no lo permitiré!, ¡me entienden!, no me importa ir a la cárcel. Y ay de ustedes si llegan a decirle de esto a los otros cuidadores mañana. Váyanse a dormir y no abran esa puerta hasta que yo suene el silbato en la mañana>>. Lo hicieron. Temblaron. Nada murmuraron. Ni ese día ni ninguno. Aprendieron a temerme y gracias a eso, Daniela pudo llegar a los dieciocho años, así como otras niñas, sin haber tenido que vivir una experiencia como la de Dulce o la mía. No mientras ahí estuvimos. Después de marcharnos no sabemos que atrocidades hayan surgido en esa casa.

Capítulo 4

Respiré con tención. Temblé. Creí desmayarme. Amalia se alarmó. <<Amalia corre por el alcohol, que Karol se ha puesto mal>>, escuché a Daniela decir, que estaba atenta a nosotras y a las niñas. <<Ustedes sigan en su partido, aquí no pasa nada. Sigán en lo suyo>>, dijo Daniela. Cada vez la escuchaba más lejos. De pronto un algodón con alcohol estaba cerca de mi nariz. Reaccioné.

Amalia me sostenía y Dulce acercaba el algodón. Seguía en la silla, aunque por un momento sentí que estuve en el suelo.

—Sabía que todo esto sería muy feo para ti —dijo Dulce—, debimos callarnos tantos detalles. Aquello ya pasó, no debimos importunarte.

—No por favor —dije apenada—, continúen, yo, sólo me sentí muy mal por ustedes, nunca lo imaginé. Una siempre piensa que sólo el sufrimiento nos toca a nosotras y que los demás viven tranquilos, felices o al menos sin problemas. Es horrible saber esto de ustedes, mas no quiero se detengan. Creo que necesito saber.

Dulce me pasó un vaso con agua. Tomé un poco. Respiré y les dije que ya se podían sentar, que estuvieran tranquilas, que yo también lo estaría.

—Por un momento me pareció que hablabas desde la experiencia —intervino Daniela que también estaba junto a nosotras. No la percibí cuando reaccioné de nuevo. Intenté una sonrisa, que debió ser una mueca, porque la mirada de Daniela me atravesó y sólo acerté a decir:

—No, no. Quiero oír lo demás. Aún no es tiempo de hablar de mí.

—Todo esto trata de ti, Karol —inquirió Daniela—. Amalia, Dulce, continúen —casi fue una orden y se alejó de nuevo. Mis mamás me preocuparon y yo las había preocupado, y les preocuparía más. No tenían idea de cuánto.

Capítulo 5

Ya calmadas, Amalia intentó retomar la conversación, como dudando.

—Cuando Daniela cumplió dieciocho años estaba terminando el bachillerato abierto. Seguía haciendo ventas. Nunca le faltó dinero y nunca faltó un regalo que nos dejaba en nuestros cuartos de manera oportuna. Desde un chocolate, hasta unos lindos aretes. Dulce y ella durmieron ahí por un año. Yo seguí en la vieja colchoneta junto a los dormitorios de niños y niñas.

>>Aunque Daniela decía que no era necesario ese trato preferencial, no lo rechazó. Cuando las mujeres somos agredidas así, ya sea con violencia o sin ella, no volvemos a confiar en la cercanía masculina, aunque a veces se puede superar. Al menos ella sí pudo, porque se casó.

Mi boca se abrió grande y antes de que pudiera decir algo más, Daniela dejó salir su voz, que resonó en todo el patio:

—Aunque no lo creas, así fue, Karol.

Me llevé mis manos la boca, sintiendo vergüenza. ¿Cuánto era lo que ignoraba de mis tres madres? ¿Cuánto ignoraban ellas también de mí?

—Ja, ja, ja. No asustes a la pequeña, Daniela. Deja siga contando —le dijo Amalia.

Daniela sonrió y volteó hacia las canchas observando a las niñas cansadas. El partido había acabado. Creí escuchar que diez a quince. Daniela las felicitó y les pidió fueran a cambiarse la ropa de deporte. Que tenían permiso de jugar en el patio sin interrumpir a la visita. Se refirió a mí, y agregó: <<En la comida se las presentaré como es debido y ella les dirá quién es>>. Las dejó partir y fue tras ellas sin prisa, para supervisar no hicieran un desastre en los cuartos. Las más pequeñas se acercaron a ella y le dieron la mano. Dos chiquillas muy bonitas, de entre cuatro y seis años.

Amalia perdió su mirada en ellas. Dulce me sonreía. Iba a decir algo,

cuando Amalia siguió con el relato.

—Daniela, ya mayor de edad, a diferencia de muchos no tenía miedo a la independencia. La deseaba. Tenía ahorrado. Nos dijo que se compraría una máquina de escribir y en algún parque daría servicio de escritorio público. A ti ya no te tocó verles, pero antes eso era muy común, cobrabas por hoja, a cuanto persona necesitara la redacción de un documento o de una carta de amor. En los años 70 y en gran parte de los 80 pocos sabían leer y escribir y mucho menos tenían para una máquina de escribir.

>>Daniela quería nos fuéramos con ella, pero nosotras no habíamos vivido en el exterior, no sabíamos socializar, andar entre la gente, comunicarnos. Salvo ir al mercado, no salíamos. Toda nuestra vida transcurrió en el orfanato. 28 años. No supimos decidir. Así que Daniela consiguió un cuarto, nos escribió su dirección y pidió que cualquier cosa la buscáramos.

>>Durante tres meses nos debatíamos qué hacer. El padre Domingo, que nos visitaba cada fin de semana nos ofreció una solución. Nos dijo que tomáramos los hábitos, que una orden de monjas de Guadalajara necesitaba mujeres que supieran trabajar y entregarse a la labor de Dios, que si nos decidíamos él nos financiaba el viaje. Luego de meditarlo una semana le dimos respuesta. Dos semanas después nos fuimos. Sin Daniela en la casa hogar sentimos que algo nos faltaba y que debíamos intentar despejarnos del ambiente del orfanato, a un lugar seguro y no tan abierto... A Daniela le escribimos una carta comunicándole nuestra decisión y diciéndole que pronto le daríamos la dirección del convento para que ahí nos escribiera. No quisimos ir a verla. No le gustan las despedidas y tampoco a nosotras que somos tan chillonas.

—El noviciado fue duro pequeña, pero hubo cosas aún más duras.

Creímos que habíamos escapado de un mundo lleno de tensiones por la presencia de hombres, sólo para darnos cuenta que no sólo existen hombres que abusan de la mujer, sino que también hay mujeres.

¿Qué me había dicho Amalia? No lo podía creer. ¿Sus vidas habían sido abusos, sufrimientos, miedo y enfrentamientos?

—No te vuelvas a poner mal, Carlos, perdón, Karol, Karol —me dijo Dulce y negué con la cabeza, aunque no pude evitar dejar unas lágrimas rodar.

—Sí mi Karol —continuó Amalia—. Algunas monjas nos obligaron a entrar a muchos de sus juegos sexuales. No sabemos si les pasaba a todas, porque es algo que ocurría en silencio, ninguna tuvo el valor de expresarlo o de acusar a nuestras superiores. Los castigos eran físicos y no te los describiré, sólo te diré que ambas tenemos muchas marcas en nuestras espaldas.

>>Los primeros meses nada semejante ocurrió. La disciplina era más dura que la del orfanato, sin embargo, la costumbre de obedecer nos hizo adaptarnos a todas las exigencias. Menos a los requerimientos que nos empezaron a hacer en las noches.

>>Hemos visto tanto y sabemos tanto. Lesbianismo en los conventos. Violaciones obligadas. No era como con los hombres. No sabíamos cómo actuar. Nos paralizaba saber que luego de padecer con varones, ahí padecíamos con mujeres. <<¿Qué acaso el mundo está tan pervertido en orfanatos y conventos?>>, nos preguntamos. Nuestro miedo al exterior se incrementó. Si eso pasaba puertas adentro, imaginábamos que en las calles sería peor. Así que callamos y continuamos ahí, rogando que nuestras superiores pronto se fueran, se retiraran o se murieran. Sí, llegamos incluso a desearles la muerte.

>>Sólo cuando andábamos en misiones descansábamos un poco de ello,

o cuando teníamos que ir a otros conventos de otros lugares de la república. Las superiores respetaban a las monjas de otras ordenes o de otros conventos, pues sabían que siempre las novicias o más recién ordenadas, eran abusadas y tenían su código, uno silencioso de “respeto a la que consideraban propiedad ajena”. Así nos venían, como objetos.

>>Tenemos que decirte que no en todos lados sucedían estas cosas, hubo y hay conventos donde se profesaba un verdadero amor al prójimo y donde las superiores no eran mujeres reprimidas en su sexualidad.

—Entonces, ¿por qué no tramitaron su cambio a otro lugar, lejos de esas tipas reprimidas y violadoras? —les dije con rabia en mis palabras.

—Porque eso sólo se podía por medio de la superiora o por requerimientos donde ellas eran las que se ocupaban de seleccionar. Así que no todo estaba en nuestras manos. Por suerte nuestra y desgracia de las nuevas, las superiores iban perdiendo el interés en nosotras y se avocaban a las recién llegadas. Dos de los ocho años que estuvimos ahí, padecimos esos ultrajes.

—¿Por qué no se marcharon de ahí?, ¿cómo se reencontraron con Daniela y cómo es que fundaron este orfanato?

—Hija, tienes muchas preguntas, y vamos paso a paso. A cada cosa llegará su respuesta —dijo Dulce ante mi desesperación por lo acontecido a ellas que son tan buenas. A simple vista nadie podría imaginar todo lo que dejaron tras suyo.

Capítulo 6

—Nuestra luz, cuando ya no sabíamos qué hacer con nuestras vidas, nos la dio Daniela —dijo Amalia—, con la que siempre mantuvimos correspondencia. Nunca le contamos los hechos que presenciamos y que vivimos, porque quisimos ahorrarle el sufrimiento. Ahora lo sabe, pero se lo contamos cuando ya estábamos acá instaladas en la que para nosotras era la desconocida ciudad de Córdoba, Veracruz.

Sentí alivio al escuchar el nombre de mi ciudad, donde he crecido y vivido toda mi vida. Aunque no puedo negar que Puebla también es un lugar que me ha cautivado las breves veces que he ido allá. En eso tienen culpa mis padres, que son de allá, y que desde pequeña me llevaron con la psicóloga, con la doctora Torres, quien fue un pilar muy importante para que pudiera desarrollarme como Karol, y no de manera reprimida como Carlos. Es raro pensar en ese nombre. Se me hace tan ajeno y cruel. Sólo Dulce lo deja salir a veces. Pero siempre seré indulgente con ella. Por suerte nunca me lo ha dicho delante de personas ajenas a mi realidad.

—Ay mi Carlos, digo, Karol, tú siempre tan distraída —dijo Dulce riendo.

—Lo siento —dije sintiendo calor en mis mejillas y sabiendo que estaban todas rojas. Amalia también río.

Nos hacía falta esa pausa ante tanto acontecimiento lleno de maldad que me iban revelando. Callamos las tres al mismo tiempo y, Amalia sin perder la sonrisa, retomó la historia:

—Daniela nos contaba muy poco de su vida en sus cartas. De lo más significativo fue cuando nos dijo que se casaría. En esos meses previos, nos detalló en una sola misiva, lo que fue de ella luego de irse del orfanato y trabajar en los parques escribiendo. Es larga. Incluso la tengo aquí en la bolsa

de mi delantal para que no se me escape nada. No sé si quieras te la lea o quieras leerla tú —me dijo sacando la carta y estirándola hacia mí.

Tomé la carta, la caligrafía era en manuscrita. Me era difícil leerla, pero quería hacerlo yo. Daniela siempre ha sido de pocas palabras y ver esas tres hojas llenas por ambos lados, me llenó de curiosidad. Tal vez en esa carta había más palabras de ella de las que había escuchado desde que la conocía. ¡Y eran 18 años! Daniela siempre se comunicaba más con sus acciones, con sus leves gestos, con sus ojos, con el tono de sus pocas palabras y con esos apretones firmes tan oportunos en el hombro o en el brazo, cuando una sentía esa necesidad imperiosa de cariño. Era su manera de abrazar sin tanta ceremonia. Es una mujer de distancias, mas no distante. La quise mucho cuando viví junto a ella y aún la sigo queriendo con intensidad. En mis momentos de derrumbamiento pensar en ella me ayudaba a no desmoronarme por completo. Su imagen en mi corazón es fuerza, y vaya que he necesitado muchas fuerzas en variadas ocasiones. Soy mejor mujer gracias a ella, a pesar de ser tan tonta y de haber tenido tantas meteduras de pata en tan breve vida. Miré las hojas, para luego levantar mi mirada y decirles: <<Yo la leo>>. Aclaré mi “vocecita femeninamente ronca”, e inicié:

Amalia y Dulce:

Queridas hermanas. Esta carta debe sorprenderles. Yo que fui dueña de un escritorio público soy de poco decir cuando se trata de mí, mas no por ello dejé de saber usar la redacción y creo que la necesitaré mucho con esto que apenas empieza.

Demás está decir que disculpen que siempre he sido muy escueta en mis anteriores cartas. No es que tuviera algo que me avergonzara. Sólo que las miradas al pasado nunca han sido lo mío, soy una mujer de presentes.

Hoy las cosas cambian, pues he tenido tal cúmulo de buenos sucesos en la vida, que sé que la fortaleza está de mi lado, para contarles lo que viví desde que me fui del orfanato.

Conseguí un cuartito económico y amueblado. Tenía para la renta. Con un viejo cajón de madera que me regalaron en una carpintería, un mantel de la mesita para desayunar de la casa, y una máquina de escribir que conseguí usada, es que di inicio a un improvisado escritorio público.

Era y soy muy rápida al escribir. Por ello las cosas más urgentes de documentos me llegaban primero que a otros que también estaban en el oficio. Comía poco, no porque faltara el trabajo, sino porque quería estudiar. Entrar a una carrera. Me había decidido a estudiar leyes. Era una locura, pero tenía que hacerlo. Las mujeres tenemos los mismos derechos y no debemos temer a los hombres, hacer el esfuerzo y prepararnos. No debía tener miedo. Sé que un sistema escolarizado hubiera sido muy difícil, sin embargo, el sistema abierto, no.

Aun con ello, mis cuentas no me cuadraban. La renta, comida y poca ropa que compraba para estar presentable, no me dejaban ahorrar de forma correcta. Así que tuve que optar por comer sólo una vez al día. Y aunque soy dura, sólo aguante dos semanas.

Pensaba y pensaba en mis opciones. Ya tenía un año trabajando y no me las había arreglado. Fue cuando Dios me envió a alguien.

Un señor —que de primera impresión me pareció del siglo pasado, por su forma de vestir como en esas viejas películas mudas, que vimos cuando el padre Domingo conseguía un proyector de cine—, me dio los buenos días alardeando su educación con un gesto casi de reverencia, para luego decirme un poco soberbio: <<No acostumbro a encargarme trabajos en este tipo de lugares donde necesitan una gran clase de ortografía y gramática, pero estoy en un apuro y necesito de ti. Te dictaré un contrato urgente que

olvidé en otro portafolio en mi casa. Así que empezaré, escriba por favor>>.

Sentí muy impertinente la forma que me abordó. A pesar de ello no dije nada. Obedecí y comenzó su dictado. Cuatro hojas tamaño oficio, llenas de cláusulas y demás sobre un contrato de arrendamiento de unas tierras. Cada hoja terminada de lado y lado. Las revisó en silencio. Al terminar, me sorprendió diciendo: <<No se detuvo a preguntarme ni una sola cosa. Su ortografía es excelente. Ni un error de dedo y una velocidad asombrosa. Si quiere un buen trabajo, me hace falta una buena secretaria, así como usted, callada y que sepa acatar órdenes sin replicar. Si está interesada esta es mi tarjeta>>: Me dio una tarjeta y un billete con el triple de lo que le hubiera cobrado. Sin decir más dio media vuelta y se marchó.

Ese día al regresar a casa medité el ofrecimiento. Vi la dirección. Era lejana a donde vivía. Comprendí porqué no quiso regresarse por el documento. No pensé más y al día siguiente me presenté en el inicio de horario de atención marcado en la tarjeta. Al verme ahí me pasó a su oficina y me dijo: <<¿Con que también es puntual? Vaya, vaya, creo que en verdad merece el empleo>>. En esa ocasión si hablé en cuanto me dejó intervenir: <<Daré el esfuerzo que usted necesite y más si lo creo conveniente y así aportarle al negocio, quiero trabajar y quiero ganar lo suficiente para estudiar Derecho. Ese es mi objetivo. Permítame sólo faltar los sábados. Trabajaré todos los días si es preciso>>. El viejo río de buena gana y me dijo sin agregar tanto: <<De lo por un hecho. Y no se preocupe, sábados y domingos no trabajo, a menos que sea algo extraordinario. Con su paga podrá pagarse la carrera en sistema abierto, téngalo por seguro. Esta es mi notaria y me será muy útil una mujer con conocimientos en derecho notarial. Aprenderá en la escuela y aquí también lo hará. Mi primer orden es ir afuera de mi oficina y pedir a Gertrudis, mi secretaria, que pase para hablar de su jubilación. Lleva meses esperándola. No la había dejado ir porque ninguna

suplente que me traía me convencía. Incluso quiso dejarle el puesto a su hija, pero es una holgazana que terminará casada pronto sino me equivoco. Usted ya es mi secretaria>>.

Y de esa forma comencé a trabajar en una notaría y en cuanto se abrió la temporada escolar me matriculé en la carrera, sin tantos problemas, gracias a la recomendación de don Andrés García y García.

No les aburriré con detalles del trabajo. Sólo les diré que para 1984 yo me estaba titulando, y un año previo, don Andrés me había ascendido aun cuando no tenía título.

Creo que la única vez que decepcioné a don Andrés fue cuando me enamoré...

Hice una pausa a la lectura. <<¿Entonces si se casó?>>, pensé en voz alta.

—Sí, cariño —dijo Amalia—. Hace rato te lo dijo. ¿Tan difícil es de creer?

—Perdón si parezco incrédula, no es eso, sólo que una nunca piensa en sus madres solteras de esa forma. Es... extraño.

—Por eso se fue Daniela a dentro con las chiquillas, sabía que dirías algo así y le daría pena, aunque no te lo demostrara —dijo Dulce como susurrando, como con temor de que Daniela la escuchara.

—Sí, soy muy transparente y emocional cuando me doy cuenta de cosas de las que no tenía idea. Vaya, cuatro años de no venir y siguen recordando como soy.

—Antes venias cada año. Nos abandonaste mucho tiempo —dijo Dulce sin resentimiento, pero con un dejo de tristeza.

—Soy una desconsiderada, lo sé. No tengo defensa, sólo que estaba... tuve tantas cosas. Me evadí de muchas cosas vividas y que sabía terminaría

contándoles. En parte Daniela me heredó eso. Hay cosas que luego no me gusta contar, o platicar. Luego de mis quince años viví cosas muy fuertes, como las que me han contado —Dulce se llevó las manos al corazón—. No, no se preocupen. Ya pasó. Les contaré, les diré todo desde mi infancia. Sé que mis papás les han contado, que ustedes supervisaron los primeros años, mas decirles ahora, desde mi interior, también es una especie de regalo, pues sin su aprobación para mi transición en mi temprana edad, no hubiera sido posible, aún con las influencias de mi papá...

Pause. Una vez más me estaba adelantando a mi turno, olvidando la carta entre mis manos. La extendí de nuevo y les dije que debía continuar con la lectura:

Sí, Dulce. Sí, Amalia. Me enamoré. Ni yo misma lo creí. Pensé que nunca podría querer a un hombre. Es un cliente de la notaria. Joven, apuesto, empresario y de una buena posición. No quiero que piensen que soy una materialista y exigente, exalto esto como un excedente a otras de sus virtudes.

Esas cartas que me dejaba a escondidas entre los papeles de su negocio, con letra roja para que las distinguiera, fueron poco a poco bajando mis defensas para concederle una cita. Luego hubo una segunda y muchas más.

Me ha pedido matrimonio. Sí, voy directo al grano. No quiero parecerles una cursi, ni nada parecido. Nos casaremos en octubre y me gustaría estuvieran presentes. Me hace tanta ilusión verles. ¿Qué sería de mí sin ustedes? Les debo tanto. Ustedes son mi familia, no tengo a nadie más a quien invitar, salvo a un par de conocidas de acá.

Les adjunto una de las tarjetas de la notaria. Me gustaría me comunicaran su resolución por teléfono, yo me encargaré de sus gastos.

Sé que no es fácil que les den permiso, pero inténtenlo, por favor. En

caso negativo, el padre Domingo me dijo que puede intervenir. Espero su llamada.

Les quiere, Daniela.

Marzo de 1985

—1985, ¡tres años antes de que yo naciera!

—Sí querida —intervino Amalia.

—Luego de tantos abusos, la madre superiora no nos podía negar el permiso. Estuvimos en esa boda. El licenciado Andrés García y García fue quien entregó a Daniela, a pesar de la rabieta que hizo por perder a tan valioso elemento. Eso nos lo contó Daniela durante la recepción de la boda.

>>La misa fue a medio día, en la catedral de Apodaca. El padre Domingo fue el encargado. Él siempre fue una luz en esas visitas mensuales que hacía al orfanato, pues nunca iba con las manos vacías. Nos llevaba juguetes que recolectaba, dulces, algún pastel, piñatas. La guitarra era su eterna compañera. Al oírle cantar se podía sentir la presencia de Dios. Verle ese día fue un gran aliento, aunque lucía cansado, debía tener como 60 años para entonces. Con palabras elocuentes dio un mensaje hablando de los caminos trazados por la providencia, de como ella nos empuja a buscar, a ser mejores, a tomar el mejor camino y como a veces la fealdad de este es una preparación a una situación mejor.

>>La recepción fue en un jardín. El camino de entrada estaba tapizado de pétalos de rosa. Grandes árboles nos daban una fresca sombra. Las mesas con manteles bordados para la ocasión con los nombres de los novios. El encargado del registro civil aguardando en la mesa principal, adornada con muchas flores rojas y blancas. Las sillas de madera con un acabado colonial.

>>Fueron pocos invitados, los cuales nos veían con curiosidad, pues no

es habitual un par de monjas en una boda. Daniela estaba feliz y nosotras por ella. Ese día las tres, volvimos a saber lo que era un regalo de felicidad. Porque Dios nunca nos abandonó. Nos preparaba para una gran misión. Esta casa hogar es para lo que venimos al mundo, para ayudar a otras niñas, que como nosotras, que no conocimos a nuestros padres, pudiéramos darles como regalo una vida adecuada para superarse como Daniela hizo. Sólo que entonces no lo sabíamos y, tampoco teníamos idea de que estábamos viviendo sólo un respiro a la suma de tragedias que teníamos auestas.

Capítulo 7

¿Dios nunca las abandonó? ¿Cómo podían decir eso luego de todo lo contado? ¿Cómo creer en él? Mi propia fe estaba quebrantada ya desde antes de esas verdades. No sabía que quería decir Dulce. Ser monjas, y que ahí abusaran de ellas sexualmente otras monjas. <<¿Cómo pudo Dios permitir eso?>>

—¿A qué te refieres Carl..., Karol, Karol?

Me sorprendió Dulce. Pensé en voz alta y se me salió la cuestión. Sigo sin aprender a controlar eso. Le terminé de decir:

—¿Cómo pueden seguir creyendo en Dios luego de tanto, luego de... de que fueron lastimadas en un lugar que según le pertenece? No entiendo —dije apagando mi voz en las últimas palabras y bajando mi cabeza.

Amalia puso su mano izquierda en mi mejilla y levantó mi rostro.

—Pequeña, no culpes a Dios de las acciones de los humanos. Él es un creador, también es un observador y también un intercesor. Nos conduce, nos lleva. Nos va marcando nuestros destinos. Los horrores que nos encontramos no son porque él haya querido que los padezcamos. A veces somos necias y miedosas. Si Dulce y yo no hubiéramos sido tan asustadizas nos hubiéramos ido con Daniela. Pero teníamos miedo a la gente, preferimos ir a lo que se nos hizo “más fácil”. No siempre lo fácil es lo mejor, y no siempre nuestros miedos son justificados. Nosotras elegimos y también optamos quedarnos porque no sabíamos cómo irnos, a dónde, ni qué hacer con nuestras vidas. Mira a Daniela. Ella tuvo valor y progresó, y aunque esté mal que yo lo diga, es porque estuvimos ahí para ella. Creció y la dejamos, no aceptamos su ayuda por pena. Eso nos ha costado. Cuando analizas a detalle se puede ver como Dios te jala, te muestra, te dirige y te regresa la ayuda que has dado. Sólo que no queremos verlo y le dejamos ir entre nuestras manos. No culpes

a Dios. Él es un misterio y no nos toca descifrarlo, sólo aceptarlo y amarlo.

Las palabras de Amalia me contrariaron. Hacer introspección y analizarlas no me fue sencillo. Lo único seguro era que quería hacerlo y creo que estaba cerca de intentarlo. Mis tres madres estaban ahí para mí, para ayudarme con esa fe que yo no supe en qué lugar terminé dejando. Mi papá Lalo, mi mamá Ana, ellos también estaban para mí cuando los necesitaba. Tenía tanto que aprender de Dios y de la fe...

Capítulo 8

Daniela apareció. Preguntó en que parte íbamos, de si ya estábamos cerca de escucharme. Sonreí. Es un poco desesperada y al ser tan directa, no le gusta que los demás alarguen sus historias. Al grano. Así nos decía en mi infancia cuando teníamos que explicar alguna travesura. No a gritos, sino con órdenes que nos llevaban a tenerle un poco de miedo. Confesados nuestros actos, Dulce y Amalia se encargaban de escuchar los detalles finales y complementarios, aunque para cuando estábamos en ello, ya teníamos un castigo, que iba desde lavar baño o en el caso de las más pequeñas, como yo, dejarnos sin algunos de los dulces que se guardaban bajo llave en frascos transparentes en la cocina. Fue y se veía que sigue siendo dura, mas no injusta, sabía medir la gravedad de cualquier asunto y no aplicarnos castigos físicos.

—Acabamos de leer tu carta —le comentó Dulce a Daniela—. Ahí nos quedamos.

—Bueno... entonces sigan, iré con las más grandes a supervisar la comida.

—¿Ellas son las que cocinan aquí? —pregunté.

—Cocinamos cualquiera de nosotras tres, nos turnamos Karol, pero las más grandes necesitan aprender. Te hubiera tocado también si hubieras permanecido aquí. Gracias a Dios no fue así —mencionó Daniela, nos alentó a proseguir y se retiró.

Noté que también mencionó a Dios, y que seguía llevando ese crucifijo de oro. Debía ser de oro, lo conocí en mi infancia. Sólo sé que brillaba y me llamaba tanto la atención que siempre quería jalárselo y ella tenía que ocultarlo bajo su blusa por ello.

Creer en Dios... <<Quizás deba darle una oportunidad>>, medité por un

instante.

—Ya casi terminamos Karol. No te aburras —me habló Amalia sacándome de mis pensamientos.

—Perdón, pensaba... sigan por favor.

—Llegamos un día antes de la boda, y al siguiente de ella partimos. Al encierro, a la vida dura, a... El caso que tres años más seguimos en ese lugar. La correspondencia con Daniela se hizo más distanciada. Se lo atribuimos a tanta felicidad y poco espacio para escribir, porque en cuanto pudo volvió a trabajar con el licenciado García y García. Abandonó el trabajo temiendo un embarazo temprano. No sucedió. Nunca pudo embarazarse. Le hicieron estudios. Resultó estéril. Su marido estaba furioso. Nos contó que una vez le gritó que de qué servía una mujer si no podía dar hijos, que estaba seca por dentro.

<<Hombres>>. Pensé. Esa frase me recordó a una similar que escuché. Pensar que atribuía mi mala suerte con ellos por ser transexual, y resulta que ese machismo también salía con las “mujeres normales”. <<Mujeres normales>>. La doctora Torres se enojaría mucho si supiera que a veces pensaba así. Luego de todo lo que me enseñó: <<Karol, eres normal. El problema es que los demás sólo ven normal lo blanco y lo negro. Hombre y mujer. Sin saber que hay puntos intermedios. Eres mujer en lo mental y las hormonas han hecho grandes cosas por tu cuerpo. Eres bonita, alta, elegante, tus senos tienen el tamaño de una señorita de tu edad, tienes caderas. Tus formas son curvas >>. Aún con ello, algo me sobraba. Me seguía sobrando. Aunque estaba cerca del final. Quería ver ese final y que mi mente no me estuviera torturando, pensando en si me va a aceptar alguna vez un hombre sin ver algo más que un objeto sexual, un momento de diversión. <<Quizás con Pastor hubiera sido todo diferente. Sin embargo... nunca le confesé, tuvo que enterarse de otra manera...>>, reflexioné.

—El marido de Daniela era adicto a la baraja, a lo juegos de azar —siguió narrando Amalia—. Gastaba mucho dinero en ello. Fue perdiendo una a una muchas de sus propiedades. Daniela se sorprendió de que tuviera tantas. No supo con quien se casó. Lo conocía muy por encima; él nunca habló de sus herencias, de todas las empresas que tenía y negocios en los que había invertido. Tenía cierto control, nos decía Daniela, tenía su medida para hacer apuestas, la cual perdió ante no poder tener un hijo. Ambos, Daniela y él, se sumieron en la depresión. Mientras ella se refugió en el trabajo, él fue perdiendo sus patrimonios, juego a juego.

>>Un día le pidió un favor a Daniela, que una propiedad de él la pusiera a nombre de ella, que lo hiciera con discreción en la notaria y que no le dijera a nadie de su existencia, que si a él le pasaba algo en lo que iba de un mes lo perdonara, que no podía dejarle nada más.

>>Daniela comprendió. Realizó el trámite lo más pronto posible y le dijo a su marido que si tenía problemas debían huir. Que ella lo seguiría. Él le dijo que planeaba eso, sólo que no se veía yéndose sólo, que su confesión le animaba, pero que lo mejor era que se fueran por separado. Así que mandó a Daniela a esa propiedad y le dijo que él arreglaría algunas cosas antes de irse de ahí, que la seguiría. Daniela no quería. Él la convenció diciéndole que sólo así nadie sospecharía que él pensaba huir.

>>Y de esa forma Daniela llegó a esta gran casa. Semanas después recibió un telegrama de su jefe diciéndole que a su esposo le habían matado por una gran deuda de juego y que habían incautado su casa allá con pagarés en mano. Toda propiedad que tenía pasó a manos de sus deudores. Su marido fue asesinado. Antes de morir él comunicó al jefe de Daniela todo, quedando como el único conocedor de su paradero.

—Entonces, ¿esta casa es de Daniela? —interrumpí—. ¿Ella tiene esta casa gracias a lo último que hizo su esposo?

—Sí, pequeña. A ella sólo le quedó esta casa y algo de dinero que le dio su cónyuge antes de venir acá. Muerto él no le quedaba nada más, sólo nosotras. Luego de tomar temple suficiente y de superar el impacto, nos fue a buscar a Guadalajara. Fue un gran asombro cuando nos dijeron que teníamos una visita especial. Vimos a Daniela en la sala de estar y ahí nos contó todo esto que te decimos. Y nos propuso algo. Había dado muchas vueltas al asunto y quería montar un orfanato en la casa que le dejaron. 8 habitaciones, 4 al frente dando a la calle, 4 atrás dando al patio, donde están las dos canchas de juegos, con árboles grandes. Una cocina enorme y una sala y comedor igual de grandes, lo suficiente como para albergar a cerca de dieciséis niñas. Porque en eso fue determinante. Sólo aceptaríamos niñas. Sentenció sin necesidad de explicarse más. Sin dar más tregua pedimos permiso para acompañar a nuestra amiga a la terminal. Aceptaron y lo poco que pudimos esconder bajo al hábito, lo rescatamos de nuestras celdas, fuimos con Daniela a la central de autobuses, y nunca volvimos.

>>No tenemos idea de que sucedió allá. Dijimos que Daniela iba a Monterrey, cubriendo con ello cualquier rastro de nuestra ubicación. En esa ocasión no dejamos pasar la oportunidad, Karol, y Dios no nos abandonó. Aquí estamos, frente a la primera niña que recibimos, porque aunque no lo sabíamos, tú eras y eres, nuestra primera niña.

Capítulo 9

Me sonrojé ante lo que dijo Amalia y al mismo tiempo empecé a llorar. Yo era una niña, hoy una adolescente. Ellas aceptaron eso, o al menos lidiaron con ello hasta donde pudieron. Que amor tan grande experimenté por mis madres. Fue increíble cómo se incrementó en un par de horas. Los secretos a veces son necesarios, desvelarlos en el momento adecuado despierta esa sensación de que el puzle toma forma. Iba tomando forma.

Si ellas no hubieran terminado viviendo en Córdoba, quizás yo habría sido entregada a la casa hogar del DIF^[1], o en la Casa el Dorado. Me hubiera desarrollado en un ambiente de niños y niñas, con riesgo de vivir algunas de las cosas que ellas pasaron, y tal vez nunca me hubieran dejado usar vestido.

—Gracias por tus palabras Amalia. Gracias por comprenderme. Gracias a las dos. A las tres. Ojalá pronto regrese Daniela acá con nosotras, quiero abrazarla. Mientras, déjenme abrazarlas a ustedes.

Amalia y Dulce se pusieron de pie y nos fundimos en un abrazo. De pronto, detrás de mí, alguien nos abrazó. Era Daniela.

—Les dije que siempre estoy al pendiente de todo. Aquí estoy también, Karol.

Permanecimos así no sé cuántos minutos, tal vez segundos. Sentí que vivía una eternidad. Nos separamos y traté de no llorar más. Daniela rompió el silencio:

—Te amamos Karol. Lo hicimos desde el primer día que entraste aquí. El momento de rebelarte lo que sabemos de tu mamá ha llegado. Al menos el principio, porque la otra parte te la daremos casi al termino de tu visita.

Asentí sin saber que responderle a Daniela. Amalia aclaró su garganta. Una niña como de 10 años nos trajo unos vasos con agua de Jamaica. <<Gracias, Irma>>, dijeron todas. Sé me quedó mirando la niña, me sonrió,

también le dije gracias y me dijo: <<Qué bonita es usted>>, y se fue corriendo agitando la charola en la que trajo los vasos. Llevé mi mano a la boca para reír un poco más fuerte de lo habitual y miré a las tres. <<Lo eres>>, me dijo Dulce. Todas dimos sorbos a nuestros vasos. Daniela acomodó la silla que debió traer cuando apenas empezábamos el abrazo y tomó lugar junto a mí, por mi lado derecho.

Amalia sonrió y siguió la narración:

—Daniela, ella vio todo lo legal, para poder hacer funcionar la casa hogar. Un orfanato nos es cosa fácil. No quiero abrumarte con la de permisos que se tuvieron que ver. Pero ella estaba preparada, por ser abogada, y nosotras dos teníamos experiencia por crecer y trabajar en un orfanato. Así que luego de un tiempo se logró. Lo mejor fue que conseguimos que fuera una casa hogar sólo de niñas.

>>Pensamos muchos nombres para el orfanato y ninguno nos convencía. Luego recordamos una frase que siempre nos decía el padre Domingo: <<La providencia proveerá>>. Y decidimos ponerle “Casa Hogar Providencia”. Pues nunca a pesar de nuestra mutua orfandad, nos ha faltado nada, y la Providencia nos ha guiado, aunque un par de veces no le hayamos hecho caso.

>>Salimos a las calles e instituciones a informar sobre nuestra existencia. Cuando se empezó a saber de este lugar, una señora vino a decirnos que nos entregaría a una niña que estaba por nacer. Ella no era la embarazada. Por su edad dedujimos que tenía que ser un familiar de ella o su propia hija.

>>Cuestionamos a la señora de cómo sabía si era niña. Ella nos dijo que lo sería, y que no entregaría al bebé en ningún otro orfanato, porque no quería que supieran la vergüenza por la que pasaba, que nosotras éramos unas desconocidas en la región, que averiguó que veníamos de fuera y por eso le

pareció adecuado acudir a nosotras. Para asegurarse nos dio un dinero en donación. Así, sin recibos. Nos ardió en el alma sus palabras y su desprecio. Sin embargo, necesitábamos el dinero y no queríamos que la bebé fuera a terminar botada en la calle.

>>Una noche tocaron a nuestra puerta. La tres nos dirigimos al portón de entrada. No podemos olvidar ese día: 9 de abril de 1988. La señora entró contigo en llanto. Le recibimos y nos dijo: <<Aquí tienen. Háganse cargo y denle en adopción pronto. No quiero verle más ni saber de él>>. “Él”, por las emociones encontradas que teníamos en esos instantes, no reparamos en que nos estaba diciendo que el sexo del bebé, era varón. En eso, Daniela aprovechó y se deslizó al coche donde una joven lloraba. Era la mamá. Tú mamá. La cuestionó si era lo que quería, si estaba segura, si no quería recapacitar. La chica de cerca de dieciocho años lloraba sin decir nada. Daniela intentó seguir el interrogatorio. La señora se acercó y enojada le reclamó el atrevimiento. Daniela le dijo que sólo quería asegurarse si existía una madre de verdad y si no era una niña robada. La señora ofendida le exigió que bajara del coche. Daniela vio por última vez a tu mamá y ella no se atrevió a levantar su rostro. Bajó. La señora subió y le dijo al chofer que arrancara.

—Así que... Daniela, ¿tú conoces el rostro de mi mamá? —volteé a verla.

—Sí, Karol. Yo la vi. Por sus lágrimas supe que no estaba de acuerdo. Y aunque parecía de dieciocho años, con seguridad era menor de edad. No quería iniciar el orfanato con una demanda en contra de la señora, que se veía que era de buena posición y con recursos. Así que mejor fui con Dulce y Amalia a verte, renuncié a hacer recapacitar a tu madre. Al fin y al cabo, tal vez con el tiempo regresaría, aunque los papeles de renuncia a la maternidad, ya estaban firmados.

¡Dios! Siempre creí que mi mamá no me quiso. Que era una señora

malvada que vino a dejarme una noche. Y no. Fue obligada porque la que se suponía era mi abuela. ¿Cómo pudo esa señora hacer eso a su hija?

A pesar de los casos que vi en mi servicio social en el DIF, en el departamento de Trabajo social, me seguía acongojando por esas cosas —servicio que me exigían como parte del plan de estudios de mi bachillerato—. Se ven tantos casos, que acabas por entender... al menos no cuestionas las razones de las personas, porque todas las tienen y un trabajador social no está para ahondar en ello, sino para intervenir en los procesos necesarios para que los niños abandonados sean reintegrados con familiares directos, o en último caso, a la casa hogar de la institución.

—La señora nos dejó una maleta de ropa de bebé para ti —recordó Dulce—. Procedimos llevarte a dentro. Pudimos oler que teníamos que cambiarte —rió un poco con lo dicho—. Cual fue nuestra sorpresa al ver que eras varón. Digo, al menos de ahí abajo lo eras en ese entonces.

—Aún Dulce, pero ya será removido o, mejor dicho, transformado. Espero pronto...

Mis madres se miraron entre sí. No sé si porque creían que ya me había operado o porque no sabían que había esos planes.

—Si eso te hace feliz, deseo pase pronto —intervino Daniela, para quitar la tensión.

—A veces creo que te hicimos un mal, hija —dijo Dulce.

—¿Por qué piensas eso, Dulce? —pregunté.

—No, no lo tomes a mal. Te diré: cuando nos dimos cuenta que, bueno, pues que eras niño, nos miramos entre nosotras sin saber qué hacer. Eras nuestra primera criatura. Eras adorable, te habíamos aceptado y llevarte a otro de los orfanatos de la ciudad no fue puesto como opción. En la casa hogar donde crecimos hicimos de todo, menos recibir niños nuevos, ni Daniela sabía con exactitud de todo el paleo. Tuvimos que aceptar que estábamos

aprendido cosas que nunca vimos con anterioridad y que la experiencia de cuidar no lo era todo...

—Decidimos aceptarte como el único varón del orfanato —terció Amalia—. Eras pequeño y sería fácil encontrarte padres, creímos. Nos equivocamos. Ya ves que tus primeros cuatro años fueron aquí. Para 1991 tenías tres años y vino una crisis muy grande en el país. Las donaciones se fueron a cero y para entonces eran dieciséis niñas y tú. Apenas conseguíamos para comida. Crecías rápido y la ropa ya no te quedaba. Un día te sorprendimos poniéndote un vestido. Quedamos impactadas Dulce y yo. Daniela al verte dijo: <<Esa puede ser la solución a que Carlos no ande sin ropa. Será temporal. No hagan caso al chiquillo, sólo imitó a sus compañeras>>.

—No dijimos nada y aceptamos. Creo que por eso te empezaste a sentir niña. No es que piense que es malo —Dulce lloraba—, pero si nuestra vida fue difícil siendo mujeres, no me imagino las cosas que has pasado, sobre todo estos últimos días. La gente es muy cruel. No mereces te discriminen. Eres una niña, aunque digan lo contrario, eres nuestra niña.

—Así que se enteraron —les dije.

—Sí —dijo Daniela—. Leímos el periódico.

Miré arriba y suspiré. Ese acontecimiento era apenas una de las cosas que había pasado. Intenté explicarle a Dulce y a las demás que no había ningún daño, que la doctora Torres me había mostrado estudios de unos científicos donde se comprueba de manera parcial que el cerebro tiene sexo, que aunque el cuerpo nos da pauta para saber el rol social del recién nacido, es el cerebro el que determina el sexo psicológico y el rol de género con el que sentiremos pertenecer al crecer. Es como nacer con los cables cruzados, sólo que no hay manera de intervenir un cerebro formado, ni siquiera en formación. Lo ideal es modificar nuestro exterior con nuestro sentir interno^[2].

Traté de usar las palabras más fáciles. No sé si lo comprendieron o no, sólo sé que ellas me aceptaban y que la culpa que sentía Dulce no era porque pensara que ser transexual fuera malo, sino porque sabía que personas de mi condición sexual tienden a sufrir mucho en la vida. Incluso me hizo preguntarme si debía o no contarles sobre las cosas más fuertes que viví por ser “diferente”. Ya vería como seguía desarrollándose todo.

Capítulo 10

—Empecé a sospechar que algo iba mal cuando ya casi tenías cuatro años y te conseguimos una muda nueva de varón para tu cumpleaños —platicó Daniela—. Hiciste un gesto nada agradable por ese pantalón y camisa verde militar, tipo cazador. Te enseñamos el conjunto y dijimos: <<Mira Carlos, para tu cumpleaños>>. Tu desagrado fue evidente y nos gritaste <<¡Nooooo, vestido!>>, estirando la batita rosa que portabas.

>>Llegado el día tuviste un berrinche nunca antes hecho. Incluso quise darte un “manazo”. Por fin hacíamos el esfuerzo para darte ropa adecuada a tu sexo y tú reaccionaste así. Las tres sentimos decepción y culpa al mismo tiempo.

—No sé si recuerdes Carl... Karol, te llevé al cuarto donde dormías —intervino Dulce— y te dije: <<¿Qué te quieres poner?>>. Aún con lágrimas fuiste por un vestido de florecitas, tipo overol, que se tiene que usar con una blusa abajo. Siempre elegías una blanca para ello. Y bueno, te vestí así. Dejaste de llorar y volviste a sonreír y me dijiste <<Yo niña>>. Recuerdo que dije que sí con la cabeza. Amalia llegó y te vio, diciéndome: <<No lo pudiste convencer>>. Moví la cabeza y no quise explicarle que no me había atrevido a contradecirte. Si había una culpa de ello, fue porque nosotras consentimos el vestirse así. Al menos eso pensábamos en aquel entonces. Amalia bajó a decirle a Daniela y yo bajé detrás de ella cargándote. Cerramos el tema. Guardamos silencio y no se volvió a hablar de ello hasta la llegada de tus padres un mes después.

—Tus padres Karol —Amalia medió la historia—, esa pareja con aire triste llegó por sorpresa a esta casa. Nos hablaron de su deseo de adoptar. Nos pidieron pasar y nos contaron de la esterilidad de tu madre. Está demás decirte que Daniela se identificó. Aun cuando querían adoptar un bebé, les

dijimos que no teníamos y los convencimos que vieran a las niñas grandecitas, que ellas también necesitaban amor. Nos contaron que ya habían pasado por la casa hogar del DIF y por la Casa el Dorado. En la primera nunca han aceptado recién nacidos y en Casa el Dorado, no tenían de momento. Tenían fe que nosotras si tuviéramos una niña.

>>Fue cuando entraste tú. Ana, tú mamá, dijo: <<¡Qué linda niña, Lalo!>> Tu papá le contestó con una sonrisa, aunque la sonrisa en realidad te la contestaba a ti, porque así los recibiste, sonriendo.

—¡Lo recuerdo, eso lo recuerdo! —dije con emoción.

—Daniela fue hacia ti, te cargó y pidió una disculpa anticipada. Dijo que eras Carlos, que si vestías ropa de niña era por las escasas de donaciones y que no había dinero para una muda nueva. Verdad a medias, porque hubo una que fue la que no quisiste. Tú mamá casi nos regañó diciendo que cómo podíamos estarte haciendo eso y pidió cargarte. Te saludó. Tú te dejaste querer por sus brazos y no quitabas la sonrisa de tu papá, y él tampoco. Se enamoraron de ti. Nos pidieron los dejáramos conversar a solas. Te tomamos y les dimos espacio. Luego de unos quince minutos nos dijeron que les gustaría quedarse contigo. Tú mamá quería una niña, pero tu papá quería un varón. Se habló de los términos legales. Tú papá nos dijo que trabajaba en la Procuraduría General de la República y que podía ayudar a que los tramites fueran más breves. Daniela aceptó y advirtió que no podían obviar las visitas periódicas en el primer y segundo año, para verificar que estuvieras bien cuidado. Tú papá aceptó, dijo que tenía que ser así, que nosotras veríamos que todo sería muy bueno para ti. Se fueron no sin antes despedirte de ti. Tú papá nos dejó dinero para comprarte ropas de niño y se marcharon por ese día.

—Yo te cargaba hijo, hija, bueno, en ese entonces te decíamos “hijo” —comentó Dulce—. Entre balbuceos preguntaste que quiénes eran esos

señores. Yo te respondí como pude, que a lo mejor serian tus papás. Tú me abrazaste y me dijiste: <<Ustedes son mi mamá>>.

Segunda parte

Capítulo 11

Mis mamás siguieron contándome detalles. Llenando huequitos. Porque esas partes las viví con poco nivel de conciencia. Mis recuerdos no eran precisos, pero tenía recuerdos.

La ropa de niño llegó y no quería ponérmela. Me decían que era necesario para ser adoptado. Cada que mis papás iban visitarme al orfanato, previo a la adopción, Amalia, Dulce y Daniela, me obligaban a usarla. Aquel “niño” con vestido, todo risueño y sociable se había ido. Permanecía seria con ellos, triste y lejana. Mis madres explicaron a papá Lalo y mamá Ana, que debido a que me contaron que me iría con ellos, lloraba mucho por el miedo a dejar el orfanato. Ellos, indulgentes, trataban de consolarme, sin imaginar que mi llanto era por no tener puesto un vestido.

Intentaron hacer que usara siempre ropa de niño. En cuanto tenía una oportunidad me la quitaba de encima y me quedaba en ropa interior. Trataron de reafirmarme que era varón. No entendía mucho de ello. Lo poco que sabía del mundo de los niños era por los programas de televisión que nos ponían por las tardes. Siempre conviví con niñas y me sentía como las demás.

Al final, decidieron ponerme una batita a manera de blusa, y me convencieron que las niñas y niños usaban pantalón. Y era cierto, algunas de mis compañeras lucían pantalones, aunque diferentes, pues estaban estampados con muñequitas o flores. Dejé de protestar y acepté usar pantalón debajo de un vestido.

Según lo que me contaron, pasaron siete meses. Para diciembre todo estaba resuelto. Mis papás querían que pasara navidad y año nuevo con ellos. No fue posible. La aprobación final debido a vacaciones y días festivos de funcionarios, hicieron que yo fuera entregada hasta los primeros días de enero.

Fue muy duro el día que fueron para llevarme. Aunque el llanto comenzó cuando tuvieron que vestirme de niño. Ni los dulces, ni nada que me dieran me hacía callar. Papá y mamá lo atribuyeron a la despedida. Supe que me iría y sin saber explicar qué, sabía que estaba como perdiendo algo. Firmaron algunos papeles mientras gritaba: <<¡Vestido, Vestido!>>. Y sólo yo me entendía, pues mis palabras eran indescifrables por mis sollozos y lágrimas.

Estaba como en un trance, y cuando me llevaron a la puerta, mis tres madres me abrazaron. Besaron mi cabeza y me entregaron. Pataleé queriendo desprenderme de los nuevos brazos que me rodearon. De nada sirvió. Cuando me di cuenta me encontraba en la parte trasera de un auto con mi mamá Ana al pie. Papá arrancó y con ello mi etapa en la Casa Hogar Providencia, se terminó. Dejé de ser huérfana. Había sido adoptada y cumplía con llanto y frustración, la ilusión de todo infante abandonado: tener papás.

Capítulo 12

*Tiene un cuerpo que no quiere y una pelea con su mente.
Su madre que lo conoce, sabe lo que su alma siente.*

**Hace tiempo que cambié
Belén Moreno**

—Es tu turno Karol. Ahora tú debes contarnos a nosotras, cuéntanos todo lo que has vivido en estos años, dinos con tus palabras, hija. Ahora sí, no me equivoqué—. Dijo Dulce con un brillo especial. Bajé mi mirada. Estaba conmovida. En poco tiempo no sólo sabía cosas de ellas que nunca hubiera imaginado, sino que también me iba completando.

Mis pensamientos eran muy maduros para mi edad. El miedo a ser descubierta me hizo convivir siempre con quienes sabían mi secreto. Personas mayores que me ayudaron a construirme. Aunque una nunca termina de construirse en la vida. Los cimientos se ocultan, pero son importantes. Saber cómo fueron ellos nos ayuda a que tengamos un buen camino. Raíces. Como árboles. Como el árbol que estaba dejando de darnos sombra del lado en que estábamos. Advertí eso y les pedí movernos.

El medio día había llegado. A las 10 de la mañana fue cuando entré a la casa. Debían ser como la una. Apenas tenía una hora para empezar mi historia, pues sino me equivocaba y si la disciplina seguía igual, a las dos de la tarde sería la comida en el orfanato.

Nos acomodamos. Yo frente a las tres. Las miré sin lograr hilar una oración concreta. Daniela me vio y usando su mirada me hizo lograr tomar las riendas. ¡Ah, es tanto!

Mis primeros días, fueron llanto. Emociones encontradas. Verme como niño. No ver a mis tres mamás.

Mi convivencia luego de vivir con muchas niñas y tres adultas, se limitó sólo a mis padres. Mis papás no tenían conocidos en Córdoba, el vivir ahí era debido a que mi papá, al ser parte de la PGR, prefería no tener un domicilio cercano al trabajo. No dijeron nada a la familia de mi presencia. Querían fuera una sorpresa. Esperaban estuviera más adaptada ellos, para llevarme a conocer con mis abuelitas, pues aún vivían las dos.

Mi abuelita materna ya no está y se fue sin saber mi verdad. Esta salió de mis labios cuando tenía quince años, con mi abuela paterna. Con mi abuelita Mirna, mis papás y yo pactamos esperar un tiempo, para ir paso a paso. Ella murió antes de decirle, se fue sin saber...

Aprendí que había otros mundos, y que no tenía un sentido de pertenecía por ninguno de ellos. Poco a poco fui determinando que seguía huérfana, no de padres, sino de identidad, aunque no entendiera los términos que hoy empleo, mi sentir era así.

Aunque me trataran con tanto amor, el no volver a usar vestido me sumió en una tristeza continua. Cada que Daniela iba a las visitas de supervisión, corría hasta ella y le pedía un vestido. Nunca llegó. No de ella.

Un día, con la tele prendida y mi poca atención por lo que pasaba en ella, escuché lo que originó mi primer gran batalla con mis papás. Al parecer lo que pasaba era una película. En ella escuché el nombre de “Karol”. Me sonó tan parecido a como me nombraban, que alcé la mirada y vi a una niña que me pareció muy bella. La escuché presentarse ante una señora, animada por su mamá. Su cabello era rizado y caía en sus hombros. Su vestido purpura. Me imaginé siendo ella. Quería ser ella. El nombre sonó fuerte en la casa: <<Karol>>. Era yo quien lo pronunciaba. Supe en ese instante que ese sería mi verdadero nombre, mi único nombre. <<¡Karol, Karol!>>, grité por mi descubrimiento. La felicidad fue tanta que no me quedé a ver más de la película, sino que corrí con mamá Ana y le dije: <<Me llamo Karol>>.

Corregía a mis papás cuando me decían Carlos, no di tregua. Sólo hacía caso si me decían Karol. Mi mamá tenía en su cuarto una muñeca grande de porcelana, con la que yo jugaba a escondidas, ignorando los tan abundantes juguetes de niño que me dieron.

La tristeza me estaba matando. Tenía sólo un mes con mamá y papá. Temieron por mí y me llevaron con un psicólogo que trataba niños. En una semana acudí tres veces. No recuerdo mucho lo que hablé con él. Me daba miedo, su actitud era muy ruda. Él determinó que tenía una “potencial homosexualidad” y que debían ser estrictos para corregirme, que según teorías del doctor Money^[3] podían hacerlo, que él los guiaría. Extrañamente mi papá no aceptó y dijo a mi mamá que sabía con quién llevarme. Viajamos a la ciudad de Puebla, mas no a ver a mis abuelas, sino a la doctora Torres. Una psicóloga con doctorado en sexología y especialista en niños y adolescentes en situación difícil. Luego de algunas sesiones ella fue directa con mis papás: yo era una niña, era un caso de transexualidad primaria, pues lo manifestaba con apertura y con gran fuerza para mi corta edad. La recomendación fue que debían aceptar que yo era diferente y que cualquier intento de suprimir mi verdadero ser, podía traducirse en problemas más grandes en mi adolescencia, cuando me fuera haciendo menos dependiente de ellos.

Mi mamá no estaba de acuerdo, en cambio papá lo aceptó. En aquel entonces no reflexioné por qué mi papá accedió tanta facilidad. Conocer ya más grande el pensamiento masculino me provocaba una disonancia con el actuar de mi papá. Por eso cuando cumplí quince años reuní a mis padres para tener más respuestas.

Poco a poco papá fue convenciendo a mamá de probar. En abril, para mi cumpleaños, mi mamá me compró un vestido. Lo puso en mi cama mientras dormía. Al despertar y verlo me llegó una sensación que no puedo describir.

Me sentí rescatada. Aliviada. Ansiosa. Creí seguir soñando. Era el más grande regalo de cumpleaños.

Bajé de la cama. Tomé el vestido en mis manos. Lo observé y observé. Cómo olvidarle. Era rosa, de tirantes, tipo overol, como el que tuve en el orfanato y que siempre fue mi favorito. Floté, y en esa nube me fui quitando mi pijama y me puse el vestido. Me puse a llorar. Faltaba la blusa. Estaba desnuda de mi dorso, vestida sólo por los tirantes y la pechera del overol. En eso entró mi mamá: <<¿No te hace falta esto?>>. Llevé mis manos a la boca por temor a que me regañara. Pero estiró el brazo ofreciéndome una blusa blanca de cuello de tortuga. La tomé con miedo y una vez en mis manos la apreté junto a mí. Mi mamá se sentó en la cama y me dijo: <<A ver, te ayudo>>. Lo hizo y me llevó a su cuarto. Me cargó y me mostró la imagen al espejo. La abracé y la besé. Le dije: <<¡Gracias, mamita!>>. Ella lloró y dijo muy quedo: <<Adiós mi Carlos, bienvenida mi “Karol”>>.

Por la tarde mi papá llegó, entró con un gran pastel y dijo: <<¡Qué bonita te ves! Eres una bella hija>>. Dejó el pastel en la mesa, me cargó y me llevó a ella. Me paró en una silla. El pastel era de frutos secos. El merengue blanco con bordito azul y rosa. En medio un adorno que yo no podía descifrar por mí misma. Papá se adelantó a mi pregunta y me dijo: <<Esas letras azules y rosa dicen “Karol”. Nadie te volverá a llamar de otra manera, ni aquí, ni cuando vayas a la escuela. Eso lo arreglaré, por algo tengo mis influencias>>.

De esa forma nunca volví a oír en esa casa el nombre de Carlos, excepto en las visitas de mis madres, que se turnaban para verme. Les costó acostumbrarse. Dulce nunca termina de acostumbrarse.

Capítulo 13

—Fue duro para mí y a la vez un alivio, ver que tus padres te aceptaron —me interrumpió Amalia—. Duro, porque en una visita que me tocó realizar a mí, tus padres me confrontaron, platicándome tu comportamiento. No pude ocultar nada y les dije. Luego de ello me contaron de las visitas a la psicóloga en Puebla, y que estaban determinando el criarte como niña. Eso fue en el mes de marzo. Tuve un gran alivio, porque temí que tu papá al ser de la PGR, tal vez nos demandaría o algo similar. Las autoridades no suelen entender a personas como tú. Los periódicos tampoco...

Amalia dejó el tema al aire. Me hice de la palabra de nuevo y les agradecí por el apoyo que dieron a mis papás. Quise adelantarme a decirles las razones por las que mi papá no era como el común de los hombres. A veces sólo las desgracias nos abren los ojos a las realidades que no aceptamos. Al parecer son necesarias...

Me sorprendí pensando eso. De alguna forma mis pensamientos iban justificando a Dios. Supe que había mucho que aprender de esas mujeres que tanto me dieron.

A las dos semanas de mi cumple mis papás me llevaron otra vez con la doctora Torres. Ella más que sorprendida sonreía feliz. Platicó conmigo a solas. Me hizo preguntas extrañas, como el que pasaba cuando me quitaba el vestido, si sentía que dejaba de ser niña y volvía a ser niño. Yo me enojé por ello y mi boquita se arrugó y ella tan bella dijo: <<No cabe duda que eres Karol, y que las veces anteriores te trajeron disfrazada de niño, porque esta eres tú>>. Me devolvió la sonrisa con ello y la sesión continuó luego con mis padres. Les habló de la responsabilidad tan grande, y les recomendó que me protegieran no dejando saber a nadie la verdad, al menos no de momento.

Que sólo a personas que supieran que no me harían daño, podían irles contando.

Mi papá fue tajante. Dijo que no había necesidad, que nadie me conocía y que me ingresaría al kínder con los papeles ya cambiados. La doctora asintió y programó visitas mensuales, al menos hasta terminar el año y que luego serían bimestrales.

Ese día me llevaron a una juguetería y me compraron un par de muñecas. Me sentía feliz y cuando volvíamos a casa, atrás en el coche mientras me iba durmiendo, mi mamá me dijo <<Mi niña>>, y me sentí más querida y debo haberme dormido con una sonrisa.

Capítulo 14

Mi vida escolar fue “relativamente” sencilla. Mis papás me dieron muchas recomendaciones. La principal fue la de ir al baño solita y hacer siempre sentada, ya fuera del “uno o del dos”. O si alguna compañera iba conmigo, cerrara bien la puerta, que no la dejara verme. Buscaron un kínder cercano y pequeño, con buenos seguros en las puertas del sanitario. Explicaron a las maestras que yo tenía unas manchas en la entrepierna, supuestos “lunares”, que no querían que me viera algún otro niño, les contara a sus padres y pensarán que yo tenía alguna enfermedad. No hubo problemas. Sólo en esa parte escolar conviví con niños.

Ellos fueron todo un descubrimiento para mí. La doctora me había explicado la diferencia sexual entre un niño y una niña. Comprendí que en parte era niño. Quise llorar, mas ella me dijo que no tenía que hacerlo, que conforme creciera tendría un tratamiento correcto para que me viera como cualquier niña, y que cuando fuera mayor de edad había la posibilidad de una operación. Pregunté por qué no me la podían hacer antes, y ella, casi maternal, me dijo:<<Karol, bonita, lo que tengas entre las piernas no dice si eres niña o niño, sino lo que sientes, preocúpate por actuar como te sientes, pronto llegará el día de tu cambio total, vive como la niña que eres y que nadie te diga lo contrario>>.

Aun cuando los niños y niñas en edad de 5 años no somos tan diferentes, yo noté cosas, como el que ellos eran más inquietos y las niñas más tranquilas; la ropa, su energía alocada. Nosotras también teníamos mucha energía, aunque más orden. Lo siguiente que descubrí fueron las actividades y juegos, pues unas cosas eran asignadas a niños y otras a niñas, los colores e incluso las tareas.

Mi primer dibujo no lo entendió mi maestra. Traté de dibujar una mujer

grande, con senos y en su mano una tijera. La tijera que me llevaría a mi libertad total y que aún no había podido usar. Porque algo faltó en ese dibujo, y fue el doctor que se encargaría de una de mis etapas finales de transición.

Un año estuve en el kínder. No era tan obligatorio cursarle completo en ese tiempo, así que entré a primaria sin problemas. Una primaria sólo de niñas, como el orfanato. Mis papás sabían que era lo más seguro y yo no objeté, no en ese nivel, eso vino después.

Tuve conciencia de protegerme ya cumplidos los siete, cuando por accidente, al escuchar a unas compañeras, padecí miedo. Regresé temblando a casa. Mi mamá se preocupó tanto, que le marcó a mi papá a su trabajo en Puebla. Él le dijo que me llevara en autobús y que trataría de conseguir cita con la doctora Torres, aunque fuera de noche.

Llegamos a las siete a la terminal. La doctora tenía espacio 8:30 pm. Nos recibió un poco antes, pues desde las ocho llegamos y su paciente estaba saliendo. Entramos los tres y me preguntó por lo que me había pasado. Le repetí lo que yo ya les había contado a mis papás: que me dio un pánico estando en el baño, porque una compañera le dijo a la otra que era su primera vez. Eran quizás de sexto año. Yo estaba dentro, haciendo agachada como debía hacer para no despertar sospechas. La oí decirle a la otra que nunca más podría ir sola al baño, que le daba miedo le agarrara de sorpresa sin nadie cerca que le ayudara. Por debajo de mi puerta vi sus pies, ambas metidas en el mismo baño, por lo que pude ver. La otra le dijo que no se apurara, que a ella le había pasado desde el año anterior, que siempre la acompañaría, mencionó que a todas las mujeres les pasa.

Por eso temí. Si a mí me pasaba lo que relataban se darían cuenta que no tenía lo mismo que ellas, que no era la niña que todas creían. Salí del baño corriendo. Era la hora de la salida. Don Flavio, el taxista que siempre iba por mí cuando mi mamá no podía, me esperaba. Subí y le extrañó que yo no

dijera nada en todo el camino, ni las buenas tardes le di. Al llegar, bajé corriendo para entrar en la casa. Mi mamá se quedó para pagarle a don Flavio y esté debió decirle algo de mí, pues al entrar mamá me llamó con preocupación. Estaba en mi cuarto. Mamá Ana me vio temerosa y por más de una hora no hablé. Ella ya se había comunicado con mi papá y me hizo comer cuando me vio más tranquila. Me alistó para viajar por 3 horas y media a Puebla. Mi papá no podía ir por nosotras, sino hubieran sido sólo 2 horas de viaje, por lo regular íbamos con la doctora Torres los sábados, cuando mi papá tenía libre y viajábamos en el coche, en familia.

Ese día la doctora me enseñó porqué una mujer tiene menstruación. Me explicó que los chicos no padecían nada similar. Dijo que una mujer cuidadosa no siempre tenía necesidad de ser acompañada al baño. Y que no me preocupara, que la menstruación podía ser dolorosa y que muchas mujeres soñaban con no tenerla nunca en su vida. Me dijo que a pesar de ello, es necesaria para tener hijos.

Volteé a ver a mi mamá y le pregunté: <<¿Tú la tienes?>>. <<Ya no mi vida, tuve unos tumores muy dolorosos en los ovarios y al operarme quedé estéril, sin poder darle un hijo a tu papá. Pero estás tú, nuestra más grande bendición>>. Con la confesión de mi mamá Ana supe que era muy triste que llegara a la pubertad y no tener sangrado, no usar una toalla femenina y no padecer dolores en esos días, pues al tener entre mis piernas algo muy distinto a una vagina, ovarios y matriz, nunca podría ser más que madre de mis muñecas. Era estéril igual que mi mamá y esa complicidad que escuché de mis compañeras, quizás nunca la podría desarrollar. Empezaba a notar cuan diferente era. Supe que, aunque pudiera convertirme en una mujer casi normal, no saldría de ser una aproximación, que viviría cojeando, sin posibilidad de que alguien nacido de dentro de mí, me llamara mamá.

Fueron reflexiones muy fuertes para una niña de siete años. Bostecé.

Deseaba dormirme y olvidarme de ese día, donde por primera vez, me sentí tan incompleta.

Capítulo 15

Esa terapia extraoficial con la doctora Torres me llevó a percibirme de otra forma. Me volví huraña, alejada, mi alegría se me fue por mucho tiempo. El entusiasmo que tuve en mi quinto cumpleaños, cuando creí que siempre sería niña, se desvaneció. Las ilusiones eran ilusiones y las cosas necesitarían más esfuerzo del que imaginé para acercarme a lo que ya eran las demás.

A los once años de edad, la doctora Torres sugirió empezar a ver un endocrinólogo, para que recibiera una terapia hormonal, detener la pubertad masculina, desarrollar una femenina, y crecer con cambios propios del género con el que vivía.

Para sexto año de primaria, muchas ya tenían pecho y forma. Las veía con envidia. Lo bueno es que nadie se enorgullecía demás con ello, era una etapa de descubrimiento. La mayoría se avergonzaba. Les daba pena su busto y en algunas escuché que tenían dolor. La maestra de ese año nos explicó por primera vez cosas básicas de la sexualidad, las cuales yo sabía por la doctora.

Aquello me hizo pensar que me haría cercana a las demás y sólo sirvió de burla cuando una compañera, que ya incluso se pintaba las uñas y usaba un poco de color en los labios, se burló de mí por saber tanto. Yo estaba exponiendo sola sobre el tema en clase. No quise hacer equipo con ninguna, no me sentía a gusto con las demás en sus casas, incluso en la mía. Temía que por algún error fuera descubierta. Aún recuerdo su saña cuando dijo: <<¡Uy, “la plana” del salón sabe más que las que ya estamos proporcionadas!>> Todas rieron, a pesar del esfuerzo de la maestra para que guardáramos silencio y de exigir respeto para mí.

Nada me consolaba ante aquel señalamiento, pues luego de ello, las que sentían pena de su cuerpo se compararon conmigo y muchas entre murmullos dijeron: <<Mejor con “chichis” que sin ellas>>.

Cuando conté en mi casa lo acontecido, rogué a mis papás me llevaran ya al médico. Me dijeron que sí, que esperara, que ese sería mi regalo de cumpleaños número 12. Era enero del año dos mil. Faltaba poco más de dos meses para mi cumple. El nueve de abril sería en domingo y me anunciaron que mi primera cita sería el sábado 8. Mi papá ya había ido a ver al doctor Guzmán y tenía la lista de los exámenes que debían practicarme. La carta de recomendación para la terapia hormonal ya había sido dada por la doctora Torres y el médico no tuvo objeción.

Volví a sonreír y besé y abracé a mis padres hasta el cansancio. Ellos no se rendían cuando se trataba de hacerme feliz y sabían hacerlo casi todo en la fecha adecuada, en los días que cumplía años.

Capítulo 16

Ese día soñé con mi cuerpo rediseñado. Una especie de precognición o ansia de deseo se me presentó en la noche y me vi tal y como soy ahora, quizás mejor, porque lo mejor de mí aún está por venir.

Los exámenes previos a mi terapia consistieron en varios tubos de sangre. Aunque me desmayaba ante las agujas, el saber el propósito de estas entrando en mis brazos, me hizo tener valor e incluso no cerrar los ojos. Una semana antes de ir con el endocrinólogo estaban los resultados, los cuales ni mis padres ni yo sabíamos interpretar.

Tuve cita previa con la doctora Torres. Vio los exámenes y me dijo que todo estaría bien, que, si el doctor me prescribía esta primera vez los estrógenos y los bloqueadores de testosterona, en tres meses vería los primeros cambios. Sonreí. Para la secundaria empezaría a verme como las demás. Mi escuela estaba escogida. De mujeres, como en la primaria.

Mi corazón latía con fuerza al estar frente al doctor Guzmán. El que fuera hombre me imponía. Me dijo: <<No tiembles, nada va a pasar, estás muy bien. No todas son candidatas a estos tratamientos, por cosas de salud que deben ser tratadas, y aún con ello, hay casos que no se recomiendan en absoluto. No es el tuyo. Y si lo fuera, hay otras vías. Deberías saberlo, imagino que la doctora Torres te ha contado... Tranquila. Tus pastillas estarán en esta receta y las tomaras puntual día a día, toda tu vida. Si es necesario se cambiarán, se aumentará o disminuirá la dosis. Vamos poco a poco. ¿Estás lista?>> Asentí con pena y él procedió a escribir. Dio instrucciones a mis padres y salimos de ahí directo a la farmacia. Me compraron las medicinas y me dijeron que no me desesperara, que las tomaría el lunes, porque nos quedaríamos de fin de semana para ver a mis abuelas y mi cumpleaños sería en casa de una de ellas. Quise hacer un berrinche, pero me aguanté. También

quería verlas. Podía pasar un día más sin ser como las demás. Al menos estaba más cerca de las experiencias de ellas.

Capítulo 17

Los primeros dos meses no me sentí diferente con las hormonas. Tomaba una pastilla en la mañana y por la noche la misma. A medio día era una diferente, la cual consumía cada 24 horas.

A los dos meses y medio mis pezones se pusieron muy sensibles. Parecía que me iban a explotar. Incluso un día lloré por ello. Mi mamá me llevó a comprarme mis primeros corpiños y ello me hizo obviar cualquier dolor. La felicidad lo opacaba.

Las citas siguieron con el endocrino. Para el tercer mes de hormonas fue cuando lo volvimos a ver. Me tomó medidas como lo hizo el primer día y me felicitó. <<Muy bien señorita, siéntase feliz, sus nuevos exámenes indican que va todo bien y por lo pronto no variaremos la dosis, quizás la aumentaremos en seis meses, a una pastilla más a medio día. Eres joven y tu cuerpo se está adaptando bien. Necesitaré ver los exámenes para ese aumento, con el cual, para los 14 o 15 años, te hará ver como cualquier otra joven. Nada masculino habrá en ti>>. El doctor era muy respetuoso y siempre sabía que decir.

Mi ropa de niña, dejaba de ser de niña, me convertía en jovencita y quería dejar la niñez, usar pantalón de mezclilla, blusa corta. Fue con ello que encontré un problema en el que no reparé cuando me probé un pantalón ajustado. ¡Mis genitales se notaban! Muy poco, pero yo sentía que tenía un enorme bulto entre las piernas.

La doctora Torres fue la que me ayudó con ese detalle. Que todo era cuestión de un “ajuste”. Me hizo desnudarme de la cintura para abajo y con una gráfica me enseñó que arriba de mis genitales, en la parte interna, existe una cavidad vacía, donde los testículos se acomodaban cuando hay frío. Si el pene era “sumido” de forma correcta, también se podía esconder. Me explicó

que aplicando esta técnica y que, con mi poco desarrollo genital, haría que esa zona luciera plana sin que me fuera molesto. Así que me incitó a practicarlo frente a ella. Para esto llevé el pantalón de mezclilla. Luego de tres intentos llenos de pena logré un acomodo casi perfecto. Me sugirió usar ropa interior un poco más ajustada, o incluso doble, para con ello sostener el acomodo de mis genitales. Casi quedé sin habla al verme al espejo con pantalón, sintiendo plana la parte baja de mi vientre. Siempre había usado falda, pantalón o vestido holgado de la parte baja hasta ese día.

Mi mamá pasó a verme por orden de la doctora. Me vio y preguntó: <<¿No te duele? ¿Doctora, no le hará daño?>> La doctora dijo que no y que si se presentaba algún dolor igual me practicarían unos exámenes, la única recomendación fue la de no “aprisionar” mis genitales para dormir. Salimos de la consulta. Faltaba poco para que entrara a la secundaria. Mis inseguridades en pocos meses, se estaban desvaneciendo.

Capítulo 18

Aunque la vergüenza me comía, les conté sin ocultar detalles a las tres. Dulce fue la más impresionada. Me preguntó si no era peligroso, que tal vez podría provocarme un tumor. Le dije que cada año me hacían un ultrasonido en la zona, y que debido al poco crecimiento de mis genitales nunca he tenido ninguna complicación, ni siquiera molestia testicular.

El tema de mis genitales era muy difícil para mí. El hablar de ellos me hacía sentir una cosa muy alejada a una mujer, y ni de broma cercana a un hombre. Los hombres... A veces me pregunto cómo pueden gustarme, sí son seres llenos de prejuicios a personas como yo. Sólo la presencia de mi papá me hace creer. Pastor volvía a mi mente, me gustaba creer que él era una posibilidad. El miedo de que supiera no me permitió llegar más allá. Las experiencias que empecé a vivir desde mis 15 años no me habían dejado ganas de nuevos riesgos. Sin embargo, me gustaba. Por suerte se marchó antes del escándalo que me reveló ante toda Córdoba. Un error, cuando nunca tuve uno en toda mi vida escolar. Mis padres cuidándome y yo rompí en un instante mi estabilidad. Fue cuando entendí sus miedos, su protección...

Para primero de secundaria mis cambios se iban haciendo más notorios. Muchas chicas estaban en igualdad de condiciones que yo, con sus cuerpos en un desarrollo tímido. Dejé de sentirme tan sola, un poco menos.

No hice muchas amigas. A lo más éramos compañeras, conocidas. Seguí prefiriendo hacer los trabajos escolares sola. Mantenía mi distancia. Ya no vivía tan triste, pero el ser antisocial no se marchó del todo.

Creí que mi seguridad por las hormonas me haría ser más participativa. Y no, pues apareció otro detalle en el que no había pensado: “chicos”. Algunas ya tenían novio. Los chicos rondaban la salida de la escuela y

abordaban a algunas de nosotras. Yo huía de ellos al mismo tiempo que deseaba la cercanía de uno.

No era fea. No soy fea. Me veo al espejo y lo percibo. Mis ojos son grandes, mis cejas abundantes y con forma natural, Mis labios carnosos y mi carita afilada. Mi cabello largo y negro, el cual fue una bendición creciera tan rápido cuando me lo dejaron largo a los 5 años; cuando lo tuve casi hasta mi cintura, decidí dejarlo así, pues me enorgullece tanto; sólo dejo que me den forma sin que pierda su extensión. Mi cuerpo era y es delgado; en esos días con caderas formándose, con pechos que en segundo año de secundaria me permitieron usar brassier 32 copa B. Era increíble cómo se desarrollaron. Eran muy sensibles. Los tocaba mientras me bañaba y mi mente volaba pensando en algún chico. Trataba que el agua fría me quitara esos pensamientos. No debía estar con chicos. Mis papás no me lo habían dicho, ni la doctora Torres, aunque fue ella la primera en sospechar que mis pensamientos se empezaban a depositar en ellos.

<<Si fuera descubierta...>>, pensaba. ¡Qué miedo me daba! La doctora en esa edad me prestó una vieja película llamada “Cambio de sexo”^[4]. Un chico/chica, sufriendo todo un proceso y teniendo que trabajar en un cabaret, donde le albergaron para poder convertirse en mujer. Una historia de amor frustrada, una pelea con la que fue su mejor amiga y un final ideal.

Luego de terminarla, entendí cuál era la aparte que deseaba la doctora le pusiera más atención. Cuando la protagonista es abordada por un hombre que le gustaba y le sugiere tener intimidad. Ella trató de decirle que no era “exactamente” una mujer, a lo que él creyó que se refería a que era una mujer virgen. Decide tomar la cita, este la lleva a un cuarto. Él comienza a desnudarla y ve la realidad de ella. Furioso la golpea, llevando a la chica a un intento de extirparse ella misma los genitales.

La doctora me dijo que nunca intentara eso, pues mis genitales son la

piel donante para una cirugía de reasignación de sexo. Eso lo supe con la película, que en su parte final muestra unas graficas de uno de los primeros procedimientos que hubo. La doctora me dijo que en la actualidad la medicina había avanzado y las reconstrucciones del área eran tan perfectas, que hasta veces los ginecólogos quedaban sorprendidos al no percatarse de primera intención, que estaban ante una mujer que había nacido “con unas piezas sobrantes”.

A veces me deprimía por estar tan lejos de mi mayoría de edad, pues no está permitido operar a menores. Y los costos aproximados de la operación eran otro factor. Mis papás me habían dado demasiado a pesar de ser adoptada, y yo no podía exigirles más. El pago a la doctora, el del endocrinólogo y de los medicamentos. Conforme crecí fui prestando atención a esos detalles y supe cuan querida era. Cuan amada. Aun con ello seguía cojeando y quería una vida más normal, quería un novio, quería alguien a quien besar.

Capítulo 19

En tercero de secundaria empezaron a llegar las invitaciones a las fiestas de quince años de mis compañeras. Aunque fui a un par, no me llamaban tanto la atención. Me sentía sola entre ellas. “Debutaban en sociedad”, y yo me aislaba de ella. Me sentía deprimida. Mis papás me preguntaron si quería una celebración así de grande para mis quince, en salón, con chambelanes, vals, invitados. Les dije que no. Que con celebrar mi cumple los tres juntos sería suficiente para mí.

No lo era. Quería algo más. Algo no tangible. Así que ese 9 de abril de 2003 los abordé. Necesitaba respuestas. Incluso ignoré la laptop y el celular que me habían dado de regalo. Me comporté muy mal. Exigente, y con un poco de resentimiento. Estaba abrumada por el buen trato de ellos, por protegerme tanto y por esa vida donde estaba tan sola. Era yo una serie de contradicciones en esos días.

Pedí sinceridad, y les dije que les iba a pedir un permiso más, pero que antes necesitaba saber por qué les fue tan fácil, <<¿Por qué aceptaron el que viviera como una niña? Papá, ¿por qué siendo tú hombre no tuviste prejuicios para conmigo, y fuiste más condescendiente que mi mamá? Mamá, ¿por qué tú te negabas a aceptarlo como lo hizo mi papá? ¿Por qué siento que me ocultan cosas? Necesito saber, por favor>>.

Mi tono grosero no les hizo perder la paciencia. Por lo visto esperaban algo así algún día, pues se miraron preocupados y con complicidad. Mi papá quiso hacer unos rodeos. Mi mamá sólo callaba esperando que él dijera lo que tenía que decir. Mi enojo se desmoronó cuando vi por primera vez una tristeza profunda en los ojos de mi papá.

<<Hija, te diré la verdad. Es dura. No para ti. Es dura para mí, porque aún no logro perdonarme>>, me dijo. Yo estaba de pie. Me senté. Él estaba

frente a mí en el comedor. Mi mamá junto a él, a su izquierda.

Mi papá me confesó que cuando él y su hermano Arturo eran adolescentes y recién salieron del bachillerato, notó que mi tío actuaba raro. Llegaba tarde a casa y con olor a perfumes de mujeres. Lo extraño es que él nunca fue muy social con el sexo femenino en todos los años de escuela. Mi tío, al que sólo conocía por las fotos en casa de mi abuelita paterna, no quiso seguir estudiando. Quería trabajar y ganar dinero.

Papá sospechó que él salía con prostitutas. No le dijo nada, porque conocía su carácter tímido y que no hablaría de ello con facilidad.

Pasaron un par de años y un día el tío Arturo se presentó en casa y les dijo a mi papá y a mi abuelita, que se iba a juntar con una chica. Mi papá lo felicitó. Mi abuelita Cecilia no estaba contenta. Le cuestionó por qué no se casaba. El argumentó que no podía. Que ella tenía un departamentito donde él se mudaría.

Mi abuelita le dijo que al menos se las presentara antes de que se fuera. Él les dijo que de seguro no querrían conocerla. Extrañados preguntaron el porqué. Mi tío no quiso decir nada y se cerró el asunto, al menos en la casa.

Esa noche mi papá invitó a mi tío una cerveza en un bar cercano. Mi tío aceptó. Ya en el bar, luego de tomar un poco, mi papá le preguntó si era una prostituta, y que si por eso no quería presentar a su novia. Mi tío no le cayó bien el señalamiento, pues mi papá me dijo que derramó la cerveza que tenía al pie al levantarse molesto de la mesa. Mi papá trató de disculparse y le dijo que estuviera tranquilo, que él no tenía problema con ello, que le dijera.

Un poco animado mi tío se volvió a sentar, le afirmó que sí, que ella se había dedicado a ello, que tenía unos meses que vivía sólo de lo que él le daba. Y que no le importaba lo que dijeran.

Mi tío se puso a llorar. El alcohol al parecer le abrió las emociones, porque mi papá dice que nunca había sido así de expresivo. Le dijo que no

quería que a ella la discriminaran por lo que era, que por eso no quería que la vieran ellos, que ella era su todo, que salían desde hace un año y que le costó trabajo, pero que la quería sin importar que no fuera como todas.

Ese comentario no le agradó a mi papá, y le dijo que no dijera esas cosas, que él sabía que por situaciones económicas o por mala vida en el hogar, muchas mujeres terminaban así, que quería confiar que su futura cuñada no volvería a esa vida.

Mi tío movió la cabeza. <<No me refiero a eso, Lalo>>. Aunque con muchas preguntas que formular, mi papá lo dejó hablar. <<Ella es transexual, y no me importa. He visto una psicóloga desde que empecé a salir con ella y he podido darme cuenta que he vivido reprimido toda mi vida. Me gustan las chicas trans, siempre me atrajeron y soy feliz con ella, digan lo que me digan>>.

Mi papá al contarme esa parte bajó la cabeza. Hizo una pausa y continuó.

Le dijo unas groserías a mi tío refiriéndose a su novia. Se paró de la silla y lo golpeó. Quería hacerlo “entrar en razón” a golpes, decirle que era una estupidez. Su pelea fue tan grande que los sacaron a ambos del bar. Afuera, mi tío se fue corriendo y dijo que jamás regresaría a la casa.

Mi abuelita y mi papá no volvieron saber de él, hasta que meses después en un periódico amarillista fue publicada una noticia que decía: <<Matan a travesti y a su amante>>. Mi papá al ver el nombre de mi tío en la nota del periódico, salió corriendo de la casa y fue con las autoridades a averiguar los hechos.

Le dijeron que habían concluido que había sido un crimen pasional, que se habían matado entre los dos y que no había nada más que averiguar. Mi papá hizo su propia investigación y logró encontrar un testigo. Era un vagabundo que siempre rondaba el parque donde se suscitó todo. Este le dijo

que un grupo de borrachos al verlos en el parque empezó a insultarlos y que mi tío quiso a defender a su novia cuando intentaron tocarle. Era de noche y el parque estaba desierto. Uno traía navaja y los apuñalo a ambos hasta matarlos. El asesino se fue de la escena junto con los demás, gritando que se lo merecían por ser “maricones”.

Papá trató de convencer al testigo de que declarara para encontrar al culpable. Este se reusó. No quería represarías. Mi papá entendió y siguió buscando al asesino, por ello decidió estudiar criminología como maestría de su carrera de derecho y hacerse policía especializado.

Ahí estaba mi padre frente a mí, llorando, contándome con vergüenza e impotencia el caso de mi tío. De lo culpable que se sentía de haberle dado la espalda, de insultarlo y no aceptarlo a él y a su novia.

<<En el entierro, mi mamá estaba muy afligida. Pocos somos en la familia y pocas fueron las palabras de consuelo que le llegaron. También estuvieron presentes otras mujeres como Nelly. Así se llamó la novia de tu tío. Arreglé que los enterraran juntos. Era lo menos que podía hacer. Ya que la última vez que lo vi con vida, lo rechacé e hice que se fuera lejos de casa, de mi mamá y de mí>>. Dijo papá.

En ese trance, al finalizar el sepelio, una mujer se acercó a papá. Elegante, alta y de cerca de 27 años. Le entregó una tarjeta y le dijo a mi papá que Nelly y Arturo fueron sus amigos. Que estaba muy dolida con su perdida y que Arturo le habló de él. Que antes de su muerte ya no le guardaba rencor, que siempre estaba que iba a ir buscarlo para hablar. Nunca lo hizo. Mi papá tampoco hizo el intento. La mujer le dijo que si quería podía ayudarle, así como ayudó a Arturo en su momento. <<No soy tanatóloga, pero sí psicóloga. Búsqueme, no hago esto por negocio, sino por mis amigos, y porque sé que usted lo necesita>>. La mujer se fue sin dar su nombre y dejando su tarjeta. En ella decía: “Doctora Torres”.

Capítulo 20

De esa forma mi papá conoció a la doctora, y fue por eso que confié tanto en ella, al grado de seguir todas las recomendaciones para mí. En parte yo era la reparación de las culpas de mi papá. Conmigo sentía que estaba limpiando su tormento y rechazo pasado. Fue tarde, sin embargo, entendió que hay personas diferentes, que no tienen que seguir el camino de los demás, que hay que aceptarles y apoyarles sí es preciso.

Me sentí mal por mi papá. Mi querido papá. Yo estaba siendo su purgatorio. Eso no quitaba cuanto me amaba, como se dirigía a mí con amor, como había dado tanto de sí para que yo estuviera bien.

Miré a mamá y ella empezó a hablar: <<Por ello yo estaba reacia a dejarte cambiar. No porque estuviera en contra tuya, hija, sino por el miedo que me da el pensar que puedas terminar tus días como tu tío y su novia. No quiero te pase nada hijita, por eso te protejo tanto>>. Los abracé.

La confesión me había tocado el alma. Mi tío, pobre de mi tío y de Nelly. Ya no dije nada y le pedí a mi papá que en la próxima ocasión que fuéramos a Puebla, pasáramos a visitar sus tumbas. Sonrió y me dio las gracias y un beso grande. Los tres estábamos sensibles y no quise preocuparlos con lo que me callé. Era mejor esperar unos días más.

Capítulo 21

Días después, un sábado, partimos temprano a Puebla. A las 8 de la mañana estábamos entrando a la ciudad y dirigiéndonos al cementerio.

Mi papá me dijo que esa visita el panteón junto conmigo y mi mamá, así, en familia, era de las menos dolorosas. Aún con ello lloró. Intentaba contener las lágrimas. Mi empatía con él es tan grande que yo lloré lo que él se no se permitió ese día.

La tumba de la tía Nelly llevaba su nombre de chica. Mi papá me explicó que, por el papeleo de defunción, en la cruz provisional no figuraba el nombre de ella, sino el que tenía en sus papeles de nacimiento. A la hora de construir el monumento para los dos, puso el nombre como ella se hizo llamar, que no podía negarle eso en su tumba.

Me pregunté cómo sería ella. Mi papá me dijo que tal vez la doctora Torres tendría una foto de ella. Suspiré. Quería conocer más de cerca la historia. Aunque no tenía cita con la doctora Torres, pedí a papá marcarle para ver si tenía espacio. Tomó su celular y le marcó. Al dar tono me la pasó.

Le conté el motivo de que estuviéramos ahí y que deseaba saber más de Nelly, de mis tíos. La doctora aceptó recibirme luego de su última cita a la una de la tarde. Abracé a mi papá y caminamos por el panteón. En la tumba dejamos flores rojas y gardenias. Mi papá mencionó que la canción favorita de mi tío era “Perfume de gardenias”, y que quizás le hiciera feliz saber que ese aroma estaba en su última morada.

Fuimos un rato a casa de la abuela. Le pedí fotos de mi tío, que me hablara de él. Lo intentó. Le era doloroso. Contemplé los retratos. Mi tío lucía triste casi en todas. En la última imagen que se tomó con la familia, a pesar de verse como preocupado, sus ojos habían perdido algo de ese dejo de tristeza. Debió ser cuando ya se sentía feliz, aunque con la inquietud de la

aceptación de su familia. <<Debe ser duro que no te acepten>>, pensé sin saber lo que era ese sentimiento, pues nunca lo había vivido, no de manera fuerte.

Mi abuelita me miraba. Mi papá la llamó y le dijo que yo ya sabía la historia, que por ello estaba tan interesada. <<Debes creer que soy una monstruo, hija. La verdad es que no supe cómo reaccionar cuando tu papá me lo contó. No tuve el valor de hacer nada. Pues pensaba como tu padre, fuimos un par de tontos. Nunca lo buscamos. Siempre tuve la esperanza inútil de que tu tío regresaría arrepentido. No lo hizo. Una madre nunca debe rechazar a su hijo, una madre no debería enterrar a su hijo sin haberse reconciliado. No fui justa, y por eso me pasó algo injusto>>. Dijo mi abuelita en medio de grandes sollozos.

La abracé muy fuerte, le dije que no pensara más así, que yo había llegado para cambiar eso, con ella y con mi papá. Mi abuelita al oír eso me apartó un poco y me preguntó que qué quería decir. Fue cuando le comenté que yo era como la tía Nelly. Mi papá y mi mamá se quedaron con la boca abierta. No esperaban dijera algo al respecto, ni siquiera se les ocurrió advertirme que no lo hiciera. Mi abuelita me miró intrigada. Volteó a ver a mis papas. Su cara completa era un signo de interrogación. Mi papá tratando de calmar la situación, nos dijo que si queríamos fuéramos a dar una vuelta mientras él le contaba a mi abuelita. Me negué y dije: <<No, es hora de tomar las cosas en familia, cuéntale papá, con nosotras aquí, ya una vez quisiste resolver tú solo un conflicto, no estás solo, dile a mi abuelita la verdad>>. Mi papá tomó aire. Mi mamá se acercó y me abrazó. Papá bajó la mirada. Al alzarla tomó la palabra y dijo: <<Tienes razón>>. Y con toda la calma, tratando de hacerse entender de manera sencilla, le habló a mi abuelita de mí, de cómo me conocieron en el orfanato, de lo mucho que sufrí porque quisieron criarme como un niño. En algunas partes intervine y le conté a mi

abuelita de mi sentir y demás. Cuando nos dimos cuenta era la una y media. Teníamos que ir con la doctora Torres.

Mi abuelita me llamó junto a ella, me quería cerca. Tomó mi mano y dijo: <<Mi muchachita, no soy nadie para juzgarte. Estoy feliz que seas mi nieta, que tus papás te hayan escogido a ti, porque no podría tener mejor nieta. No sólo trajiste luz a esta pequeña familia, sino que ahora, nos traes un poco de redención. Tu tío Arturo y su novia deben haberte mandado. Es su forma de decirnos que nos han perdonado. Dicen que Dios siempre manda hijos especiales para personas que no aceptan los defectos de los demás, y tú eres una niña muy especial. Ven, dame un abrazo>>. Lo hicimos, mi papá también se acercó junto a mi mamá. Una especie de carga que no sabía que tenía se desprendió de mí y me sentí muy ligera. Quizás sí era yo una enviada. No quería pensar en ello, sólo sabía que era muy afortunada.

Nos despedimos de mi abuelita y salimos en el coche a ver a la doctora. Por el camino mi mamá sugirió ir a comer con mi otra abuelita, esto terminando la consulta. Mi mamá me pidió que dejáramos para otro día el decirle a ella sobre mí. Que ya habíamos tenido muchas emociones y que sería prudente en otra visita hacerlo con calma. Asentí, pues también habían sido muchos sucesos para mí, aunque no tenía idea de que más cosas seguirían fluyendo a lo largo del día.

Cuando la doctora me recibió le di un gran abrazo. No quería mantener distancias, como siempre hacía por el protocolo paciente-psicóloga. No le di tiempo a preguntarme, me di a la tarea de contarle todo lo que se me había revelado y cómo le confesé a mi abuelita mi situación. Me escuchó atenta. Cuando terminé, sacó de su escritorio una foto y me la mostró. Mi tío Arturo abrazaba a una chica, la que supuse era mi tía Nelly. Junto a ellos estaba otra mujer. De primera impresión no la reconocí. Al darme cuenta de su identidad, la señalé con el dedo. Busqué los ojos de la doctora. Mi gesto debió ser

interrogativo, pues antes de que preguntara ella me dijo que “sí” con la cabeza.

Le pregunté que cómo se había hecho amiga de mi tía. Me vio con ternura y me dijo algo que nunca había pensado. <<Por una parte me gusta que no lo intuyas. Así como tú, hace mucho tiempo logré superar tantas cosas: temores, prejuicios, auto marginación y demás. Al grado que la gente no lo nota. Tú papá sí lo sabe. Le prohibí decírtelo. Ya eres grande y no afectará el que lo sepas, ello no será ya una influencia. Karol, yo también soy transexual>>. Dejé caer la foto. Contuve un grito llevando las manos a la boca como ya era costumbre mía. Nunca lo imaginé. Era increíble. No supe que decir. Muchas cosas cuadraron en mi mente. Su conocimiento no sólo venía del estudio, sino de la experiencia. Era el segundo dato personal que sabía de ella, su amistad con mis tíos fue el primero. Ella era como yo. Siempre me dio pistas con sus palabras, consejos y demás. No lo intuí ni una sola vez. Su actuar profesional me mantuvo alejada de su similitud conmigo. A pesar de conducirse así, me entregaba una gran calidez humana.

<<Karol, no tienes nada que decir. Veo que te quedaste sin palabras. Créeme, somos muchas las personas trans dentro de la sociedad. No es que nos escondamos, sino que no solemos presentarnos diciendo cosas como “Hola, soy la doctora Torres y soy transexual”. Somos seres humanos Karol, y eso siempre será lo más importante>>. Nos quedamos en silencio. La miraba sin saber cómo ir al tema que venía arrastrando desde antes de que papá me contara de mi tío. Sentí que la confesión de la doctora cambiaba muchas cosas. ¿Cómo decirle?

<<Doctora... gra... gracias, por decirme. No imaginé. Ahora no sé qué decirle sobre algo que quería consultarle, me han surgido nuevas preguntas, las cuales no sé si hacérselas>>, le dije. <<Vamos por partes Karol. Si quieres que te hable de mí lo haré en la siguiente sesión que tengamos. Sobre

la cuestión que ya traías, hazla de la misma manera que lo ibas a hacer antes de>>, me respondió. Vi el reloj de pared. Mi tiempo se acababa. Ya no había más consultas, porque los sábados la doctora no recibe a nadie luego de la una. Así que no quería abusar. Fui directa: <<Quiero decirles a todos que soy trans, quiero tener novio, quiero no tener que mentirle a nadie, quiero me acepten como soy>>.

La doctora me miró con seriedad. Aprobó lo que decía. Aunque antes de ello me preguntó si estaba segura de soportar a la sociedad, y de soportar lo que les dirían a mis padres. Fue hasta ese instante que me percaté que quizás podía tolerar lo que me dijeran a mí, pero a ellos... <<Rayos>>, murmuré. Me llevé una mano a la cabeza agitando mi cabello. Miré a todas partes, como si buscara una salida. La doctora habló: <<La visibilidad es cuestión de valor y de responsabilidad. Una vez que entras a ella, siempre habrá quien hable de ti, quien pueda admirarte por ser quien eres y quien pueda repudiarte por lo mismo —que son los más—, quien juzgue a tus seres queridos por aceptarte, molestarlos e incluso, puede haber agresiones a tu persona y a ellos. Mientras no vivas una vida independiente, es una decisión que tienes que tomar en familia>>. Bajé mi cabeza. Tenía razón. Aún con ello objeté: <<Quiero tener novio de todas formas, ¿entonces debo seguir sin novio hasta la mayoría de edad?>> <<No te sugeriría eso, sin embargo, piensa muy bien a quien se lo vas a decir, conoce a la persona, créeme, muchas ocasiones puedes conocer a alguien de años y sorprenderte de sus reacciones. Las personas cambian o nos muestran cosas suyas de las que no teníamos idea. El que te acepta hoy sin problemas, puede que mañana no lo haga. Si un chico se te acerca déjalo entrar de a poco y tú verás cuando sea el momento de decirle tu realidad>>.

El reloj indicaba que nos habíamos pasado 15 minutos. Me puse de pie y le agradecí. Ella me entregó la foto de mis tíos y me dijo que podía

conservarla, que tenía una copia porque sabía que algún día me la daría. Fuera de los acostumbrado me acerqué y le di el primer beso de todos estos años, un beso muy cariñoso en la mejilla. Ella se convirtió ese día en algo más que mi psicóloga. Me abrazó y me dijo: <<Karol, hemos terminado por hoy. Se feliz en lo que resta del día>>. Dije que sí y me fui con la foto en mano. Con el único recuerdo de unos tíos que no conocí, y con el único recuerdo que me quedaría de la doctora Torres...

Capítulo 22

Al salir del consultorio le conté mis papás parte de lo que la doctora me había dicho. Sabían que lo haría, lo intuían, porque ella les dijo que cuando me viera preparada me lo diría. Fuimos con mi abuelita materna a comer y tal como lo prometí no mencioné nada de mí. Luego en la tarde noche, durante el viaje de regreso, les dije a mis papás que había hablado con la doctora de tener novio y de decirle, si yo creía oportuno, que era trans. Mi mamá me vio con preocupación. Con su cara me decía que tenía miedo. La calmé diciéndole que algún día tendría que vivir eso, que no quería seguir aparentando ser “normal” y no vivir algo tan natural como tener novio. Hizo una mueca fingiendo una sonrisa.

Mi papá manejaba en silencio. Luego de unos minutos dijo: <<Ya veremos cuando estés en el bachillerato. Seguirás en una escuela sólo de mujeres. Si algún chico aparece en tu vida y le cuentas de ti, es mejor que no sea compañero tuyo, es lo más seguro, al menos así en tu comunidad escolar no sufrirás si resulta ser un patán y empieza divulgar a todos que eres trans>>. Acepté lo que parecía ser un trato y ya no conversamos. Íbamos cansados y con ganas de cama. Me dormí y al llegar a casa, quizás por el mareo del sueño, vi todo diferente. No era la misma, una etapa finalizaba.

Capítulo 23

—Karol. Es hora de hacer una pausa en tus memorias —dijo Daniela—. Así como te pasaste 15 minutos con la doctora aquella vez, lo hemos hecho hoy. 2:16 pm y no hemos ido al comedor. Me adelanto y que te lleven por la puerta principal Amalia y Dulce. Tengo que ver cómo van las niñas con la comida.

Quise hacer una rabieta, cuando empiezo hablar y estoy inspirada contando no me gusta hacer pausas. Aunque debía aceptar que tenía mucha hambre y que mi mente ya estaba llena de pensamientos que se atropellaban por ser narrados.

Daniela entró por la puerta trasera. Dulce y Amalia me condujeron muy despacio, argumentando que estaban entumidas de tanto estar sentadas. Llegamos a la entrada principal. Vi la casa. No lucía tan vieja como sentí que era años atrás, quizás porque me imponía. Al ingresar, lo primero que vi fue la escalera colonial amplia y alfombrada, la cual dirige a los cuartos de arriba. Al lado derecho la sala de estar. Aproveché para ir al medio baño bajo las escaleras. Me miré, al espejo, me arreglé un poco el cabello. Me tomé mis cinco minutos ahí. Al salir Dulce estaba sola y me dirigió al lado izquierdo de la casa donde estaba el gran comedor. Al entrar, todas las niñas, Amalia y Daniela gritaron: <<¡Sorpresa!>>. Un pastel grande en la cabecera me esperaba. Dulce me conducía, mientras todas entonaban las mañanitas: <<Estás son las mañanitas, que cantaba el rey David, para las niñas bonitas, te las cantamos a ti...>> Me pusieron frente al pastel y luego de terminar el canto, Daniela pidió un aplauso para mí. La emoción no cabía en mi pecho. Serpentinatas, confeti, dibujos de pasteles pegados en las paredes con la frase “Feliz cumpleaños Karol” y gorritos que ya todas llevaban puestos.

Amalia me puso mi gorrito, y con orgullo me presentó como la primera

niña del orfanato, como la primera chiquita que inauguró ese lugar. Que a pesar de los años no las olvidaba y que siempre regresaba. Las niñas se acercaron a abrazarme. Estaba muy feliz. Daniela pidió nos juntáramos para una foto. La cámara que traía me llamó la atención, era igual a la de mi papá, y supe que había “mano negra” ahí. <<Aja, mi papá cooperó con esto>>. Daniela asintió y dijo que, aunque ellas ya tenían la idea él insistió en pagar el pastel, y dar dinero para que hicieran la comida y adornos. Mi papá sabiendo lo importante que era para mí esa visita, no quiso quedarse tan al margen. Incluso dejó su cámara para que no faltarán las fotos, y eso que él siempre ha sido muy celoso para prestar sus cosas.

Nos hicimos las fotos. Una de las niñas mayores nos tomó otras fotos para que salieran tanto Amalia, Dulce y Daniela. Nos sentamos a comer y unas niñas empezaron a servirnos a todas una de mis comidas favoritas: pozole Veracruzano. Me encantó comer con las pequeñas. Muchas se acercaban a hacerme plática, preguntándome de cómo fue mi vida en la casa hogar. También me manifestaron su deseo de llegar a tener papás como los tenía yo. Eso me hacía sentir triste. Cada día era más difícil la adopción en México. En mi servicio social aprendí de ello.

Cuando llegó la hora de partir el pastel todas gritaron: <<¡Mordida, mordida!>>. Me negué y cuando lo intenté de rápido para que nadie me sumiera en el pastel, la que menos creí que metería mano, lo hizo. Daniela me empujó con mucha exactitud. No lo suficiente como para aplastar el pastel, pero tampoco tan débil como para que no tocara el merengue con la cara. Se divirtieron haciéndome fotos así y en cuanto tuve oportunidad embarré a Amalia y a Dulce y salí corriendo tras Daniela, que huyó de mí. La alcancé y le di un beso en la mejilla, embarrándola del merengue que me escurría en el rostro. Era la primera vez que la vi actuando como una niña. Fue muy grato verla reír y divertirse. Presentí que muchos de sus sufrimientos pasados,

estaban olvidados.

Tercera parte

Capítulo 24

Mi pequeña fiesta continuó por una hora. Las niñas disfrutaron del pastel y de mí, que era una extraña, y al mismo tiempo como una aspiración.

Cuando Daniela regresó a su semblante serio y pidió recoger la mesa, supimos que se había concluido y que ellas y yo continuaríamos con mi historia. ¿Qué decir? Lo que seguía de mi relato no era sencillo. Ellas tan lejanas a mi situación interna. Creo que ninguna persona trans puede acercarse a sus padres a su sentir y frustración interior. Estar con nosotras no es suficiente cuando las dudas te persiguen, sólo otra persona en situación similar puede acceder a ti. Pero no podía retomar mi historia con aquella chica a la que me acerqué. Buscaba piezas a exponer y al mismo tiempo trataba de darles un orden.

Fuimos a la sala de estar. A la mayor de las niñas le pidió Daniela que estuviera atenta a las más pequeñas, que fueran a hacer tarea y luego a jugar, según fueran terminando.

Les platicué entonces de mi entrada al bachillerato y de mi primer novio...

Él se acercó como muchos más, rondando mi escuela. Se veía tan raro. Como si hubiera perdido algo. Se acercó coqueto a mí. No tenía idea de que pretendía cuando me dijo: <<Perdí algo, ayúdame>>. Lo miré curiosa y sin saber qué decirle. Entonces él me dijo sorprendiéndome: <<¡Ah, no, espera, aquí le traigo!>>. Sacó una rosa roja de su mochila y me la entregó. No me dio tiempo a decir nada, pues seguro de sí, volvió a tomar la palabra: <<Perdona, ya había pasado por aquí antes, te había visto y había querido seguirte desde hace días. No es que no me atreviera, no quise asustarte>>. Sentí un calor intenso en mis mejillas y sin saber cómo reaccionar dije que

“sí” con mi cabeza.

Él se extrañó y dijo que aún no me preguntaba nada y ya estaba diciendo que sí. Me di cuenta de mi tontería y me calmé. Aunque ni por asomo lo logré. Mis piernas temblaban. Me preguntó si podía acompañarme a mi casa. Miré a todas partes buscando a alguna conocida. Como tenía poco de haber ingresado a esa escuela no conocía con certeza a otra chica que se fuera por mi camino. En casa ya habíamos acordado que me iría siempre sola y llegaría puntual a la hora de la comida. En ese momento deseé tener saldo en el celular para poder avisar que tal vez llegaría tarde.

Cuando me preguntó por mi nombre me regresó a la realidad. Le dije que Karol, y él estiró su mano diciendo que se llamaba Saulo. <<¿Entonces te puedo acompañar?>>, me insistió y dije que sí. Caminamos mientras él no paraba de hablar. Me sacaba las palabras sólo preguntándome algo. De otra forma permanecía en silencio, sin saber qué decirle. Era la primera vez que algo así me pasaba.

Cuando estábamos a una cuadra de la casa, le dije que ya estábamos por llegar y que lo mejor era detenernos ahí, que yo seguiría sola. Él no se inmutó, y me dijo que estaba bien, que mañana nos veíamos de nuevo, que iba por mí, que a ver si yo le dejaba cargar mi mochila. Me comentó que no me lo pidió por la cara que puse, que imaginó que no confiaba en él y que no quería asustarme más. <<Adiós Karol, eres muy bonita>>, dijo estirando la mano. En cuanto se la di me jaló hacia él y me dio un beso en la mejilla. <<Te veo mañana>>, dijo mientras corría y me dejaba ahí, con mi mano derecha puesta sobre mi mejilla. Sintiendo aún su calor. Mis piernas temblaron y casi caigo. Mi mamá me veía desde la puerta de la casa.

<<Mamá, ya no me preguntes>>. Traté de calmarla. Por suerte mi papá llegaría hasta la noche y no serían ambos al mismo tiempo cuestionándome

por algo que yo aún no terminaba de asimilar.

Cuando pude tranquilizarme le conté todo. Me preguntó por la apariencia de él, pues sólo lo vio cuando me dio el beso y salió corriendo. Hasta ese momento empecé a percatarme de su aspecto. Su cabello crezco claro, casi rubio, piel blanca, un poco más alto que yo, delgado y de brazos largos. Y su sonrisa... Me pareció... no supe que decir. Despedía una seguridad con ella. Su gesto coqueto y sus ojos chiquitos; sus dientes un poco dispares, pues sus colmillos sobresalían de los demás, hacia afuera. No era estético eso, mas no pensaba en ello, sino en cómo me hizo sentir la niña más linda del mundo.

Fue todo lo que una chica de mi edad busca. El príncipe que luego termina siendo todo lo contrario. Un horrible sapo.

Las caras de Amalia, Dulce, incluso Daniela, estaban radiantes antes mi forma de contarles sobre Saulo. Hasta pena sentí por lo que les diría sobre mi final con él. Ensombrecerles las sensaciones tan bonitas que sentían por mí me hacía sentirme un poco mala. Aunque el malo de la historia, era él...

Mi papá se enteró por la noche. Los dos me abordaron sobre qué quería hacer. Les dije que deseaba dejarlo continuar acercarse, que no le diría mi realidad tan pronto, que sólo quería vivir esa parte sin preocupaciones. Ambos asintieron y me aconsejaron que cuando intentara decirle, que antes se lo avisara a ellos y ver cómo serían las condiciones adecuadas, incluso podrían invitarlo cenar y comunicárselo en familia, me dijeron.

Capítulo 25

Pequeños detalles. Sorpresas. Momentos breves, pero grandiosos. Todo eso era Saulo. Él y su sonrisa. Cómo no dejarme enamorar por él. Dejarle entrar...

Durante los cinco días de la semana escolar lo dejaba acompañarme a casa. Mamá Ana siempre estaba a la puerta viéndonos de lejos. Por eso no pasamos de besos en la mejilla y de que me empezara a tomar la mano. Si por él fuera se hubiera acercado a platicar con mi mamá desde el primer día. Me dijo que era mejor así por lo pronto. Aunque a la segunda semana quería conversar con ella. Parecía ansioso. Pues no le permitía ir más allá. Mi paso apresurado y el argumento de mi mamá esperando lo hacía ajustarse a mí, hasta que un día no llegó. Vi a todos lados y no lo veía. Esperé 30 minutos. Mi reloj me decía que no podía esperar más y resolví caminar a casa. No le había dicho que tenía celular, pues siempre lo traía metido en la mochila. Él también tenía, pero nunca se me ocurrió pedírselo. Fue tan triste ese viernes.

Imaginé mil cosas. Que tal vez tuvo un percance. Que se había aburrido de mí o que alguien más le interesaba, no una cobarde como yo. Mi mamá me miró extrañada cuando llegué sola y con los ojos rojos por el llanto contenido. Corrió a mí y me abrazó y me solté a llorar. No me preguntó nada. Me condujo a casa y ya ahí acariciando mi cabello me preguntó que qué me había sucedido. Cuando supo la falta de él, me dijo que no debía sufrir de más por algo así. Que había una explicación, que lo malo es que tendríamos que esperar hasta la siguiente semana a que él apareciera. Que no debía angustiarme de más. Había que esperar.

Mi papá me vio con preocupación. Una adolescente cuando sufre de amor, muestra un rostro que no se ve antes en su vida. Por las pláticas con mis compañeras de escuela, sus papás poco les hacían caso y les

argumentaban que no sabían nada de la vida, que no conocían lo que era el sufrimiento real. Me daba tristeza escuchar eso, pues sentía que no contaban con mi suerte, pues mis papás nunca hacían menos nada de mí. Aunque yo era un caso “especial”, en ninguna etapa han hecho menos las cosas que me preocupan. Los adultos olvidan que han sido jóvenes también y que los desamores de esa edad, son la tragedia más grande en ese presente. Me sentía muy mal y la incertidumbre me mataba.

Papá siempre tan comprensivo me dijo que fuéramos al cine o algún lado. Yo no tenía ánimos de nada. Me dijo que lo más seguro, es que lo hizo para que yo me interesara más en él. De esa forma no le daría más largas. Que si quería no debía retenerme más, sugirió papá, que le diera la oportunidad y que lo aceptara. <<¿Crees que deba ser ella la que se le declare?>>, dijo mi mamá. Mi papá sonrió y dijo que no, pero que debía tomar seguridad y dejarlo hacer, que quizás él también se sentía frustrado. <<¿Y si se entera?>>, preguntó ella. Papá respondió que tarde o temprano la pareja definitiva de mi vida se enteraría y, que nunca sabríamos quien iba a ser si no me dejaban tener novio.

Besé a Papá. Me devolvió la sonrisa y me prometí tener valor.

Capítulo 26

El lunes a la salida iba con temor. Él me esperaba en la esquina de siempre. Platicaba con otros amigos. Al verme se alejó de ellos y se acercó a mí. Me estiró la mano y lo saludé extrañada. Él ya se había acostumbrado a darme un beso en la mejilla. Al darle la mano sentí algo redondo en la palma. Era un chocolate. Sin dejarme preguntar me dijo que se disculpaba, que sus papás fueron buscarlo a la escuela para comprarle un balón de futbol, pues había sacado muy buenas notas en su inicio escolar y querían compensarlo, porque de la secundaria no salió muy bien.

No estaba en sus planes, y camino a la compra les contó de mí. Le dijeron que podían desviarse y pasar por mí. Saulo les dijo que mejor no, porque temía que yo me espantara ante al auto. Tuve que admitir que eso hubiera sucedido. Así que le dije que no tenía nada que disculparle y comenzamos a caminar.

Mis pasos se hicieron lentos. Creí que él sentiría raro eso. Pero parecía esperarlo. Al doblar en una calle había una banquita que estaba desocupada, con la sombra de un árbol de almendro. Me pidió sentarnos y accedí. Tomó mis manos y lo dejé hacer. Sin decir más se acercó a mi rostro. Iba a decirme algo y cerré mis ojos. Entonces él me besó. Era mi primer beso. Era... húmedo. Cálido. Mis labios secos por la emoción se bañaban de él. El movimiento de su cabeza. Su abrazo. Mi pecho vibrando. Mi cintura haciendo que mi piel tomara una textura que no conocía. Nunca me habían tomado de ahí. Sentí que me deshacía y me estaba convirtiendo en alguien más. La vibración me llegó al área de mi sexo, sintiendo algo extraño. Mis genitales masculinos no estaban reaccionando con una erección como la de un chico, sin embargo, tuve una sensación entre agradable y terrible al mismo tiempo.

Eso me hizo salirme del éxtasis. Una de mis manos la llevé a la altura de mi falda donde estaba mi entrepierna. El movimiento fue tan brusco que él se apartó. <<¿Ha pasado algo?>>, preguntó él y yo dije que no con la cabeza. Tomó mi barbilla. Temblaba. Y me dijo lo que tanto había esperado <<¿Quiero que seas mi novia?>> No sé si me desmayé o que dije. Cuando volví a saber de mí estábamos en el tercer beso, según me dijo él. Besos... quería más besos...

Mi razón estaba pagada. No me quería ir. Fue él quien me pidió ir con mi mamá y pedirle permiso. Me devolvió a la realidad. Antes de levantarnos le pregunté: <<¿Ya te dije que sí?>> Él ríe con ganas, y me dijo que no pensó que fuera cierto eso de que algunas personas se fueran a la luna con un par de besos, pero que conmigo comprobaba que sí. <<Tontita, perdí la cuenta de cuantos "sí" dijiste y tú muy atrevida me diste el segundo beso. Y luego yo te di el tercero, y aquí estamos. Vamos, tú mamá nos espera>>. Se levantó, tomó mi mano y casi me llevó arrastras. No me quería ir. Desea estar más cerca de él.

Capítulo 27

Mamá respiró aliviada al vernos. Y puso cara de susto al ver que los dos llegábamos. Saulo seguía como arrastrándome. <<Señora, su hija está en la luna, así que mejor me presentaré yo. Soy Saulo Hernández y creo que ahora soy el novio de su hija, pues ella me dijo que sí. Espero no le moleste, quisiera que usted diera su consentimiento, la dejara salir por las tardes conmigo o venir a visitarla y, no volver a quedarme de lejos viendo cómo termina de llegar con usted>>. Mi mamá y yo nos miramos sorprendidas ante la seguridad de Saulo y ella sonrió como si fuera algo gracioso, preguntándole si estaba seguro que yo había dicho que sí. Me apresuré a decirle a mamá Ana que sí, que había aceptado. Mamá dijo que estaba bien, sólo que me respetara y que no me hiciera descuidar la escuela. Me puse roja. Pensé en las matemáticas. Es la única materia en que siempre he sacado seis. Asentimos y él se despidió. Le dio la mano a mi mamá y a mí un beso en la mejilla, que hubiera querido fuera en mi boca.

De esa forma Saulo estuvo en mi vida hasta las vacaciones de verano. Entonces no tenía idea de los niveles de mi locura y de cómo me dejé arrastrar a la suya también, ni cómo mis papás me dejaron.

Capítulo 28

Conocer a los papás de Saulo fue un poco más largo. Mi papá aceptó a Saulo cuando se lo presenté y él trato de no parecer un policía intimidante. Cuando saben que trabaja en la PGR, todos lo imaginan como un sargento, pero él siempre ha hecho trabajo de forense y de oficina. Gracias a Dios nunca ha tenido que enfrentar peligros en la calle.

Él me felicitó por cómo había llevado las cosas con Saulo, y que a pesar de que veía que él se interesaba en verdad en mí, era mejor que tratara de posponer conocer a sus papás, que si él tenía un rechazo hacia mí, lo ideal es que estuvieran involucrados los menos posibles. Así que no queriendo que la actitud de mi papá, para con mi relación cambiara, siempre puse algún pretexto. Hasta que un día lo vi muy triste. Lo invité a sincerarse y me dijo que no sabía qué hacer, pues yo no quería conocer a sus papás y ellos le insistieron llevarme a una posada que hacían cada año en su fraccionamiento, en la que ellos siempre prestaban su casa a los vecinos, por el patio trasero inmenso que tenían en ella. Me puse triste también y me sentí muy mal. Cuando hablé con mis papás, me dijeron que fuera. Nomás que no enterara a Saulo todavía.

Me había desesperado un poco. Deseaba decirle. Quería intimidad con él. Aunque no me lo había sugerido aún, sentí que lo deseaba tanto como yo. Cuando me abrazaba su cuerpo vibraba como el mío y nuestras ansias crecían. Tuve que usar todo mi auto control y decirme a mí misma que en mi cumpleaños le diría. Siempre las grandes cosas suceden en mi cumple o se han planeado para ese día o posteriores.

Llegó el 16 de diciembre y fui a la posada. El papá de Saulo actuaba igual que él. Ahora entendía porque era tan caballeroso, porque esa sonrisa, carisma, seguridad. Su mamá me pareció como asustadiza. Había algo raro en

ella. Su esposo hacia comentarios, la miraba y ella asentía con la cabeza como agachando la mirada. Pensé que estaba disgustada de que yo estuviera ahí. En cambio, el papá de Saulo me celebraba como si fuera una fiesta de presentación del noviazgo que tenía con su hijo. Me elogió como una chica muy bonita, y que estaba orgulloso que su hijo le hubiera heredado el buen tino con las mujeres. Eso no me gustó como sonó, aunque no dije nada.

Avanzada la fiesta. La mamá de Saulo se acercó como retraída. Me invitó a mirarla y quedito me dijo: <<Esa es su máscara. Él es mi hijo, pero su papá lo ha criado. No confíes mucho en él, lo que ves no será siempre, al menos no cuando el sienta que ya eres suya>>. Me retiré pasos atrás y la dejé. Busqué a Saulo y él me buscaba a mí. En seguida me preguntó que qué me había dicho su mamá. Le dije que sólo dijo que le gustaban mucho mis ojos. Sonrió con alivio y no dijo más. Seguimos disfrutando la posada y como dos chiquillos gozamos con las piñatas.

Capítulo 29

Mi cumpleaños, siempre en familia, tuvo un invitado: Saulo. Fue un sueño. Luego de pasar siempre nosotros solos, sin dejar entrar a extraños a casa, mi novio estaba ahí conmigo. Mi primer novio. Mi maravilloso novio.

El pastel y la cena fueron geniales. Me divertí mucho embarrando de merengue a Saulo en los labios y besarlo. Era la primera vez que mis papás me veían besarme con él. Vi su incomodidad y entendí que era mejor que reservara los besos para cuando estuviéramos a solas. Mis padres no tardaron en ir a su cuarto y dejarnos solos un rato en la sala. <<No más de las diez, Saulo>>, advirtió mi papá. Mi novio asintió. Eran 8:30 y yo quería empezar a decirle todo a Saulo.

Me dijo que me veía muy sexi. Traía un vestido verde esmeralda, tipo halter, con un cinturón delgado negro y falda corte princesa. Mis hombros descubiertos invitaron a Saulo a besar el más cercano a él, poniendo mi piel sensible a su tacto. Nos besamos y luego de un rato entre conversaciones y besos, intentó hacer algo que nunca antes. Meter su mano en mi entre pierna. Lo detuve en seco. Le dije que no. Él sonrió y dijo que todos los novios lo hacen, que no llegaríamos a más ahí, sólo quería tocarme.

Tal como lo supuse, era la hora. Vi a Saulo a los ojos y le pregunté si me quería. Dijo que sí, que por eso quería estar más cerca de mí. Le pregunté qué, si a pesar de que fuera algo diferente a las demás, me seguiría queriendo. Él no entendió a qué me refería. Vi a la nada. Buscaba una ventana. Evadirme. Era tan difícil decirlo. Me imaginé tantas veces hacerlo y no podía. No quería perderlo. Sentía que lo amaba.

<<Saulo, sabes lo que es una persona transexual?>> Él me miró soltando mis manos. Me dijo que no entendía el porqué de mi pregunta, pero que era un homosexual que se vestía de mujer sino se equivocaba. Suspiré.

Iba a ser más complicado. Le expliqué tal y como lo hubiera hecho la doctora Torres. Despacio, con ejemplos y demás. No sé cuánto duró mi explicación, el caso que cuando terminé él me preguntó que qué tenía que ver todo ello con nosotros. <<Es que... yo soy transexual>>.

Saulo se puso de pie. Alejándose, preguntando el porqué de la “broma”. Le negué con la cabeza y le afirmé que era trans. Él empezó a dar vueltas por la casa sin saber qué decir.

<<¿Por qué nunca lo dijiste?>> <<Me hubieras creído>>, le dije. Le rogué que se sentara y me escuchara. En silencio lo hizo y le fui contando como pude. Atropellando palabras. Adelantándome. En un desorden y caos total. Aún con ello parecía relajarse, pues tomó mi mano de nuevo. Cuando acabé eran las 10:30 pm. Papá había salido y dijo que se le hacía tarde a Saulo. Él dijo que sí y se puso de pie. Papá regresó a su cuarto y fui a despedir a Saulo a la puerta. Besó mi mano y me dijo que luego hablábamos del tema. Que no me preocupara, que tenía mucho que pensar.

Lo vi irse y lloré. Creí que no lo iba a volver a ver. Me equivoqué. Desearía no haberlo hecho...

Capítulo 30

*Ya no me destruyas, mejor desaparece,
no rasques mis alas que me duelen*

**No me destruyas
León Larregui**

Mi cumpleaños fue un viernes. Sábado y domingo no supe de Saulo. Esa noche mis papás salieron luego de que Saulo se fuera y me preguntaron si le había dicho algo. Les dije que sí, y me animaron a hablar de ello. Sólo les conté que él se había sentido confuso y que no tenía idea de qué hacer. Me tocaba a esperar a que apareciera de nuevo.

El lunes a la salida de la escuela estaba puntual. No supe si alegrarme o correr en dirección opuesta. Temerosa me acerqué. Tomó mi mochila como siempre y sin decir más caminamos.

<<No entiendo>>, me dijo luego de un par de cuabras. <<No entiendo de esas cosas que me contaste, sí y no. Me gustas, sólo que ahora muero de curiosidad por saber si ya te operaste>>. Lo miré atontada. No esperaba me hablara de ello. Le dije que no, que era algo planeado para mi mayoría de edad, pues por mi edad no podía ser candidata aún a esa operación. Pero que mis genitales estaban atrofiados y que los ocultaba con facilidad.

<<¿Lo has hecho?>>. Supe que se refería a relaciones sexuales. Le dije que no, que él era mi primer novio y que antes de él no había tenido por miedo. <<Ahora no sé cómo acercarme a ti...>>, me dijo. Me confesó que el día de mi cumpleaños quería proponerme intentarlo. Que con mi confesión no tenía idea de qué quería hacer, que lo mejor era seguir como si nada. Le resultaba raro, porque no podía imaginarme más que como una mujer. Aún con ello tenía dudas sobre si dar el siguiente paso.

Bajé la cabeza triste. No sabía qué decirle. Me interrumpió y me dijo que no me pusiera así, que ya veríamos que sucedía. Al llegar a casa mi

mamá me esperaba afuera. Había dejado de hacerlo desde que Saulo se presentó con ella. Esa ocasión era especial. Mi mamá vio a Saulo y este la saludó normal. Se despidió diciendo que nos veríamos al día siguiente, dándome un beso en la mejilla.

<<Todo bien>>, me increpó mi mamá y le dije que al parecer sí. Me abrazó y entramos a casa.

Los días siguientes fueron similares. Poco a poco volvió a acercarse a mí. Como con precaución. No sabía si por mí o por él. Así llegó el verano.

Una tarde que salimos juntos y estuvimos en nuestra banca favorita, las caricias subieron a una intensidad más alta de las que habíamos tenido. Era como si sus barreras se hubieran caído por completo y quisiera correr para que no se volvieran a levantar. Sus manos recorrían mis muslos. Mis caderas. Mis senos. Sus besos en mi cuello. Su lengua entrando en mis oídos. Hasta que él ya no pudo más y me dijo que debíamos hacerlo. Miré el reloj. No me importó la hora y le dije que sí.

Me mostró unas llaves. Me dijo que eran de un cuarto amueblado de su papá, que él mismo se las había dado en caso de que se ofreciera la oportunidad. Me dijo que fuéramos ahí. Rodeé su cuello con mis brazos y le dije acercándome al oído: <<Llévame a donde tú quieras>>.

El cuarto tenía una cama agradable. Lucia limpio. El baño amplio. Un buró junto a la cama y una lámpara, la cual fue la única que se encendió. Eran las 7 de la noche, minutos más o menos. Me senté en la cama con temor, y él al contrario de mí, con seguridad.

Me veía y me dijo: <<Es que por Dios, ¡qué buena estás!>>. Por alguna razón no di atención a su cambio de vocabulario y empezó a desvestirme del dorso. Mis pechos estaban ansiosos. Los tomó en sus manos y los acarició mientras me besaba.

No me di cuenta cómo se sacó la camisa, ni cómo fue dirigiendo mis manos a su sexo. Le toqué con vehemencia. Era extraño sentir la intensidad de su pene en mis manos, las cuales se empezaron a mover, provocándole placer que se reflejaba en su cara.

<<Me matas, aunque casi seas hombre>>. Eso me hizo reaccionar. Él lo notó y me dijo que me calmara, que ya estábamos ahí, que disfrutara y que no hiciera caso si decía un comentario que pareciera mal intencionado.

Cuando resolvió sacarse el pantalón, buscó en su bolsillo. Sacó una caja de preservativos. Me puso de pie y me dijo que tenía que aprender a ponérselo. Lo hice como él me lo pidió y luego de ello me empezó a desnudar toda. Tenía yo un pantalón de mezclilla. Desabrochó el botón y bajo un poco el cierre. Me pidió que me diera la vuelta. Al verme así dijo: <<¡Qué buen culo, al menos por aquí sí entraré!>>. Me ofendí, mas no dije nada. Lo dejé seguir desvistiéndome.

Me dijo que no se me ocurriera darme vuelta, que si me veía la entrepierna lo más seguro es que pararía. Lo ayudé a que mi ropa terminara de caer, y él dijo: <<Voy a entrar, lo haré suavemente para que aguantes esta tu primera vez. No esperes que sea así siempre>>.

Entonces separé un poco las piernas con miedo. Él tomó mis senos entre sus manos y poco a poco fue entrando en mí. Sentí dolor. Quise decirle que se detuviera. Me dio miedo. Me callé. Luego de un rato incalculable sentí placer, extrañamente sentía placer en esa zona anal y algo indescriptible en mis genitales, aunque ellos no fueran participes.

Él siguió y siguió. Me pregunté si era normal demorar tanto, porque el placer se empezó a ir de mí y sólo quería que terminara. Gracias al cielo no duró más y con un grito empezó a tener espasmos en su pene, los cuales sentí en mi interior.

Cuando se detuvo se tiró a la cama y gritó: <<Por Dios, nunca pensé que

se sintiera tan bien con un puto>>. Iba a voltear verlo enojada por lo dicho, cuándo me dijo que ni se me ocurriera enseñarle mi cuerpo por enfrente, que fuera al baño a vestirme.

Tomé mis ropas cuidando de tapar mi entre pierna y me dirigí al baño. Me miré al Espejo. Me dije: <<Karol, ¿qué has hecho? ¿Quién es este tipo con el que te acostaste?>>

Salí luego de asearme un poco. Él ya se había vestido. Me invitó sentarme junto con él. <<Princesa, perdona, con el sexo me transformo. Eres una mujer increíble, perdona lo que dije>>. Él que dijera esas palabras fue importante para mí, pues sentí que había regresado el chico dulce que consideraba el mejor novio del mundo. No dije nada y lo besé. Eran como 10:30 y lo apuré a irnos a mi casa.

No recibí reprimenda en casa por la hora de llegada. Dijimos que la película que vimos se alargó más de que supusimos. Saulo se despidió rápido y yo me quedé cuestionándome si contarle o no mis papás. Opté por callar.

Ya en mi cuarto empecé a explorar mi cuerpo. Todo lo que había vivido ese día quería repetirlo, volver a sentir a Saulo en mí. Olvidé sus palabras para conmigo y traté de justificarlo, pensando en que quizás él no sabía cómo tratarme. Lo que no me pude sacar de la mente, es que por la forma como se dio todo, Saulo ya había tenido sexo con anterioridad. Quise sentirme especial pensando que yo era su primera mujer “diferente” y que no habría nunca ningún otro tipo de mujer en la vida de él. Tonta. Era una tonta.

Como estábamos de vacaciones, en un par de días salimos de nuevo y me llevo de al departamento. Su comportamiento ambivalente se volvía a presentar con el sexo. Me daba miedo. Sentí que si me defendía de sus palabras despectivas me pegaría. Su cara se transformaba y parecía un psicópata.

Un día me llevó desde las dos de la tarde. Su actitud era la misma de cuando tenía sexo. Sólo que aún no comenzábamos.

Me dijo que me trataría como me merecía. Creí que me daría mi lugar durante nuestras relaciones. En cambio, me tomó del pelo y me hizo agacharme, sacar su miembro y practicarle sexo oral. <<Vamos puto, come lo que te gusta>>. ¿Qué pasaba? Antes se le había salido decirme cosas hirientes, pero se lo atribuí a su excitación. Estaba siendo agresivo y yo no supe que hacer.

Luego de unos minutos me levantó alzándome de los cabellos y me ordenó voltearme, me bajó al pantalón y me penetró con furia. <<Ahora si putito, gózala, para eso eres puto, aguántala>>. Yo estaba de pie. Llorando, sintiendo como me lastimaba. No usó preservativo y se movía como loco.

Siempre sufrí que durara mucho y aquella ocasión no veía fin. Empezó pegarme de cachetadas mientras seguía penetrándome. <<Te gusta con dolor, verdad puto>>. Así siguió hasta que terminó y me aventó a la cama.

Ya ahí me arranqué a llorar. <<¿Qué lloras? Eres un puto y te debes aguantar. Los como tú sólo son para utilizarles así, para el placer. Y lárgate. Ya no te quiero volver a ver. Qué bueno que mi papá me hizo entrar en razón hace unos días. No puedo tener a un puto como novia. No eres mujer de verdad y ni hijos me podrías dar. Fuiste mi capricho, ahora lo sé. Pinche puto, ¡qué bueno estás!, pero lárgate si no quieres que te golpee una vez más>>.

Me vestí como pude y salí corriendo. Corrí y corrí hasta que llegué casa. Eran como las 6 de la tarde. Mi mamá me vio llorando y le platiqué todo. Nunca vi en el semblante de mi mamá tanto enojo. Dijo maldiciones entre dientes y sólo le entendí: <<Lo pagará>>.

Por la noche cuando le contamos a papá, escuchó como si estuviera sereno. Mi mamá me abrazaba. Al terminar de decirle entre llantos, él por fin dijo: <<Nunca he tenido necesidad de usar el poder que tengo como miembro

de la PGR. Ese individuo y su padre me van a conocer. Verán que nunca debieron meterse con mi Karol>>.

Le rogué a mi papá que no lo fuera a matar o algo similar. Mi papá se enojó diciendo que tenía porque defenderlo. Le dije que no era por Saulo, sino que no quería que él terminara en la cárcel por asesinato. <<Nada me va a pasar hija. A él sí>>. Mi papá salió y no volvió hasta la madrugada.

Mamá y yo no pudimos dormir. Cuando él regresó nos encontró tomando café con leche y pan. Nos dijo que todo estaba arreglado, que Saulo estaba en la cárcel acusado de violación, que yo no tenía nada que ir a declarar y que sus padres tenían amenaza de irse de la ciudad o los cargos serían peores para Saulo. <<Nadie le hace eso a mi hija, a la pequeña que tanto he cuidado y criado. Prometo que cuando tengas dieciocho buscaremos el mejor médico para que no tengas que volver a decirle a ningún otro hombre tu verdad y que te vuelva a tratar así>>. Papá se acercó a abrazarme y me dijo que iríamos a ver a la doctora Torres para superar todo en familia.

Capítulo 31

A mi papá se le hizo raro que la doctora Torres no respondiera el teléfono por la mañana. Decidimos ir de todas formas a Puebla. Al llegar al consultorio estaba cerrado. Le extrañó. Tenía el teléfono de su casa, el cual nunca se había visto en necesidad de usar. La llamó y respondió su hermana.

Le dijo que ella tenía dos días de no aparecer. Que habían reportado a la policía, pero que necesitaban un mínimo de tres días para iniciar la búsqueda. Por primera vez mi papá me llevó al edificio donde trabajaba y nos pidió esperáramos en el coche. Luego de media hora salió disculpándose. Agilizó desde ahí el que se hiciera la búsqueda pronta de la doctora y nos fuimos a tomar un helado. Desde la heladería le marcó a la familia de la doctora y dijo que ya estaban avisados en la estación de policía local y que empezarían buscar, que aún con ello volvieran ahí y llevaran fotos y señas de la última vez que la vieron.

Me preocupé tanto que olvidé mi propia desgracia y pensé en qué podía haberle pasado a la doctora. Mi papá trató de calmarme diciéndome que tal vez tuvo un imprevisto y no pudo avisar a su familia. Hice una mediana sonrisa tratando de parecer tranquila.

Fuimos con mi abuelita materna. Estaba enferma. Mi tía Selene, hermana de mi mamá y a la que poco veíamos, estaba ahí. Se sorprendió vernos y dijo que estaba por hablarle a mi mamá. Mi abuelita dormía y nos contó que estaba viendo lo de hospitalizarla, porque al parecer tenía una bronquitis, que ya no era normal lo que le pasaba. Mi papá al tener seguro de gastos médicos mayores, dijo que arreglaría la hospitalizaran pronto. Un par de horas después y de unas vueltas de mi papá, llegó una ambulancia y la llevaron a un hospital particular. Tocia mucho. Siempre la había visto muy frágil, mas no enferma. Me sentí mal. Antes de que se la llevaran despertó

por un ataque de tos. Me sonrió con dificultad mientras la subían.

Mi mamá y mi tía se fueron en la ambulancia al hospital. Mi papá me fue a dejar a casa de mi abuela Cecilia, para luego ir a alcanzarlas. Se estaba convirtiendo en una semana terrible. A pesar de lo que había pasado el día anterior, mis pensamientos estaban con mi abuelita Mirna y la doctora. Me sentía tan impotente.

Esa noche no puede dormir. Mi papá, aunque salió temprano del trabajo, fue a Córdoba por ropa para mi mamá, para él y para mí, para quedarnos lo necesario en Puebla. A su regreso pasó al hospital y como a media noche a casa de mi abuelita Cecilia. Mi mamá insistió en que fuera a descansar, porque él tenía que trabajar al día siguiente y ya llevábamos dos noches casi en vela.

Capítulo 32

“Mi sueño es vivir en una cultura mejor, donde la hospitalidad y el respeto sean los valores principales. Cada mañana me levanto y hago mucho más que escribir, para que al siguiente día pueda despertar en mi propio sueño. Sólo falta saber, ¿qué harás tú para poder compartirlo?”

Agnes Torres Hernández
Psicóloga, investigadora, conferencista y activista transgénero mexicana
23 de marzo de 1983 – 9 de marzo de 2012

Cómo hablar de alguien a quién le debes tanto. Quien te entregó su espacio, conocimiento, experiencia, paciencia y su sabiduría. Que supo conducirme para ser prudente, antes de abrirme a la vida de una forma que no iba a tener vuelta de hoja.

Ella ganó mi confianza en mi niñez. Ocultó su propio secreto para que aprendiera a confiar en la persona, no en su similitud para conmigo.

Apareció primero ante mi papá, luego mi papá la trajo a mí. Con lo sucedido me enteraba también que ella no sólo veía por mí, que tuvo participación en organizaciones, en foros de internet, en simposios, en todo lo relacionado a la diversidad sexual y a la lucha contra la discriminación en general.

“Qué tu mano derecha no sepa lo que hace la izquierda”, escuché una vez decir a Daniela. Entonces no lo entendí. Ese día tuvo una visión distinta para mí.

La doctora Torres nunca me habló de sus diversas actividades, de sus acciones para hacer un mundo mejor para las personas que somos diferentes, que nacimos en un mundo que no sabe lidiar con los que no encajamos en la “normalidad”.

Mi abuela. Siempre queriendo estar informada prendió la tele en cuanto dio comienzo el noticiero de medio día. La presentadora inició con el

descubrimiento de un cuerpo en una barranca. Se le describía con múltiples quemaduras de cigarro en el rostro y con una herida punzo cortante en el cuello. Mencionó un nombre masculino que no reconocí. El apellido sí.

De manera despectiva la conductora se refería a la doctora como hombre, a pesar de que se confirmaba que tenía sus documentos cambiados por medio notarial, pero que cuyo nombre “original” se jactaron de mencionar, diciendo que el nombre por el cual siempre la conocí, era un supuesto.

Quise apagar el televisor y no pude. Me sentí tan impotente. Como si perdiera una parte de mí, de mi vida, de mi estabilidad, de mis emociones. Como si fuera una silla que ha perdido una pata y recibe de pronto el peso cruel de alguien.

Desde la ocasión en que me regaló la fotografía de ella con mis tíos, cuando sentí que había decidido abrirse conmigo, ya no como psicóloga, sino como amiga, pospuse visitarla, emborrachada por el “amor” a Saulo. Me olvidé de ella. Me sentía tan segura, y no creí necesario solicitar pronta cita. Quería ir a verla, eso sí, y decirle que había encontrado la felicidad, que por fin me había revelado a alguien distinto a mí familia y que había sido aceptada.

Juro que deseaba ir y decirle. Sin embargo, al ser una noticia “buena”, no le di la prontitud debida. Aplacé compartirle, y ella se fue cuando la necesitaba tanto.

Fui ultrajada por Saulo. Pero por lo que decían en las noticias, la doctora, aún con toda su experiencia y años, había sido asesinada por un supuesto novio. Así como pasó con mis tíos, tildaron de crimen pasional lo ocurrido.

Las noticias y versiones empezaban a fluir por internet. Había mucha indignación. Era tal mi shock que yo no salía de la etapa de dolor. Mi abuelita

me veía llorar y sólo acertaba a abrazarme. No sabía qué decirme. Llamó a mi papá. Él le dijo que esperaba no me enterara así. Que él lo supo todo desde la mañana y quería decírmelo en persona. Que estaba muy impactado y que estaba haciendo todo lo posible para que la PGR se hiciera cargo de la investigación y no la policía estatal.

Cuando por fin lo pude ver en la noche me abrazó muy fuerte. Yo ya había llorado mucho durante el día. Mis ojos rojos e hinchados decían que ya no podía más.

<<Papá, ¿esto es lo que tenemos que vivir las mujeres como yo?>>. Mi papá, él siempre tan bueno, no sabía que decirme, se le veía que estaba también muy descorazonado. Todo esto le recordaba a mi tío y a Nelly. A mí.

Empecé a comprender tanta protección, tantas restricciones. Mi papá y mi mamá deseaban una vida normal para mí. Y al parecer no podía ser. Aunque me operara. La ciencia no ha avanzado como para tener órganos reproductores, no hay forma de concebir hijos, y ello supondría explicaciones, mentiras, vivir una farsa. No quería eso. Quería aceptación por quien era. No volvería a salir con alguien sin decirle antes mi realidad. No cometería el mismo error que con Saulo.

¿Era la decisión correcta? No lo sabía y la doctora Torres ya no estaba para guiarme con ello, para mostrarme la forma menos dolorosa de enfrentar a posibles parejas.

¿Qué fue lo que pasó? ¿Quién se atrevió con la doctora? ¿Era verdad que era su pareja sentimental? No cuadraba lo dicho en las noticias con lo que conocía de ella, con lo que conocíamos.

Luego de consolarme y cenar, mi papá dijo que iba a ir al hospital con mi mamá. No me pidió que lo acompañara. Vio mis ánimos y sabía con sólo verme que no quería salir. Deseaba que mi abuelita materna pronto estuviera bien, mas no quería que viera lo destrozada que estaba. Sería difícil explicarle

mi situación mientras ella estaba encamada y enferma. No era justo perturbarla. Pensé que ya habría tiempo de contarle. Así que debía esperar al día siguiente a “verme” tranquila y visitarle, sin contarle, sólo para que supiera que estaba y me preocupaba por ella.

Papá partió y yo me fui a acostar en seguida. No quería pensar en nada más. La gente buena no debería de partir así, la gente que hace tanto por un mundo mejor, merece ser homenajeadada, no asesinada.

Capítulo 33

Al despertar, mi abuelita me dijo que estaba sucediendo algo diferente al día anterior. Muchos grupos en Puebla y de otros estados del país estaban haciendo marchas para proclamar justicia para la doctora Torres. Entrevistas que le hicieron sobre la discriminación las estaban pasando por la tele, que se hablaba de un legado importante.

Tomé el control remoto y prendí la tele del cuarto. Cambié de canal hasta que encontré un programa de foro y debate donde hablaban de crímenes para con población LGBTT. Un sexólogo, una representante de un grupo de diversidad sexual, un abogado y un psicólogo hablaban de los hechos, de las muertes sin sentido por gente que teme a lo diferente.

Me quedé viendo, suspirando. Mi abuelita me llevó el desayuno a la cama. Seguía en bata de dormir y sin ganas de arreglarme ni un poquito. Comía y tomaba la leche sin ganas.

De repente dijeron que iban a pasar un video donde la doctora hablaba de que el comienzo de la discriminación estaba en lo que decimos por la boca.

La vi. Quería tocar la pantalla. Se veía tan distinta sin su bata. Su cuerpo delgado. Su rostro que lucía una edad más joven a los años que tuvo. Sus expresiones tan femeninas. Su seguridad. Su convicción en lo que decía.

Cinco o siete minutos de imágenes y audio. Toda una ola de recuerdos circulando en mi mente. Para cuando el video finalizó una lagrima salió de mí y mi corazón quedaba abierto a la última enseñanza que me daba la doctora, y que me hubiera gustado escuchar en persona: “Mi sueño es vivir en una cultura mejor, donde la hospitalidad y el respeto sean los valores principales. Cada mañana me levanto y hago mucho más que escribir, para que al siguiente día pueda despertar en mi propio sueño. Sólo falta saber, ¿qué harás

tú para poder compartirlo?”

¿Qué haría yo? No lo sabía. Apenas y podía continuar con mi vida. Darle sentido. Tenía tanto que madurar y aprender. Mis muros de princesa se empezaban a caer y tenía tanto que enfrentar, tanto otros golpes que vivir.

Llamé a mi papá al trabajo y le pedí que cuando pudiera me llevara al hospital a ver a mi abuelita Mirna. Me dijo que sí y que me podía adelantar que habían capturado a tres posibles sospechosos del asesinato de la doctora. Que habían tratado de vender su coche y alguien los delató. Aunque el principal sospechoso, el supuesto novio de la doctora, no había sido encontrado y que sus cómplices al parecer no supusieron donde fue, pues los abandonó.

<<¿De qué servía tener a esos tipos?>> Me pregunté. Nada devolvería a mi querida doctora. No volvería a oírla. No volvería a escucharle decir: <<Karol, hemos terminado por hoy. Se feliz en lo que resta del día>>. Había magia en su frase, pues siempre salía feliz, muy feliz.

Capítulo 34

Puede ver a mi abuelita Mirna por muy poco tiempo. Se encontraba muy mal. Los doctores dijeron que cualquier bacteria podía intensificar su afección pulmonar y que lo recomendable era evitar tantas visitas. Al entrar a su cuarto en cuidados intensivos tomé su mano y la besé.

Le hablé y ella con los ojos entrecerrados me sonreía a su manera, pues no tenía muchas fuerzas. Fue muy duro para mí verle así.

Mi mamá y mi tía se veían muy desgastadas. A partir de ese día sólo una de ellas podía permanecer en el cuarto con mi abuelita, así que al irnos mi papá y yo, ella se fue con nosotros para cambiarse de ropa y asearse.

Mamá Ana estaba muy triste. En el camino me dijo que la perdonara por no estar en esos momentos muy duros para mí. Le negué con la cabeza y le dije que me perdonara ella a mí, porque también pasaba por un momento muy duro y me desentendí por sumirme en mi dolor, que lo de mi abuelita también me pesaba. Íbamos las dos en el asiento trasero. Me abrazó y se quedó dormida ahí conmigo.

Capítulo 35

¿Es posible soportar una sucesión de desgracias tan seguidas? La respuesta no debería ser “sí”, pero lo es, porque si no, no hubiera estado frente a Amalia, Dulce y Daniela contando aquellos sucesos.

En menos de diez días fui desilusionada, humillada, violada, perdí a mi querida psicóloga y después de ella a mi abuelita Mirna.

Un sepelio tras otro. Debido a la autopsia y demás investigaciones el entierro de la doctora Torres fue después de 4 días de que la encontrarán. La cantidad de gente reunida en el panteón fue tal, que muchas personas se quedaron afuera. Mientras ocurría, vi otros rostros de personas que vi en algunas ocasiones en la sala de espera. Nunca les hablé. Tenía miedo adivinaran o preguntaran los motivos de mi visita a la doctora y evitaba dirigirles la palabra. No los volvería a ver.

Medios de comunicación también estuvieron ahí recogiendo impresiones de personas que se proclamaron activistas, que afirmaban no descansarían hasta que se hiciera justicia.

La muerte nunca debería ser motivo para mejorar las cosas. El cimiento de una realidad más incluyente no se debería construirse así. Moví mi cabeza con mil pensamientos mientras papá me abrazaba. No muy lejos estaba la tumba de mis tíos. Luego de que el ataúd fuera cubierto fuimos para allá. Mi papá dijo: <<Nuestra amiga ya los acompaña, lo único feliz de esto es que sé que estará con ustedes>>. Abracé fuerte a papá y permanecimos así. En silencio. Con la vista perdida. A veces en el suelo. A veces en el cielo. Y otras, mirando al interior, a lo que pasaba en nuestro corazón.

Ese día, cuando salíamos, papá y yo fuimos a buscar a mamá para comer. En la comida me dijo que pidió muy fuerte para que las almas de la doctora y de mis tíos, me cuidaran hasta que todas las piezas de mi vida

estuvieran acomodadas.

Piezas... Creo que hasta ese instante no había pensado en mi vida como en fragmentos. Pedazos desperdigados de mí, los cuales necesitaba ir uniendo de manera coherente, en una vida sin vacíos por no saber cómo encajar en una sociedad, que a simple vista me ve como una chica más, pero que al saber quién era en realidad, podría despreciarme como lo hiciera Saulo y su papá.

Esos instantes quise reflexionar y ver qué era lo que me faltaba. Aunque debí pensar en mi operación, mi mente voló a una duda que no me había planteado de forma correcta: mi mamá. Mi verdadera mamá. ¿Por qué me abandonó? Era raro tuviera ese pensamiento. Nunca había tenido necesidad de saber su identidad, ni las razones para dejarme en el orfanato. Huérfana. Con todo el amor y protección que había tenido olvidé que mis padres no eran mis papás biológicos, que tenía tres madres en la Casa Hogar Providencia, a las cuales tenía en el olvido y que quería ir visitar.

Pensé en verles en la primera oportunidad. Sabía que hacerlo me llevaría a querer presionar a que me dijeran mi origen. No era justo hacerles eso, aunque también lo necesitaba. Me faltaba valor. Tuve miedo de derrumbarme frente a ellas. No quería hablar de las cosas acontecidas. No me sentía preparada por completo. También me planteé si lo estaba para saber quién era mi verdadera mamá. Tenía 16 años de no saber de ella. Esperar unos días no me haría daño. Aunque a partir de esa fecha, la incertidumbre que nunca tuve, me llegó y no me abandonó.

Capítulo 36

No supe cómo consolar a mamá. Ni yo podía encontrar consuelo. Fue con la muerte de mi abuelita que pensé en que no sabría qué hacer sin mamá Ana. Tantas mamás en mi vida y ninguna querría se fuera. Es un desligamiento tan profundo.

Mi abuelita Mirna. Se marchó sin que le contara de mí. Sé que decirle le hubiera hecho tan cercana a mí como ha sido con mi abuelita Cecilia. Las cosas no dichas en el momento, puede que no se digan nunca.

La muerte escogió mostrarse ante mí cuando estaba tan vulnerable.

En el entierro no hubo tanta gente como con la doctora Torres. Mi mamá y mi tía creo que se habían hecho a la idea, pues ya en el panteón no lloraron tanto como en el velorio.

Ese día descubrí que la muerte no es la interrupción de la vida, no para mí que seguía con vida, sino la interrupción de poder darle amor a esas personas que estuvieron cerca y que pudimos darles más, entregarles más. Una vida distraída, eso es lo que ha pasado conmigo y sigue pasando.

Capítulo 37

—Semanas después de todo lo sucedido les hablé por teléfono. Para preguntarles de mi mamá —les dije a las tres.

—Lo recordamos —dijo Amalia.

—Les pido perdón por haber sido tan seca en esa conversación, por no haber venido. Lo hice para evitar contarles. No quería hablar. No quería recordar y tampoco estaba preparada para saber sobre mi mamá biológica. Por eso no les insistí cuando me dijeron que por el protocolo no podían decirme.

—Así es Carl... Karol —intervino Dulce—. Hoy es diferente. Eres mayor de edad. Y si te decimos sobre tu mamá, serás tú quien la deba buscar, quien se acerque a ella. Estaría en tus manos, porque a ella si no le diríamos.

—Lo sé. Y créanme, tengo miedo.

—Tranquila Karol —dijo Daniela—. Eres fuerte. Si no, no estuvieras aquí hoy después de lo que nos has dicho.

—Creo que les he heredado la fortaleza. Lo de ustedes también ha sido muy duro.

Hice una pausa. Tragué saliva. Tenía que retomar la historia y no quería a la vez. Es increíble que el pasado siempre pese tanto, sea tan difícil afrontarlo y exponerlo para no vivir con esa carga, para tener un poco de alivio.

—Aún tengo un par de cosas más que contarles...

Las tres pusieron cara seria y me alentaron a continuar. Era hora de hablar de Vicky.

Capítulo 38

La ausencia de la doctora Torres me hizo sentir un dejo de tristeza, de vacío que intentaba llenar. Mis papás quisieron buscarme a otro psicólogo. Les dije que prefería fuera mujer. En la ciudad había algunas, pero no me animaba. En Puebla mi papá también buscó. Nadie me convencía. Ni oír sus nombres, sus diplomas o incluso su fotografía en página web.

Sobreviví varios meses sin visitar a la doctora antes de lo que le ocurrió, pensé que tal vez era hora de dejar pasar página a las terapias y relacionarme con personas como yo. Saber cómo es que hicieron su transición, lo que tuvieron que enfrentar. Sus angustias. Sus vivencias. Y por qué no, sus logros.

Recordé que de la escuela a la casa, en una estética vi un par de veces a una chica de reajo. Aunque no estaba segura fuera trans. Del lado de su acera había sol cuando iba de regreso y pasaba por el otro lado.

Un día decidí cruzar la calle y mirar por el vidrio y tener una seguridad. Llegué a su negocio. Atendía a una clienta. Una señora. No fui nada discreta, pues se detuvo un momento y salió a verme. No supe que hacer y me quedé parada. <<Dime, ¿qué se te ofrece?>>, me dijo y atiné a responderle: <<No, nada, creo que me falta un despunte. Pero... la veo ocupada. Mejor regreso luego>>. Mi declaración le suavizó el semblante y me invitó a pasar y esperar, que no demoraría mucho.

No supe decir no. Me senté en el mueble de una sala color rojo quemado, algo desgastada y con manchas blancas como de polvo, las cuales al sacudirlas nunca salen. A pesar de ello, al pasar mi mano por el terciopelo, estaba limpio.

La chica media 1.60 metros Su tez morena. Su maquillaje era como para lucirle en una fiesta u antro, así como su vestido gris corto, muy corto. Su

cabello pintado de rubio y unas uñas con una gran cantidad de pedrería, contrastaban con sus manos grandes. Su cara tenía rasgos toscos, pues era cuadrada. Sus piernas bien depiladas lucían duras, como si por muchos años hubiera hecho ejercicio con ellas.

Cuando terminó con la señora y esta le pagó, me invitó a la silla. Me senté nerviosa. Dejé mi mochila en su mueble y me puso la capa para que mi ropa no se llenara de pelitos. Me preguntó que si sólo quería el despunte o alguna forma a mi cabello. Volví a decir que sólo las puntas. Antes de ir con ella, el cabello siempre me lo cortaba una amiga y vecina de mi abuelita Cecilia, la cual sólo cortaba a domicilio.

Empezó y la vi avanzar muy rápido. Sin duda tenía maestría en hacerlo. Me iba explicando que mi cabello estaba muy sano, que me lo siguiera cuidando, que si tenía una duda, le preguntara con confianza, que podría aconsejarme.

Tomé aire y le dije que sí tenía una duda. <<Tú dirás>>. Y eso quería hacer. Decirle. Contarle de mí y no sabía cómo empezar. Mientras me decidía, ella avanzaba. Miré de reojo a la calle, rogando no pasara nadie.

<<Soy como tú>>. Ella sin detenerse me preguntó que si era estudiante de estilismo. Le negué. Le volví a decir que era como ella. No me entendía o no me creía. Vi por el espejo que en sus ojos pasó de la curiosidad al enojo. Debió pensar que me burlaba. Así que lo solté de golpe: <<Soy transexual. Desde pequeña mis papás me dejaron vivir como mujer. Nunca he convivido con nadie como yo. Te vi y quería acercarme a ti. Me hace tanta falta una amiga que me entienda>>.

Se detuvo en seco. Volteó la silla y me puso frente a ella. Se agachó y puso su mirada a mi altura. <<Te estás burlando de mí, ¿verdad?>>. Negué con la cabeza. Se desplomó en su mueble y me miró de pe a pa. Se levantó. Me quitó la capa. Me ordenó levantarme y me hizo darme una vuelta. Me

pidió me sentara y ella también lo hizo.

<<Pero si pareces una mujer>>. Le dije que sí, que se debía a que desde la pubertad tomé hormonas. <<Ojalá yo lo hubiera hecho desde esa edad, no tendría este cuerpo de camionero>>. Le pedí que no dijera eso, que a mí se me hacía guapa y bonita.

Me preguntó que si venia de la escuela, si ahí sabían, por mis papeles y demás. Antes de contestarle cerró con llave y puso un cartel de cerrado frente a la puerta y corrió las cortinas blancas, las cuales no noté cuando llegué.

Fue que le empecé a contar. No me extendí en detalles, no le dije que era adoptada. Empecé a decirle desde que mis papás me llevaron con la doctora Torres. <<Así que a ti te atendía esa famosa psicóloga que mataron hace poco>>. Me dijo que la dejó impresionada el caso. Que en Córdoba había mucha discriminación, pero que no por ello se habían oído de muertes, aunque si de abusos de las autoridades con las que se prostituían.

<<Hace poco te hubiera dicho que te dejaras de esa estupidez de la “transexualidad”, que somos “putos”, que así nos llaman, porque eso somos. La muerte de tu doctora me abrió un poco los ojos. Me hizo infórmame. A internet yo sólo entraba para encontrar y contactar hombres, luego de su asesinato busqué información sobre ella. Y eso me hizo encontrar información sobre mí. Sobre nosotras. No sé... Apenas pude estudiar secundaria y de ahí me fui a prostituirme y a vivir con amigas. Es algo muy “cabrón” vivir así. Nos falta dignidad. Aunque no puedo dejar mi estilo de vida tan fácil, no sé ser de otra manera>>.

Hay vidas que marcan y veía que la doctora Torres había tocado a otras personas que no la conocieron en persona. Le dije que me llamaba Karol. Ella se presentó como Vicky. Que todo mundo la conocía como “La Pedra”. Que por más que había querido borrar su antiguo nombre, las que se decían sus amigas no dejaban de decirle así.

Me empezó a contar que ella desde pequeña se sabía “vieja”. Que incluso fue precoz con los niños. Que su primera relación sexual fue a los once con un chico de quince. Ella fue así el experimento de muchos. La secundaria la dejó porque no le dejaban en paz. Le molestaban mucho, incluso aquellos que habían tenido relaciones con ella. En su casa su papá le pegaba para “corregirlo”, y que su mamá sólo le decía que tenía que hacer caso a su padre. Que nunca la defendió. Entre su papá y la escuela terminó por huir de su pueblo, Cuitláhuac, Veracruz. Que cuando llegó a Córdoba fue de noche. Buscando refugio vio a varias chicas trans en una esquina, junto a un negocio muy famoso en la ciudad. Les decían “Las Chicas del Capricho”. La corrieron. Se iba alejando cuando una de las más grandes le dio alcance y le preguntó que qué le pasaba, que por qué estaba llorando. Contó su historia, y ella, un poco por humanidad, y otro por usarle para ofrecerla a clientes, la llevó desde ese día a su casa, le empezó a comprar ropa y le enseñó a vestirse y maquillarse.

Por años Vicky trabajó bajo las órdenes de esa mujer trans de cerca de 50 años. Ella nunca supo su edad, que a pesar de que se le notaran los años no hablaba de ello. Un día ella murió por tener las venas inflamadas y tapadas. Vicky se quedó con todos sus muebles. Decidido seguir trabajando un poco más y juntar para poner una estética. Estaba cansada de las calles. De los clientes y vida nocturna continua. Había tomado cursos de belleza y se sentía preparada. Cuando tuvo lo suficiente rentó el local donde estábamos. Tenía un par de años ahí.

Le hablé de lo que me pasó con Saulo. Me dijo que no fuera una sentimental, que así eran los hombres con los “putos”, que de ahí nunca nos iban a bajar. Aunque no todo era feo, que había hombres que les gustaban personas como nosotras, que si me vestía y maquillaba para no parecer “mujer natural”, seguro y encontraba uno.

¿No parecer mujer natural?... Eso fue algo que me molestó, aunque no dije nada. Yo me sentía mujer. No había pensado en mí como algo “antinatural”. Las cosas que empezaba a decir Vicky distaban de lo que había aprendido de la doctora Torres, y de lo que ella según había investigado y leído ya. Hice un gesto muy evidente con mi boca y ella lo notó. Me preguntó que qué me pasaba. No quise abordar el tema y le dije que me impresionaba todo lo que ella había vivido. <<Y a mí me impresiona lo que tú has vivido. Mira que tus papás te acepten y te hayan criado como mujer. Eso sí que impresiona “mana”>>. Arrugué el entre cejo por la expresión de “mana”. No me agradó. Siempre me ha sonado vulgar, incluso entre mujeres. Opté por seguir escuchándola. Quería fuera mi amiga y saber más de su mundo.

Se me hacía tarde. Eran las cuatro. Estábamos en otoño y las tardes refrescaban mucho y yo sin suéter. Le marqué a mi mamá de mi celular. Le dije que estaba cerca, que había hecho una amiga y estaba con ella en su estética. Le di la dirección y se tranquilizó. Estaba en la calle 3, entre la avenida 7 y 9. Yo vivía en calle cinco entre la avenida 11 y 13, así que estaba muy cerca.

Vicky y yo nos olvidamos de comer. Me dijo que me enseñaría como lucir espectacular ante un hombre. Me puso otra vez la capa. Terminó el despuente y procedió a maquillarme. Cuando terminó, yo era otra. Mi boca roja. Mis ojos delineados con mucha precisión. Me explicó que, si destacaba mi boca con un color tan fuerte, no debía ponerme sombra, sino sería un maquillaje muy cargado. Mi piel lucía tan hermosa. Nunca me había visto así. Antes de ese día mi maquillaje en ocasiones especiales era muy natural. Se ofreció a enseñarme si me interesaba, que me sería muy útil, porque si un día se enteraba todo mundo de que era “puto”, nadie me iba a dar trabajo, que nosotras sólo teníamos dos vías: prostitución o estilismo.

Esa declaración me dejó triste. Mi admiración por la doctora Torres me

había llevado a pensar en estudiar psicología o trabajo social. Confiaba en que lograría seguir con mi secreto en el ámbito escolar y terminaría una carrera. Por cualquier cosa, no me haría daño aprender un oficio y aparte me gustó mucho lo que Vicky hizo conmigo en mi cara, quería hacer cosas similares y aplicárselo a mi mamá. Ella casi nunca se arreglaba y sabía que sería muy lindo hacerle lucir tan diferente, así como me veía yo en ese momento.

Capítulo 39

Cuando llegué a casa le conté a mi mamá de Vicky. Fue lo primero que tuve que hacer. Pues por su cara estaba sorprendida de cómo me veía con un maquillaje tan intenso. <<Karol, hija, ¿quién te maquilló?>> Sonreí ante su pregunta y de a poco le narré de qué manera había transcurrido mi tarde. Al finalizar, mi estómago me recordó que no había comido y no podía esperar a la hora de la cena.

Mi papá llegó como las 9. Yo ya me había desmaquillado, aunque antes me hice un par de fotos con su cámara digital que tomé sin permiso. Al menos mamá sabía y no se molestaría mucho cuando se enterara. Le conté lo mismo que mamá Ana. Luego de ello les conté a ambos algo que me había guardado, que Vicky se había ofrecido a enseñarme estilismo por las tardes. Al principio estuvieron un poco renuentes. Papá fue el que dio el punto final diciendo: <<Bueno, mientras vengas primero a comer y luego regreses un par de horas con ella, está bien. También tienes que preguntarle cuanto te va a cobrar por las clases, pues es su trabajo y hay que remunerarle por ello>>. Papá tenía razón, no lo pensé. De la emoción no pude dormir. Nueva amiga. Aprender algo. Ya quería fuera el otro día.

Al siguiente día, antes de ir a casa pasé a ver a Vicky y le comuniqué. También estaba contenta por mí. Le comenté lo de pagarle las clases. Me dijo que ni siquiera pensó en eso, pero que sí le hacía falta el dinero y que tenía que invertir yo en mi material de práctica. Me fijó una cantidad semanal, diciendo que podía ir los días que quisiera, por la tarde, nomás que le avisara al pasar de regreso a casa, para si ella tenía que cerrar por un motivo, no me dejara esperando. Llegamos a ese acuerdo y a partir de ese día me volví su aprendiz.

Por tres meses, el que pensé sería un curso sencillo, se convirtió en

intensivo. Hasta se hizo de otra silla de estética y me dijo que yo atendería en ella. Me enseñó lo más básico primero, como el planchado y rizado de cabello. Me encargué de los planchados exprés por todo un mes. Mientras ella hacia cosas más complicadas con otras clientas, siempre explicándome entre lapsos. En tres meses maquillaba y comencé con los primeros despuntes y emparejar el cabello.

No me di la tarea de saber si me gustaba o no. Mi papá no preguntó y me daba dinero para que mi mamá me acompañara a comprar las cosas que me solicitaba Vicky y mis propios instrumentos, para si en un futuro quisiera dedicarme a ello.

Vicky y yo platicábamos muy poco de otros temas. El aumento de trabajo que tuvo con mi llegada, no daba espacio más que para enseñarme. De las dos horas que se supone estaría, pasé a estar hasta el cierre, que era entre las ocho o nueve de la noche. Así fue por seis meses.

Al poco de estar con Vicky, la llevé un día cenar a casa. Mis papás la recibieron bien. Lo único que no le agradó a mi papá, fue que Vicky vistiera tan provocativa. Me dijo que no era prejuicio, que una ciudad tan conservadora como Córdoba era luego muy dura. Me dijo que temía que al verme con ella me relacionaran de otra manera y me faltaran el respeto. Incredulé a mi papá un poco molesta, diciéndole que Vicky sólo atendía señoras que nadie había ido a molestarnos. Papá sonrió y no dijo más.

Para marzo, el invierno se iba y Vicky me dijo que ya estaba grandecita, que pronto cumpliría diecisiete, que me quería invitar a una de sus fiestas. Yo sabía que con alguna de sus otras amigas tenía reuniones o salían a bares, pero me decía que no me quería llevar para no tener problemas con mi familia. No entendía el porqué.

Vicky me preguntó ese día que si me gustaría conocer un chico. Le dije que aún me daba miedo encontrarme a alguien como de Saulo. <<No seas

tonta, son hombres que les gustan los “putos” como nosotras, ánimo. Les diré lleguen a las ocho a la estética, cerraremos temprano, aquí tomaremos unas copas. Algo sencillo, dos chicos, tú y yo. Uno para cada una>>. No supe que decir. La curiosidad era más grande que el presentimiento de que algo saldría mal. Algunas de las veces que estuve con Saulo, al menos las primeras, no fueron algo tan malo. Quise volver a sentir a alguien tocándome. Moví la cabeza tratando de sacudirme mis miedos. Despejé un poco mi mente y sin pensarlo mucho le dije a Vicky que sí. Que ya vería que inventaba en casa, que tenía ganas de sentirme otra vez mujer. <<Tonta, somos trans, no mujeres. Al menos yo no me siento mal con mi sexualidad, me encanta tenerlo>>. No atiné a saber a qué se refería y no quise preguntar más. Le tenía aprecio y a ella le desagradaba la corrigiera todo el tiempo cuando se refería de forma despectiva hacia nosotras. Sí le hubiera preguntado quizás me habría enterado de lo que podía pasar con ese chico al que me iba a presentar.

Capítulo 40

Ese día salí temprano de la estética. A las seis y media estaba en casa. Le dije a mi mamá que Vicky me había invitado a un café, que si me dejaba ir, que la vería a las 8 en la estética y de ahí caminaríamos al centro. El gesto de mi mamá no me gustó. Me dijo que por qué no esperábamos que mi papá llegara y que él nos llevara y luego nos fuera a buscar. Le dije que mi papá nunca tenía hora de llegada. Y era cierto, sino llegaba antes de las 6 su regreso era entre las 9 y las 11.

Mi mamá al final me dio permiso. Le di un beso y le dije que no se preocupara, que me regresaba en taxi o les hablaba para que mi papá fuera por mí. Terminé de entrar a mi habitación y empecé a maquillarme como Vicky me enseñó. No recargué tanto el maquillaje. Sabía que si lo hacía mamá me diría que había exagerado y que me quitara un poco. Decidí terminar de retocarme en la estética de Vicky. Ella no tenía una casa como tal, sino un cuarto detrás de la estética, al cual se accedía por un pasillo a cielo abierto. Su cuarto, aunque con lo básico, era cómodo para una sola persona.

Al llegar, Vicky aún estaba con una clienta. <<Casi acabo “mana”, pasa allá atrás y ve sirviendo las botanas en trastes>>. Eran las 7:45 pm. La obedecí y antes de todo me terminé de maquillar. Me vi en su espejo de cuerpo entero. Llevaba un vestido corto morado, de corte asimétrico en la parte superior, pegado al cuerpo, un poco holgado por otra capa de tela que hacía unos pliegues que resaltaban mis formas. Me miraba y sentí un poco de morbo al verme. Tenía unas mallas negras puestas debajo, sin las cuales mi mamá no me hubiera dejado salir con ese vestuario. Me las quité y vi mis piernas desnudas. Las toqué. Sentí excitación. Mis manos temblaban como emocionadas, creía que viviría una experiencia grata. ¡Qué equivocada! Me

acentúe más las sombras, me delineé la parte de abajo de mis ojos, marqué más el fucsia de mis labios y solté mi cabello largo. Sentí incluso que me deseaba a mí misma.

Vicky me sacó de mis sensaciones al entrar con brusquedad y gritarme si ya tenía las cosas servidas, que ya le habían hablado que venían en camino. Me espanté y di media vuelta. Vicky me vio y exclamó viéndome de arriba abajo <<¡Niña, qué mujerona! ¡Me vas a dejar sin hombre, los dos van a querer contigo!>>

No supe si apenarme o sentirme orgullosa. Luego de ello me regañó con suavidad y me apuró. De su pequeño frigo bar sacó unas cervezas y me dijo que nos tomáramos una antes de que llegaran, que desde hace mucho quería brindar conmigo por nuestra amistad. Era la primera vez que tomaba. Chocamos las botellas. Ella dijo: <<Por las más “buenotas” de todo Córdoba, que somos nosotras>>. Di el primer trago y casi escupo el líquido. Le dije a Vicky que sabía muy fea la cerveza. Ella se ríó y me dijo que me acostumbraría y yo solita pediría más. Me la terminé como pude. Un poco rápido, para no sentir el mal sabor. Vicky me miró con los ojos muy abiertos, diciéndome que si lo seguía haciendo así, con la segunda me iba a emborrachar. Le hice caso y no tomé hasta que llegó Octavio y Rafael.

Capítulo 41

Rafael era gordo, blanco, bajito, con unos lentes enormes, se veía viejo y asqueroso. Nos comía con la mirada. Al saludarnos de beso en mejilla, a ambas nos sacó su lengua tallándola en poco. Me dio asco. Sudaba como si viniera de correr. En cambio, Octavio era alto, varonil, moreno, joven, como de 27 años, de sonrisa sarcástica y con unas pestañas enormes. Había algo raro en él, mas no me detuve a pensarlo. Lo miré con descaro. Me sentí un poco mareada. Por lo visto la cerveza me estaba haciendo efecto.

<<Creo que has elegido a tu hombre>>, dijo Vicky, a quien volteé a ver, dándole por respuesta una sonrisa. Me dijo que era hora de atenderlos, les ofrecimos cerveza y botanas. Yo tomé una para mí. Llevé a Octavio al asiento y me senté junto a él. Di un trago a mi cerveza y él me empezó a decir que estaba muy buena. Sonreí. Me hubiera gustado escuchar una expresión como “princesa” o “muñeca”, sin embargo, el alcohol en mi organismo me estaba bajando mis defensas y lo miraba imaginándolo sin camisa. ¿Qué me pasaba? Tomé otro trago y el trató de llevar una conversación que escuché lejana, muy lejana.

Cuando tuve un poco de conciencia, Vicky nos estaba poniendo de pie y nos decía que nos fuéramos a la estética, que ella necesitaba intimidad. Sonreía. Yo también quería intimidad.

Al llegar a la puerta trasera del local, Octavio con las llaves en la mano abrió la puerta y me dejó pasar. Yo me sentí sexi, pero algo me alertó. Me metió su mano por debajo de mi vestido y me apretó una pompa. Me dolió. <<¡Ahora si putito, tú y yo vamos a gozar!>> Se sentó y me jaló. Caí en sus piernas. Creí que me besaría o algo similar. No. Metió su mano de nuevo bajo mi vestido y buscó en mi entre pierna. <<Lo escondes muy bien, debe ser muy grande>>. Atolondrada por las cervezas —de la cuales perdí la cuenta

luego de la tercera—, y aturdida por sus ansias y su trato, lo dejé hacer. Fue bajando lento mi ropa interior y sin levantar el vestido me puso de pie y dijo: <<Veamos esa sorpresita de ahí>>. Alzó mi vestido hasta la cintura y dejó al descubierto mis genitales. <<Uta, ¡lo tienes muy chiquito!>>. Sus palabras hicieron que el efecto del alcohol se me pasara y me entrara un terror enorme cuando él me empezó a hacer sexo oral.

Capítulo 42

Siempre me sentí niña. Crecí y fui criada como una niña. Me empecé a desarrollar como una adolescente “normal”. Viví la vida lo más apegada al sexo del que siempre me he sentido. No me imaginaba de otra forma. No suponía que había otras realidades. Otras formas de ver la sexualidad. Yo sólo soñaba con la modificación de mis genitales. Con tener un clítoris, una vagina. Estar en el blanco. Dejar lo negro. Ir en grises hacia mi objetivo. Y esa noche pude percibir que hay personas que les gusta moverse sólo en grises. En la distancia ya no lo veo como algo malo. Es diferente, tanto lo era que me causó una impresión sofocante.

Octavio me hacía sexo oral de forma compulsiva, quejándose de que mi pene no reaccionaba, que así no lo iba a poder penetrar. “Penetrar”. No era así como había vivido el sexo la primera vez. No me veía usando mis partes masculinas para dar placer. Nunca me imaginé haciéndolo.

Me estaba sintiendo más humillada a como me sentí con Saulo. Octavio me estaba usando como si yo fuera un hombre. ¡Él quería ser penetrado! ¿Por qué? En mi mente pensé en preguntarle que si era gay, ¿para qué buscaba a una mujer transexual. Que me explicara. Qué si estaba confundido. Pero la confundida era yo.

Empecé a llorar. Octavio no estaba enterado. Seguía en lo suyo, con los ojos cerrados. De repente empecé a gritar <<¡Nooooooooo, no sigas por favor!>>. Él se espantó y se hizo hacia atrás. Preguntó que qué me pasaba y no dije nada. Luego de unos minutos Vicky apareció cubriéndose con una toalla.

<<¿Qué pasó?, ¿qué te hizo este desgraciado “mana”?>>. No le contesté a Vicky. Octavio decía que nada, que yo era la que me había puesto loca. Rafael llegó en calzoncillos. Vicky les ordenó que se fueran al cuarto los dos

y que iba a hablar conmigo. Ellos se fueron y me llevó al asiento. Trató calmarme.

Cuando pude hablar, le conté lo que me estuvo haciendo Octavio. No comprendía. Pensó que mi frustración era por mi falta de “erección”. Traté de darme a entender. De alguna manera debe haber interpretado mi sentir porque en un momento dado me dijo: <<Creí que todas las que teníamos pene les gustaba usarlo “mana”. Los que les gustan los putos como nosotras, es lo que buscan; la mayoría, aunque no todos. A mí me encanta penetrarlos, créeme que sí. Veo que eres de las que no soporta tener aquello entre las piernas. Hasta entre las diferentes, hay diferentes. Perdóname, creía que descubrirías que también de esta forma se puede vivir el placer>>. Calló. Yo seguía con la mirada perdida. Busqué la puerta y con la cabeza se la señalé. Fue al cuarto sin decir nada. Me llevó mis mallas, mi bolsa y me dio un chicle de yerba buena y me pidió me vistiera rápido. Eran las 11:30. Llamó un taxi. No tardó. Me abrió la puerta al escuchar el claxon y salimos. <<Perdóname “mana”. Ahora me doy cuenta tú no eres un puto como yo. Tú sí eres muy mujer. Vete, anda>>. No supe si fue un sarcasmo, si lo decía molesta o me lo decía con sinceridad. Subí al taxi y no volví a buscar a Vicky por mucho tiempo.

Capítulo 43

Papá y mamá me esperaban. Entré sin ganas de decirles nada. Sólo quería ir al cuarto y seguir llorando. Supieron en seguida que algo había pasado. Les dije que por ese día no quería decir nada. Que les contaría con calma cuando sintiera que podía decirles.

Papá me preguntó si había ocurrido algo como la vez anterior. Sabía que se refería a Saulo. Le negué. No mentía del todo. No era como lo de Saulo. No me sentía violada como mujer, me sentí como obligada a funcionar como “hombre”. No lo tenía claro, así que tampoco podía ponérselo en claro a ellos.

Para no tener que enfrentarles al día siguiente, les dije que unos chicos se nos acercaron y trataron de faltarme al respeto, que Vicky me defendió y que era todo, que estaba bien, que no pasó de ahí. No conformes, me dejaron ir a dormir.

Las cosas que tenía que asimilar eran demasiadas y mi apoyo psicológico ya no estaba. Quería alguien externo a mi casa en quien confiar. De manera indirecta lo ocurrido me dio el desvío para encontrar a esa otra persona especial.

Capítulo 44

Los siguientes días evité pasar por la calle de Vicky. Daba un rodeo por la avenida 5 y en la calle 5 doblaba y bajaba hasta llegar a casa. En esos trayectos vi un lugar donde a veces había mucha gente entrando y saliendo. Un día me dieron un folleto. Decía: DIF Córdoba ofrece en su área médica: medicina general, rehabilitación física, odontología y servicios psicológicos. Eso último me llamó la atención.

Había llegado a la esquina viendo la propaganda. Regresé sin pensarlo mucho. Entré. Eran como las dos y 15. El tiempo se me hizo lento al ver tantos rostros de gente humilde. De personas que se veía venían de lugares lejanos. Su forma de vestir, en la mayoría, era con sombrero y camisa sucia. En el caso de las mujeres, llevaban vestidos desgastados y sandalias rotas con el color apagado por el uso. Con esas observaciones me fui dando una idea de lo que era en realidad un DIF. Desarrollo Integral de la Familia, pero... sobre todo, de las familias más necesitadas. Me sentí fuera de lugar. Yo con mi uniforme de escuela particular, con mi apariencia de niña de casa, me hizo sentir mal ante aquella gente. Me dio impotencia sentirme como privilegiada. Vivir siempre en la ciudad y no muy lejana de mi familia, había hecho que mi imagen del mundo fuera distante para con los más necesitados.

Ante la vergüenza que sentí estaba por retirarme, cuando una voz me llamó y no pude más que detenerme. <<Hola chiquilla, ¿qué se te ofrece?, no tengas pena de preguntar>>. Volteé de a poco y me encontré con una mujer delgada, de cabello corto, cayendo sólo hasta su nuca. De unos treinta y tantos años de edad. Con una sonrisa amable y atrayente, al menos para mí tenía algo, lo que me produjo dejar un poco mi tención. Me acerqué con el folleto en mano. Sin decir nada le señalé donde decía “servicios de psicología”. Agachó su cabeza para ver y sonrió. Hasta ese instante me di

cuenta que era tan alta como yo, lo cual me impuso. Ni la doctora Torres tenía mi estatura, ella era como 10 centímetros menor que yo.

<<Me llamo Luisa, y soy la coordinadora del departamento de psicología aquí en el DIF. Sí estás interesada puedo darte la consulta ahorita. Te confesaré que nuestro departamento es el menos visitado. La doctora Gaby y yo somos suficientes. No existe casi la cultura de acercarse, menos de los jóvenes, me da gusto que lo hagas>>. Le dije que no tenía de momento para la consulta, que tenía que hablar con mi papá para que me diera dinero. Ella me contestó que el costo sólo era de 50 pesos. Me sorprendió. Si no estaba mal la doctora Torres las últimas veces nos cobraba 300 pesos. 50 pesos no era ni la mitad.

La doctora Luisa explicó que el DIF buscaba cobrar cuotas de recuperación pequeñas para poder lograr la labor social, que era ayudar a quienes no tenían para servicios de precios elevados. Me comentó que de los departamentos de salud el único que tenía cuotas más altas era el de odontología, debido a los costos de los materiales, que debían ser cubiertos. También me platicó que en ocasiones había servicios que eran dados sin ningún cobro, lo cual se determinaba mediante el departamento de trabajo social, quien aplica estudios socioeconómicos para exentar a algunas personas.

<<Te doy toda esta explicación porque te vi desde que entraste. Me llamaste la atención. Era como si te conociera, mejor dicho, te me haces conocida, tienes un aire a una familia que conocí. Se ve que nunca habías estado en un lugar como este. Tenías la misma cara que tuve yo cuando comencé mi servicio social en una institución de este tipo. Créeme, la realidad es muy dura. Pero no estamos para hablar de ello, sino de lo tuyo. Si tienes los 50 pesos puedes pagar en caja y podré atenderte>>. Me sentí hipnotizada. Me dio confianza la doctora Luisa. Quise hablar con ella desde

ese instante. Tenía que hacerlo. Necesitaba hacerlo. Traía el dinero, así que no lo pensé dos veces. Fui a donde me dijo que era la caja. Me formé y en 10 minutos el arancel estaba pagado. La doctora me esperó y me condujo al consultorio.

Al pasar al fondo había un patio algo grande, con distintos cubículos, con letreros que decían sus servicios, como el de “Adultos mayores”, “Contabilidad”, “Rehabilitación”. El de psicología estaba en un edificio al fondo, en la parte de arriba. Al entrar vi dos cubículos muy pequeños. Uno estaba cerrado y el otro abierto. Me pasó a ese. Era un área pequeña, cuadrada, de dos por dos metros. Apenas y cabía un mueble donde ella me invitó sentarme y ella pasó sentarse en el pequeño escritorio improvisado con una mesa pequeña.

Las paredes eran de un color verde claro. Todo era tan diferente a como era el consultorio de la doctora Torres, el cual era espacioso, pintado de blanco, sus diplomas y reconocimientos en las paredes, una gran maceta, los muebles y un jarrón de flores en su escritorio.

El único adorno que pude ver en aquel consultorio, fue un cuadro en la pared con una frase que decía: “Tal vez no sueñe siempre contigo, pero al despertar eres la primera persona en la que pienso”. La pronuncié quedito. Mas no lo suficiente. La doctora me escuchó y me preguntó si me gustaba. Salté con ello y dije que sí con la cabeza. <<Es mía>>, me dijo mientras sus ojos brillaban con nostalgia. <<La escribí para alguien a quien hace mucho no veo, y en él que siempre pienso>>. Miró por la puerta como buscando la luz. Se levantó y la cerró. <<Bueno, no estamos aquí para hablar de mí, sino de ti. La precaución que te he visto desde que entraste me dice que tienes una carga grande, que tienes miedo de confiar. No te preocupes. Lo que se dice aquí, aquí se queda. Estoy para escucharte, ayudarte y darte recomendaciones. No temas y empieza por lo más sencillo, que es decirme tu

nombre, el cual aún no conozco>>.

De esa forma empecé a hablar con la doctora Luisa. Quise iniciar desde el principio, mas las últimas cosas acontecidas en mi vida tenían tanto peso que me arranqué a hablar de Saulo. Cuando dije que yo era transexual, no me detuve a dar explicaciones. Bajé mi mirada y seguí de largo, como buscando algo en el suelo, dejando salir las palabras. La doctora me dejó hablar hasta que hice una pausa, respiré y me callé teniendo aún la mirada abajo, con vergüenza. Temí que me juzgara.

<<Karol, no te avergüences de ser transexual. Créeme, sexología es una de mis maestrías y aunque es la primera vez que en mi vida profesional me topo con alguien que lo es, sé mucho del tema. No me has contado sobre ello, pero puedo ver que tus papás te han apoyado para vivir como una chica, incluso, si no lo hubieras dicho, no me habría dado cuenta>>. Me animé a levantar la vista. Ella me sonreía y siguió diciéndome que a pesar de que viviera y me desarrollara como cualquier otra chica, mi diferencia de nacimiento era algo que iba a dar pauta a tener que confesar, en su momento, mi verdad, al menos para quien fuera mi pareja. Me habló de la falta de información sobre el tema y los estigmas tan profundos que la sociedad tenía. Me pidió no avergonzarme. Que por el momento habíamos terminado, que hablaríamos en una siguiente sesión. Me pidió vernos la siguiente semana, más tardar. Asentí y me dijo que ya sabía yo el camino. Sonreí y salí dándole las gracias. Eran las tres y media. Tarde para mí. No había avisado a mamá Ana, así que me apuré.

Capítulo 45

Las siguientes sesiones con la doctora Luisa Naur, me fueron liberando de todos los traumas que me dejó mi experiencia de pareja. Me habló de que entre las personas transexuales existen quienes viven su sexualidad de maneras diferentes. Me dijo que transexualidad es una condición sexual, que el género era independiente de mi orientación sexual.

Con la doctora Torres no llegué a tocar esos temas, pues creo que ella esperaba tuviera una edad para darme cuenta de ello y hablarlo. La psicóloga Luisa me explicó que hay mujeres transexuales que les gustan las mujeres, o sea que, aunque decidieron vivir como mujeres, viven una sexualidad lésbica. Que hay otras que son bisexuales. Y las hay como yo, que quieren vivir una sexualidad heterosexual. Me explicó que esto último genera muchas controversias entre académicos y grupos transexuales. Pues hay sexólogos que dicen que los hombres atraídos por mujeres transexuales, ejercen en su mente una “heterosexualidad”, y al tener relaciones, si esa persona transexual no se ha operado, se podría hablar de una “homosexualidad” física.

Me dijo que ella no quería estar de un lado ni del otro, pues hay quien pugna que una mujer lo es con o sin genitales femeninos. Lo que ella le parecía mejor, en mi caso, era definir qué era lo que yo quería, sin etiquetar, teniendo conocimiento de las posibilidades de vivir mi sexualidad como yo me sintiera mejor.

Para ese punto ya le había hablado de lo que me pasó con el amigo de Vicky. Ella me dijo que fue una forma no esperada de descubrir que yo no quería usar mi genitalidad. Por lo brusco de la experiencia, fue un golpe psicológico a algo que no creía congruente en esos instantes.

Hablando de ello, le dije a la doctora que quería vivir mi sexualidad sin hacer uso de mis genitales. Ella me dijo que, si así era, tenía que aceptar que

mientras tuviera aún mis genitales, habría que dar explicaciones previas a quien quisiera intimar conmigo. Y que si me operaba, también sería bueno hablar con la verdad, que guardar un secreto así me llevaría a mentira tras mentira, lo cual sería más dañino que la verdad dicha desde el principio.

La doctora también me hizo ver que Vicky no estaba mal por usar sus genitales para tener relaciones sexuales, que esa era su forma de disfrutar, que aunque no fuera la mía, era tan válida como cualquier otra. Vicky creyó que yo sentía igual que ella.

Me sentí mal con Vicky. Ella incluso me defendió y me dejó irme sin reclamos. Me protegió a su modo y me entendió en cierta manera. Yo lo único que hice fue evitarla y sacarla de mi vida, cuando fue la falta de comunicación lo que me llevó a esa experiencia. Mi curiosidad y mi deseo de estar con alguien. Vicky... Tenía que ir a verla y pedirle perdón. Aunque... el que me desviara para no pasar por su estética me llevó a reparar en el DIF, encontrar a Luisa y a dar continuidad a mi acompañamiento psicológico. Nunca me dejó llamarla por su apellido, Naur. Me decía que le gustaba que la tutearan y así generar una confianza para hablar sin tantos recelos.

Qué complicada es la sexualidad humana. Y como se complica cuando tu cerebro dice que eres mujer, y tu cuerpo parece decir que eres hombre. No tenía que odiar ni despreciar mis genitales, pues con ellos se harían las modificaciones necesarias para acercar mi físico a como siempre me he sentido.

Decidí dejar de pensar en chicos y dar una vuelta a mi vida, ocuparme de otras cosas. En el colegio nos exigían en el último año un servicio social en alguna institución de gobierno. Luego de conocer las instalaciones del DIF, es que supe que ese era el lugar donde daría mi servicio. No quería esperar al siguiente año escolar. Le pregunté a Luisa con quien tenía que hablar y me dijo que me presentaría con la presidenta del DIF, la esposa del

alcalde de la ciudad, la señora Lucía Arpa.

Capítulo 46

La señora Arpa me pareció agradable de primera impresión, incluso me dijo que yo era una niña muy linda, que estaba complacida de que quisiera prestar servicio social de manera anticipada ahí.

Preguntó por mis gustos y si ya tenía definida una carrera a escoger. Le dije que me inclinaba por la psicología y el trabajo social, que lo había pensado antes de entrar por primera vez al DIF, sin embargo, ese primer contacto me hizo ver que estaba en el camino correcto, que era ayudar a los demás. Me aclaró que en psicología no me podía poner pues en el departamento se llevaban terapias y que yo no podía hacer eso, que en trabajo social encajaría bien, pues siempre tenían mucha carga y las actividades se prestaban para que fuera asistente de la encargada, la señorita Minerva.

Me observaba pensativa. Me dijo que mi edad le recordaba a un hijo que tuvo, que tendría mi edad. Quise preguntarle detalles. No lo hice. Sentí descortés hacerlo, pues vi un poco de tristeza en su mirada. Así que me callé. Ella retomó su aplomo y me dijo: <<Si está de acuerdo usted, señorita Karol, preséntese puntual luego del colegio. Funcionamos de 8 de la mañana a 4 de la tarde al público, y a puerta cerrada a veces se puede trabajar varias horas más. Si usted llega 2:10 pm aquí, se podrá ir 4:10 pm. ¿De acuerdo?>> Dije que sí. Su tono autoritario me recordaba al de Daniela. Aunque diferente. Esa señora, aunque joven, tal vez de 35 años, se veía acostumbrada a mandar y a que le obedecieran, como si siempre hubiera tenido quien le atendiera. Al final de la charla algo de ella no me gustaba. Era como si guardara algún tipo de amargura o resentimiento. Quizás tenía que ver con el hijo que mencionó.

Capítulo 47

Mi primer día en trabajo social fue frustrante. No porque fuera mucho, sino el de ver a tantas personas necesitando algo, tantas situaciones de distinta índole: madres que necesitaban medicamentos para sus hijos y carecían de dinero, o que requerían estudios de laboratorios costosos. Quien solicitaba dar a su hijo en custodia en la casa hogar del DIF, por no tener como mantenerlo... aquello me hizo preguntarme si mi mamá había sido como algunas de esas señoras, que no tenían forma de mantener a su hijo y que tuvieron que darle en adopción. Quise no pensar en ello. Me fue imposible.

Siempre pensé que mi mamá me dejó porque no me quería o porque no estuve en sus planes. Ver con el pasar de los días a señoras de tan bajos recursos solicitando ayuda me hizo recapacitar. En cada una de ellas veía a una posible madre. <<¿Qué edad tendría mi madre en la actualidad?>>, pensaba. No tenía ni una pista de cómo fue que llegué a la Casa Hogar Providencia. Había una promesa de decirme. Las ansias me comían. Quería pararme e ir por esa pieza que me faltaba.

Me quedaba en el deseo. Perdida, atendiendo a las personas o asistiendo a la señorita Minerva.

Un día al termino de mi servicio fui a buscar a Vicky. Quería pedirle perdón por dejarla, por no buscarla antes. Llegué a donde estuvo su estética. El local estaba cerrado. Pensé que se debía a que tuvo que salir. Al siguiente día fue lo mismo, y el siguiente también. Pregunté a los vecinos y me dijeron que pasaba de un mes que el local no lo abría y que no la habían visto. Seguí preguntado hasta que una señora me dijo: <<Pues para mí que es el “mariconcito” que a pareció muerto fuera del bar “El gato negro”, hace un mes. Le vi en el periódico El Astro de Córdoba. Debo tener aquí el

ejemplar>>.

Sentí que se me iba el piso. Rogué porque fuera toda una mala interpretación de la señora. Me llevó el periódico y el verlo casi me derrumbé: “El mata jotos ataca de nuevo”. Decía la cabeza de la nota. La foto a color dejaba ver la sangre cubriendo el cuerpo de Vicky. Quedé petrificada. Llevé mi mano a mi boca tratando de evitar un grito.

La señora al ver mi reacción me pasó a su casa y me sentó en un sillón. Corrió a llevarme un vaso con agua. <<Tú eras su clienta, ¿verdad?, te cortaba el cabello. Siento que haya pasado esto. Él no se metía con nadie de por aquí. Hasta yo me corté el cabello una vez con él. No me gustó mucho, así que no volví, aunque tampoco lo hizo mal. ¡Ay hija, perdona que yo te haya dicho esto! Pero mira, mira, en este otro periódico dice que ya agarraron al tipo, al “mata jotos”. Con tu amigo fueron dos los que se echó>>.

Oía y no. Que importaba si habían agarrado o no al tipo. Mi amiga. Vicky. ¡Estaba muerta! No me pude reconciliar con ella, pedirle disculpas por dejarla. ¿Por qué no la cuidé? Mi amiga, mi única amiga trans estaba muerta y no volvería saber de ella.

Tardé mucho en levantarme e irme. La señora seguía hablando y yo en el limbo llorando. La doctora Luisa me dijo que cuando me sintiera lista me reconciliara con Vicky. ¿Por qué tarde tanto? ¿Por qué fui tan retrograda?

No era justo. Nada estaba siendo justo. ¿Era ese el destino de una trans? ¿Amanecer muerta? ¿Por qué nos estaban matando? ¿Por qué nos odian tanto algunos hombres? ¿No tenemos derecho a la felicidad? ¿No...?

No deseaba volver a ver la foto de mi amiga ensangrentada. Pero quería leer sobre lo ocurrido. Sólo llegué a las primeras líneas. El asesino se llamaba Octavio... Aquel día de la reunión pude ser yo, o las dos en la estética. ¿Qué pasó? ¿Por qué días después mató a mi amiga?

Quise rezar. No pude. Dejé de creer en Dios. No podía creer en quien

permitía nos pasara todo aquello, sólo por el hecho de haber nacido en el cuerpo equivocado. Al fin y al cabo, la culpa era suya, por hacernos nacer así. Quién más si no él, pensé con mucha rabia.

Capítulo 48

Dulce movía su cabeza. Triste. Amalia también tenía una cara que demostraba dolor. Daniela me miraba como queriendo decir algo. Hasta ella estaba muda. Yo estaba en silencio. Recordar lo acontecido a Vicky no me era grato, como no lo era el pensar que muchas teníamos el mismo destino.

—Karol, Karol —Amalia tuvo que alzar un poco la voz para despertarme de mi estado de frustración—. Mi niña. La vida es misteriosa. No busques culpas en quien nos ha dejado el libre albedrío. Culpar no ayudará. Si señalar un culpable etéreo al que no puedes ver fuera útil, eso traería los cambios pertinentes. No se trata de eso. Nuestro deber es actuar. Mostrar. Decir que personas como tú son tan humanas como cualquiera. Que si están o no bien, no se debe juzgar. El respeto se consigue dándolo. Aún con ello hay quien falta el respeto a sus semejantes. No es actuando como ellos como se pelea. Todo lo contrario...

—Sí, Karol —intervino Daniela—. Las conquistas no se ganan con odio. No odies, no te sientas así. Roma, un gran imperio conquistó Grecia y ésta a su vez conquistó a Roma con sus ideas. Son las ideas el arma más poderosa. Después de lo que te ocurrió hace poco no has querido dar tu versión. Es hora de que también hables y expongas tus ideas.

Era cierto. Lugo del incidente y del escándalo no quise decir palabras. Estaba tan acostumbrada a vivir en la “clandestinidad”, que no había tenido valor para decir lo que tenía atorado dentro. No era con silencio que iba a conseguir que se me entendiera. El periódico El Astro de Córdoba me dio la oportunidad y me negué. <<Quizás aún no era tarde. Quizás aún podía manifestar esa otra realidad>>, reflexioné.

Sonreí a mis mamás. Les dije que ya me acercaba a esa parte. Mi historia iba concluyendo y les veía ansiosas.

Capítulo 49

La doctora Luisa me recibió al día siguiente de enterarme de lo de Vicky. Pedí permiso a la señorita Minerva para ausentarme una hora de mi servicio. Luisa me recibió y le conté lo ocurrido. Dejó su asiento detrás de su escritorio. Se sentó en el brazo del mueble donde yo estaba y me abrazó. No lo esperaba. Sabía que los psicólogos no deben cruzar esas fronteras. Lo agradecí. Me hacía tanta falta sentirme abrazada. Consolada.

Estuvimos en silencio. Un minuto, tal vez más. No sé. Cuando por fin ella me soltó, me dijo: <<Perdona. Te sentí... Pensé... Vi tanto desamparo e impotencia en ti>>. Le pregunté si ella era madre. Me dijo que sí, titubeante, pero que no debía hablar de su hijo conmigo. Volvió a su aire serio, aunque cercano, se acomodó en su lugar y me dijo que no me sintiera culpable. Que no tuviera miedo. Que debía entender con ello la sobreprotección de mis padres. Que poco a poco me haría independiente y que mis decisiones debían permitirme no caer en situaciones de peligro.

<<Karol, tu amiga se fue sin que pudieras volver a tener un acercamiento con ella. Tú no estabas preparada para volver a verla. Te enfrentaste a una realidad que te causó un shock. La relación que hiciste con ella y lo sucedido tenía un plazo para que tú pudieras procesar y comprender que ella actuó conforme a su experiencia. No por hacerte daño. Es lamentable lo acontecido. Lo mejor que puedes hacer por ella, es aceptar que en lo que sigue de tu vida, enfrentarás más variantes y, el aceptarlas, no quiere decir que las tengas que vivir o experimentar. Lo siento. No te queda más que prepararte. Sé que algún día esta experiencia te ayudará a que tú ayudes a personas en tu situación>>.

Medio sonreí. Quería pararme y abrazarla como ella lo hizo conmigo. No me animé. Romper tantas veces el protocolo no debía ser bueno. Le di las

gracias y me fui para seguir con mis obligaciones.

Capítulo 50

Días pasaron. En uno de ellos, un chico de aspecto extranjero llegó al área de trabajo social. La señorita Minerva estaba ausente. Él se presentó conmigo como reportero del diario El Universo de Córdoba. Jeremías Pastor, dijo, pero que todos le conocían por su apellido, el cual, yo nunca había escuchado. Su acento me atraía. ¿Español? ¿Argentino? No supe. Fuera de las películas nunca lo había oído.

Él era muy interesante. Más alto que yo. Delgado. Cabello corto, castaño oscuro. Una barba no abundante, de las que dejan ver la piel del rostro y muy bien delineada y cuidada; ella le daba un aire muy atractivo. Sus ojos negros parecían pasar a través de mí. Sonreía con solemnidad. Al aparecer, su desenvolvimiento profesional lo hacía con naturalidad.

Me comentó que le habían asignado como fuente el DIF, y que le dijeron que en el departamento de trabajo social podrían darle datos sobre índices de pobreza de la ciudad y de sus diversas comunidades. Le expliqué que la señorita Minerva y las demás trabajadoras sociales andaban en comunidades aplicando un censo para tener información actualizada sobre ese asunto. Me preguntó entonces por el departamento de comunicación social. Le dije que el único chico de ahí, andaba tomando fotos y video del desarrollo del censo.

Pastor hizo una mueca de decepción. Sentí pena de que se fuera con las manos vacías. Me preguntó que si yo no podía darle la entrevista. Le dije que no, que sólo era de servicio social. Le interesó y me dijo: <<Vaya, eso me da una idea. Podría hacer una nota sobre la visión de una joven, ante el impacto de la labor de esta institución. No creo que haya tantos interesados en hacer servicio aquí>>. Le dije que en efecto, aparte de mí, sólo había otro chico llamado Samuel. Él hacía servicio en el departamento de comunicación, pero

que faltaba mucho y no se le veía convicción por el trabajo del DIF.

<<Vale, entonces tú pudieras responder a mis preguntas. Con ello me harás el gran favor de que no me vaya en blanco>>. Sonreí. ¿Cómo podía decirle que no? Tenía algo. Me iba disponer a responderle lo que me preguntara, cuando llegaron personas a las cuales atender. Eran las tres de la tarde. Faltaba una hora para salir. Le comenté que tenía que seguir dando el servicio. Me preguntó por mi hora de salida. Le dije que esperaba salir a las cuatro. Me invitó a comer al restaurante “Doña Lala”, que se encontraba a dos cuadras. Me puse roja y dije que sí. <<Vale, iré a cubrir rápido otras fuentes y te veo allá>>. Dije que sí y me dispuse a atender a las personas.

Capítulo 51

Salí a las 4:10 pm. La señorita Minerva y las demás trabajadoras sociales llegaron puntual a las cuatro. Me dijeron que terminara con la persona que atendía y que me podía ir, que ellas se encargarían de los que quedaban. Agradecí. No quería ser impuntual. Pastor debía estar esperándome.

Caminé a prisa. Ni me fijé al espejo. A medio camino lo pensé y busqué en mi mochila mi bolsita de cosméticos. Saqué un brillo labial y polvo para no verme tan mal. Me dio pena hacerlo en la calle, aunque más pena me daba llegar con Pastor así. Estaba terminando de aplicar el brillo cuando una voz detrás de mí me hizo saltar: <<Así estás guapa, déjalo ya, debes tener tanta hambre como yo>>. Me quedé fría. Volteé y Pastor estaba ahí. Me moría de la pena. Me dijo que no pusiera esa cara y que siguiéramos al restaurant. Me quedé en silencio y comencé a caminar con él.

Al llegar y encontrar mesa le dije que me esperara. Corrí al baño a terminar lo que había empezado. Fui lo más rápida que pude y regresé con él. <<Ya te había dicho que te veías guapa, pero no me desagrada lo que has hecho, ¡eh, bonita!>>. Me senté muy despacio, mis ojos buscaban los suyos. Le iba a decir algo cuando el mesero interrumpió dándonos el menú del día. Pedimos y nos quedamos solos de nuevo.

<<Eres muy joven para ser reportero, los que siempre van al DIF son muy viejos>>. Le dije y casi se carcajea. Me contó que estaba de servicio social, que venía de la universidad Complutense, de Madrid, España; que era estudiante de Ciencias de la información, y que había un programa de becas para hacer pasantías en el extranjero, y como el dueño del periódico El Universo de Córdoba, era de España y egresado de su misma universidad, recibía cinco universitarios por año. Tenía diez meses en el periódico. Las

fuentes informativas que cubría no incluían al DIF, la excepción era por vacaciones del reportero que la tocaba esa fuente. Me dijo que tenía veintitrés años, que deseaba regresar para poder titularse y buscar trabajo. Puse una cara de desilusión ante ello.

<<Vamos, guapa, ¿por qué esa cara? ¿Seguro tendrás novio? ¿No se cabreará que estés aquí conmigo?>> Negué y le dije que no tenía novio. Me dijo que se sentía tranquilo por ello, le había tocado ver a mexicanos celosos y que no tenía ganas de enfrentar uno. Sonreí porque su tono sonaba a broma, aunque no supe si lo era o no, su acento me hacía difícil interpretarle.

Llegó la comida. El Sacó su grabadora reportera y me dijo que si me parecía bien me iría preguntando entre pausas de la comida. Le dije que sí.

Fue que le di mi nombre, de que escuela procedía y mis motivaciones para estar en el DIF. No profundicé en eso último. Le expliqué las funciones que me tocaban y le conté algunas de las historias que había oído de las numerosas personas que ahí acudían. Él de una manera sombrosa comía, me escuchaba, apuntaba algunos datos en una libreta y me miraba como descifrando cada emoción mía.

Me preguntó qué era lo que más me había impactado. Le comenté que el ver que existía una marcada diferencia social, que la pobreza, la cual para mí era algo tan lejano, me pareció inhumana al verle tan de cerca. Que me sorprendía que las acciones, aunque muchas, resultaran en tan pocas y que fueran a medias. También, el que bastante gente se escudara en la pobreza para no hacer un esfuerzo de trabajar en unidad y sacar adelante sus colonias o comunidades.

Con ello apagó la grabadora. Guardó su libreta y me invitó a que le hablara de mí. Le pregunté el porqué de su interés personal. <<Por guapa, qué más. Y porque me gusta como me has dicho las cosas. Tienes alma. No la pierdas. Muchos funcionarios públicos son fríos. Deberías escuchar a los

del Ayuntamiento, tan vacíos y simulando un interés que no va más allá de su sueldo o aspiraciones políticas. Me gustan las personas como tú, que desde temprana edad quieren ir más allá de la comodidad de su hogar, que se involucran. Eso es muy loable, y eso te hace interesante para mí. Deseo no sea la última vez que salgamos>>.

Me envolvió de tal forma con las cosas que estaba expresando de mí, que sin pensarlo dos veces le dije que sí y le di mi número celular. Al sacarlo de mi mochila vi que mi mamá me había dejado tres mensajes de texto y que no me reporté con ella. Eran 5:30 de la tarde y yo muy ingrata no le avisé. Saqué dinero para pagar mi comida y Pastor no me dejó. Me dijo que aparte de la buena compañía redactaría una buena crónica. Que mi comida estaba cubierta. Vio mi prisa y me dijo que si tenía que llegar a un lado me apurara, que luego me marcaba. Me dio un beso en la mejilla y yo sentí la textura de su barba en mi piel y supe que me gustaría salir otra vez con él.

Capítulo 52

Le hablé a mi mamá de Pastor. Ella se sintió preocupada. Su rostro tan abierto lo decía. Le dije que no temiera nada. Que él se marcharía en un par de meses, que no me dejaría llevar, que sí me gustaba, pero que no le diría nada. No quería entusiasmarme con alguien a quien dejaría de ver pronto. Sólo quería la emoción del momento, de la convivencia y del fantasear un poco, sin el peligro de decirle mi verdad, ni de que él quisiera algo más, pues debía pensar como yo, al estar pronta su partida.

Al día siguiente, al llegar al DIF, todas las de mi departamento me vieron con ojos de susto. La señorita Minerva avanzó hacia mí y me dijo que la presidenta quería hablar conmigo con urgencia. Di un paso atrás. <<¿De qué podrá tratarse?>>, me pregunté. Por los rostros de mis compañeras, supe que no era algo bueno. Minerva fue delante mío rumbo a la oficina de la señora Lucía Arpa. Tocó. Una voz en el interior dijo que pasáramos. Al vernos pidió a Minerva dejarme sola con ella.

En el escritorio el periódico El Universo estaba abierto. Se leí un cabezal que decía: “La visión del DIF por una estudiante”. La presidenta alzó el periódico y ordenó que me sentara. Cuando lo estuve, aventó el diario hacia mí y dijo: <<¿Te crees protagonista o qué? Aquí nadie está para destacar, sólo yo. La imagen de persona interesada en los pobres sólo yo la puedo dar. Esa es mi labor política. Déjate de sentimentalismos y de andar dando declaraciones a medios cuando no estás autorizada. Mi marido, el alcalde, está muy molesto contigo, como lo estoy yo. No te correré, te daré otra oportunidad, pero ni se te ocurra hacer algo similar de nuevo. No eres nadie>>.

La escuché en silencio. Indignada. No sabía si por su reproche, o porque

me daba cuenta que a ella no le importaba la gente atendida en el DIF. “Esta es mi labor política”. No podía creerlo. La amable señora que conocí de primera intención, era una falsa.

Tocaron la puerta. La señorita Minerva y Edgar, el joven de comunicación social entraron en cuanto ella les dio el permiso. Le dijeron que el reportero de El Universo estaba ahí para le dieran datos estadísticos. Les explicó que el día anterior había venido, y que al sólo encontrar a Karol, se le ocurrió hacer la crónica. La presidenta hizo una mueca forzada. Hasta ese momento me di cuenta que tenía la boca un poco torcida hacia un lado, y un ojo con una especie de estrabismo. La vi fea. No por sus defectos faciales, sino porque estaba soltando su auténtica cara.

De inmediato pidió a la señorita Minerva le imprimiera los datos y a Edgar que redactara un texto de una hoja, dando un discurso sobre la labor altruista del DIF y que le pasaran todo con discreción. Que al reportero lo mandaran a esperar, que estaba ocupada, que sí lo atendería. Pidió que se vigilara que no hiciera entrevistas a las personas que iban a los servicios. Terminando de decir aquello pidió que nos retiráramos. Me levanté y antes de irme me dijo: <<Ni se te ocurra hablar con él>>. Intenté decirle que sí con la cabeza, sin lograrlo, al verme muda me gritó: <<¡Entendiste!>>. Dije un “sí” poco audible y me salí. Pastor estaba entrevistando a personas que iban llegando y Edgar no pudo hacer nada por detenerlo. Sentí pena por él. Por lo visto él y la señorita Minerva también se llevaron su regaño antes de que yo llegara.

Capítulo 53

Pastor me vio y me sonrió. Estuve a punto de voltearle la cara. Sin embargo, no pude. Él no tenía la culpa. Acataría la orden de no hablar con él de las labores del DIF, de lo demás no me privaría si me invitaba a comer una vez más. Creí que demoraría en hacerlo. Y no. Al llegar a mi lugar vi mi celular y tenía un mensaje de texto: <<A donde mismo ayer. Yo invito>>. Sonreí viendo el cel. La señorita Minerva se me acercó y me dijo: <<Ni parece que te hayan regañado>>. Escondí rápido el celular y ella se me sentó muy cerca de mí y en voz baja me dijo: <<Siento esto que pasó. Nunca creí que hubieras dado declaración a un reportero. Aquí los empleados debemos hacer como que no existimos para los medios de comunicación. Si damos alguna declaración tiene que estar aprobada por la presidenta, y decir que todo lo dicho es en nombre suyo y por ausencia de ella. Así es la política en Córdoba y en todas partes con el partido “oficial”. Nosotros somos los que trabajamos y ellos son los que se llevan el crédito, por sólo salir en las fotos cortando listones de inauguraciones>>.

Me dio pena darme cuenta de esas cosas. De haberlo sabido antes, mis declaraciones a Pastor hubieran sido diferentes. Aún podía hacerlo, aunque no era mi posición. Sólo era una simple estudiante de servicio social. Así que decidí seguir haciendo mi trabajo en silencio. ¿Qué le diría a Pastor en la comida? No sabía si ocultarle o no. Y no tenía idea, si le contaba lo acontecido, si iba a terminar diciéndolo en el periódico.

Capítulo 54

Pastor mantuvo su distancia conmigo en el DIF. Luego de esperar como 20 minutos lo llamaron. Entró a la oficina de la presidenta y salió como en media hora.

A mi salida, miraba a todos lados esperando no encontrar a nadie en el camino. Detuve mi paso con brusquedad. En el restaurante Doña Lala, luego iban otras personas del DIF. Me puse nerviosa. Mandé un mensaje a Pastor diciéndole que en la calle 5 y avenida 9, había una cocina económica de antojitos veracruzanos. Que si mejor me alcanzaba allá. Me contestó que sí, y me dirigí a allá.

Llegué primero. A los 5 minutos llegó Pastor. Me preguntó si no me había gustado la comida del día anterior. Le dije que sí, que mis motivos de no ir allá eran por algo que ocurrió. Dudé. Pero decidí decirle todo. Comencé. Me escuchó atento. Sin libretas ni grabadora.

Al terminar mi exposición me dijo: <<Entiendo... No me sorprende. Créeme, esa es una de las razones por las cuales no me quedaría en Córdoba. Hay mucha hipocresía en el campo político. Y no puedo decirlo, mi deber es informar, no emitir juicios. Para ser columnista debo tener experiencia de algunos años y prefiero recorrer ese camino en mi país. Me gusta México, eso sí. Ha sido una de las mejores experiencias de mi vida. Mexicanas tan sensibles, como lo eres tú, inspiran a preguntarme: ¿y si me quedo?>>

Me sonrojé. ¿Cómo lo lograba? Le pregunté si tenía novia mexicana o si había dejado una en España. Me dijo que sí dejó una novia en España, o que más bien se dejaron, pues tenían distintos planes. En Córdoba salió con una chica un par de meses, algo exigente para su gusto y mejor la dejó, pues para él no eran unas vacaciones el venir al país, al contrario, lo veía como lo que era, una extensión de su carrera y su preparación profesional.

Me gustó la convicción que despedía. Bajé mi mirada y le pregunté si no estaba perdiendo el tiempo conmigo. <<Karol, cómo crees. Ayer fue en parte por trabajo, parte porque me atrajiste. Digo, además tengo que comer. La imagen del reportero incansable que no se detiene ni a tomar agua, es culpa del cine y la televisión. Soy humano y sé disfrutar una buena comida y una buena compañía. Me gustas. Te soy honesto. Me voy en poco tiempo. No quiero nos ilusionemos demás. Me hace falta compañía femenina en mis espacios libres y si no te molesta, la hora de la comida es perfecta para nuestra convivencia. Verás que no tengo intenciones malas contigo. Sólo me es grato verte y platicar. Me gusta tu espíritu, y en la crónica de ayer reflejé partes que vi en ti. Mi abuela decía que había heredado su don de ver a través de las personas. ¿Aún no le lees mi escrito?>>

Negué con la cabeza. Que llegando a casa lo haría, pues mi mamá compraba el periódico a diario, no tanto por ella, como por mi papá, que siempre le ha gustado estar bien informado por lo de su trabajo.

Me agradó lo que me dijo y le agradecí su sinceridad, que yo también sabía que era algo breve el conocernos, aunque me era significativo. Me preguntó el porqué de esa importancia. No supe que contestarle. Cómo decirle que mi corazón tenía ganas de amar, de vivir algo bello, de sentir que era apreciada, sin tener que pensar en cómo decirle mi secreto. Tantas cosas. Pastor representaba para mí una pausa a tanto que viví en corto tiempo. Deseaba querer sin tener que preocuparme, disfrutar de una relación libre de intenciones sexuales.

Capítulo 55

Pasaron los días y seguí yendo a comer con Pastor. Le prohibí que siguiera pagando él, que no era bueno que gastara su beca en mi comida. Me dio por mi lado, aunque no me dejó pagarle ni una sola vez, me dijo que cada quien pagara lo suyo.

Al principio buscamos lugares alejados del DIF, para que yo no tuviera problemas. Explorando opciones nos encontrábamos a algunos de mis compañeros, así que nos dejó de importar y regresamos al restaurante Doña Lala.

Los días corrían. Evitamos contarlos. Al mes de conocernos ya nos tomábamos las manos y una hora de comida no nos alcanzaba. Empezó a ir a verme luego de salir del periódico a las 7:00 pm. Le presenté a mi mamá y se le hizo muy agradable. También conoció a mi papá, pues se iba a las 9 y a los tres días de ir, coincidieron. Se cayeron tan bien, que fue papá quien hizo que prolongara su tiempo de visita, para que cenara con nosotros. Pastor no protestó por ello, en cambio, quedó encantado. Aun con ello, seguíamos como amigos, tratando de evitar más roces que el de nuestras manos. Ni siquiera nos habíamos besado en los labios.

De repente, un día se puso serio en la comida. Me dijo que tal vez yo no me había dado cuenta, pero que faltaban un par de semanas para que él regresara a España. Que el fin de semana vería lo del vuelo y tendría una fecha exacta de su partida. Nuestras manos estaban entre lazadas. Suspiré. Me miró con sus ojos oscuros y me dijo que no quería verme triste en esos días, que lo mejor que quería llevarse de mí era mi sonrisa. Entonces sonreí para él. Acarició mi rostro y se acercó a besarme. Yo parpadeaba esperando ese beso. Al final sólo besó mi mejilla, muy cerca de mis labios. Cerré mis ojos y me abrazó. Se me hizo eterno todo aquello.

Al separarnos, me dijo que quería que yo estuviera en su fiesta de despedida. Que él y sus compañeras españolas, que también hacían servicio en el periódico, irían a un bar muy famoso llamado Utopía, donde tocaban música de trovadores, como Silvio Rodríguez, Fernando Delgadillo, Alejandro Filio. Conocía esas canciones porque a mi mamá le encantaba la trova.

Le alegué a Pastor de que era menor de edad y que no me dejarían entrar. Él me dijo que con la ropa adecuada y maquillada no me pedirían identificación. En eso tenía razón. Por mi altura lucía mayor. El otro detalle eran mis padres. Conocían a Pastor. Por otro lado, sabía que al pedirles permiso, les surgirían los antiguos miedos.

No podía permitir siempre estuvieran protegiéndome, tenía que demostrarles a ellos y a mí, que podía llevar una situación así, sin incidentes. Me prometí que tenía que hacerlo.

Le dije a Pastor que pidiera permiso en casa y que yo me encargaba de lo demás.

Mi mamá le escuchó y mientras lo hacía me miraba. Con sorpresa para mí, mi mamá dijo que sí, sin que yo interviniera, nomás que mi papá pasaría por mí a las 12:00 am o 1:00 am más tardar. Pastor sonrió.

Cuando se retiró hablé con mi mamá y le pregunté por qué me dio el permiso con tanta facilidad. Me dijo que cuando conoció a Saulo algo no le había gustado de él desde el primer día que lo vio de cerca, que su sonrisa era como de un psicópata. Rememoré un poco y pensé en que tenía razón. <<Si hubiera seguido mi instinto aquella vez quizás hubiéramos evitado lo sucedido. Con Pastor mi instinto me dice que puedo confiar en él. Esta vez lo seguiré, porque sé que te hace feliz>>. Abracé a mamá Ana luego de lo dicho y me fui a mi armario a tratar de descifrar que ponerme para ese día.

Capítulo 56

*When you kiss me heaven sighs,
and though I close my eyes,
I see la vie en rose.*

*Cuando me besas, el cielo suspira,
y aunque cierre los ojos,
veo la vida de color de rosa.*

**La vida en rosa
Edith Piaf**

El día de la despedida de Pastor llegó. Mi vestido era color vino, me llegaba a la rodilla. Ajustado a mi cuerpo y de hombros descubiertos. Era febrero y aún había frío, así que usé también un saco negro, el cual dentro del bar no fue necesario. El clima era cómodo ahí.

Pastor lucía una camisa azul de manga larga y pantalón negro de vestir. Con un cinturón de hebilla plateada. Unos zapatos negros ligeros de gamuza. Su barba bien cuidada. Su cabello corto bien peinado hacia un lado. Olía a un frescor como de campo. Lucía más guapo de lo habitual. Fue a casa por mí. Se despidió de mi mamá. Dijo que se ocuparía mucho en la semana en arreglar varios detalles y que por si no le daba tiempo de venir por las noches antes de irse, era mejor decir adiós. Eso me sorprendió. No me había comentado nada de dejar de visitarme por las noches. Dejé el tema para más al rato y nos fuimos en taxi.

No tuve problemas para entrar. Vi a sus compañeras que nos estaban esperando. De los cinco becados, él era el único chico. Eran las 9:00 pm. Aún no había trovador en el escenario. Así que él pidió una cerveza y me preguntó que qué bebería yo. No pensé hasta ese momento en que tomar. Luego de lo que me ocurrió la primera vez cuando tomé en casa de Vicky, no quería saber mucho del alcohol, así que pedí un refresco.

La noche fue mágica y lenta. Las voces en la mesa se me perdían. No

captaba ninguna. Mis pensamientos parecían apagados. Estaba ensimismada. Como si mi alma se hubiera ido y mi cuerpo quedado junto a Pastor y sus amistades. Me fui muy lejos. A España, a dónde él volvería. Dejé fluir las imágenes y me imaginé una ciudad nunca visitada. Era Madrid. Su centro, sus casas antiguas. Sus iglesias. Su gente. Su aire. Sus niños. Sus ancianos. Él.

Mi atención se perdía en mis evocaciones ficticias y la voz de Pastor se me hacía lejana. Como perdida. Conversaba con alguien. Su atención se iba con otras personas y yo pensando en por qué debía dejarlo ir. Quería pedirle se quedará. Que deseaba pasar más momentos con él. Que el breve tiempo, los días no contados, lo poco compartido; todo ello era lo más bonito que tenía. Que su partida me dejaría sola. Vacía.

Me pregunté si decirle mi realidad antes de que avanzara la noche. Mi “defecto”. ¿Cómo reaccionaría él? Hice una mueca. Bajé mi mirada y una lagrima se me escurrió. Me dolería mucho que me despreciara. Su posible rechazo. Reclamos. Su partida... no de mi ciudad, sino del espacio que le he dado en mi corazón. Comprendí que el tiempo con él era un sueño, una tregua a lo que podía enfrentar si se quedaba.

¿Cómo una joven como yo puede sentir todo ello con tanta intensidad? Torturarse y tener el corazón encogido por no poder ser del todo sincera. Quería decirle algo. No me atrevía. No tenía palabras. Mis manos sudaban y él distraído.

Un estruendo me despertó y miré a todos lados. Aplaudían. Un señor de barba subió al escenario y tomó la guitarra que estaba ahí. La luz se atenuó y las primeras notas comenzaron a surgir. Pastor me abrazó y me entregué a su calor. Me susurró al oído que la canción que se interpretaba era de sus favoritas, de un paisano suyo, Luis Eduardo Aute.

Ay amor mío, qué terriblemente absurdo es estar vivo, sin el alma de tu

cuerpo, sin tu latido, sin tu latido...

La canción no ayudaba. Pastor parecía ajeno a mi sentir. No podía culparlo. Él no tenía secretos para conmigo, no uno como el de mi magnitud. Traté de olvidarme de todo ello y disfrutar la noche.

Empecé a sonreír. Nadie se ocupó de mi dejo de tristeza, ni de mi introspección. Pastor y yo parecíamos novios. Nadie pareció sorprenderse que nos tratáramos así. Nadie dijo nada acerca de estar abrazados. De las manos. Los besos en la mejilla. Que me recostara en su hombro a escuchar algunas canciones. Conviví con todos. Me sentí muy bien. Me hacía falta estar en un grupo así. Sentirme integrada. Sentir que tenía la protección de alguien especial. Que era parte de personas fuera de mi familia.

Los miedos se fueron. Respiraba. El aire nada romántico con olor a cigarro, no ayudaba a que mi cuerpo saboreara como mi alma lo hacía, la sensación de estar fuera. Más cerca de la normalidad.

Pastor no tomó mucho, pero sí lo suficiente. Cuatro cervezas. Se notaba un poco desajustado. Su cara se parecía a la mía cuando me abstraí de ahí. Como si tuviera su propia batalla interna. Pensé en interrumpirlo. No pude. Sabía que él también quería decir algo. Lo presentía.

El cantante hizo una pausa. Una chica de otra mesa pidió la dejaran pasar a tocar. El cantante le dijo que el escenario era suyo. Llevaba un vestido azul, de un corte parecido al mío. Tomó la guitarra. La miró. La acarició. Parecía un ritual. En ese minuto que pareció interminable, se acomodó la guitarra y empezó algunos acordes. Identifiqué la tonada. Ella habló diciendo que esperaba nos gustara la versión en inglés de La vida en rosa.

Hold me close and hold me fast, this magic spell you cast, this is la vie en rose.

Mientras la escuchábamos, Pastor y yo nos acercábamos más y más. Tarareaba la canción y de pronto me vi cantándola. Mis clases de inglés se

manifestaban e iba traduciendo las estrofas en mi mente. Pastor dejó de mirar al escenario. Me vio a mí. Con esa sonrisa tan suya. Con supuesta seguridad y un incongruente titubeo pronunciado en su labio inferior, el cual delataba su nervosismo interior.

La canción terminó. La chica se llevó una gran ovación por su magistral interpretación y entre aplausos me acerqué a Pastor. Le besé la mejilla. Y le susurré en inglés y español la que fue mi parte favorita de la canción:

When you kiss me heaven sighs, and though I close my eyes, I see la vie en rose. Cuando me besas, el cielo suspira, y aunque cierre los ojos, veo la vida de color de rosa.

Entonces él buscó mi boca. Se acercó de poco a ella. Tocó mis labios con más miedo que timidez. Temblé. El piso se me fue de repente y fue como si él me cargara. Como si el flotara y yo me abandonara en sus brazos que rodeaban mi cintura, mientras los míos su cuello. Mi pecho vibró. A mi espalda la recorrió un calor. Mis ojos cerrados no veían en negro, veían algo más. Nada era oscuridad. Veía en rosa. Vi la vida en rosa.

Capítulo 57

La noche siguió. La forma lenta de su transcurrir se transformó muy rápido. Los minutos avanzaban. Me desesperé. No quería que llegara mi papá. Quería escapar. Huir de ahí con Pastor. Quería proponérselo. Veía mi reloj. Casi las doce. Mandé mensaje a papá para que de favor me dejara estar hasta la una. Me dijo que sí y seguimos escuchando a otro trovador.

No nos dijimos nada luego de aquel beso. Sólo seguimos abrazados. ¿Para qué decir algo que nos pudo haber costado el instante? Los demás entendieron que estábamos en un momento romántico, en una atmosfera donde no había aire para nadie más. Pastor apenas y habló con los demás luego de ello. Yo me quedé en silencio. Sólo sonreía y sufría por dentro.

Las luces me mareaban y acariciaba la barba de Pastor, como queriendo que no terminara siendo irreal.

Mi reloj me decía que eran 12:30 am. Algunos ya se habían empezado a ir. En la entrada había como un lobby donde se aislaba un poco de la música y se podía conversar. Pastor me llevó allá. Nos sentamos y le dije sin más: <<No quiero que te vayas>>.

Él sonrió como esperando enfrentar aquello. <<Yo tampoco me quiero ir, Karol>>. Besó mi mano. Parpadeé y busqué sus labios. Me recibió. Aunque lo sentí distante.

Suspiró y me dijo que me había vuelto importante para él en el poco tiempo que convivimos. Pero que tenía que seguir con sus planes, con su carrera. Había tratado de no cruzar la línea. La noche, el lugar, el ambiente y las canciones no ayudaron. Que no quería que yo sufriera. Quería dar el último adiós ahí en ese lugar. Sino sería más doloroso para ambos. <<No me gustan las despedidas, porque me las llevo de por vida como algo donde pude haber dado más. Por eso me gustaría decirte adiós aquí mismo y luego, en la

semana que me queda, distraerme e irme, sin sentir que me queda algo pendiente>>.

Extrañamente asentí. Despedirme de él ahí, sin riesgo de exponerme. Sin tener que preocuparme más por lo que fuera a pensar de mí. Todo ello se iría con él y yo quedaría “¿libre?”, de esa carga.

<<Te quiero Karol. No lo olvides. Tienes mi email. Luego de que parta, escíbeme. Me dará gusto saber de ti. No quiero perder contacto contigo>>. El tono de mi cel lo interrumpió. Leí un mensaje entrante. Mi papá estaba afuera. <<Llegaron por mí>>. Besó mi frente. Tomó mis manos. Y me dijo con dulzura: <<Aunque esté lejos, te recordaré como mi novia. La más bonita, la más dulce, la que sabe sonreír con la mirada, la que sabe reír con ganas, la que tiene aire triste, aunque nada malo este sucediendo, la que me ama, aunque no lo diga en voz alta, pero sí con su aliento, sus suspiros y sus tiernos besos en mi barba. Hasta pronto mi Karol. Mi corazón se queda aquí>>.

Lo besé. Lo besé intensidad. Toqué su pecho. Sus hombros fuertes. Mis uñas se enterraron un poco en su espalda. Él con sus manos recorrió la parte desnuda de mis piernas. Las pasó por mis caderas. Mis senos y cuando llegó a mi nuca él y yo nos separamos con un temblor mutuo. Se levantó. Me puso de pie y caminamos a la salida. Mi papá adentro del coche. Volteé a ver a Pastor por última vez a los ojos. Le di un beso rápido en los labios. Sin decir más, me subí al coche. Pastor dijo adiós con la mano. Mi papá le contestó. Yo sólo miré. El coche arrancó y al avanzar no quise mirar atrás. La tregua concluyó. El sueño terminó.

Capítulo 58

*Y llegará, llegará, llegará, llegará,
la tormenta que anuncia el cielo*

**Llegará la tormenta
Amaral**

Adaptación de A Hard Rain's a-Gonna Fall, de Bob Dylan

Mi semana luego de despedirme de Pastor me fue difícil. En el DIF todos lo notaron. Mi mirada se perdía. La señorita Minerva tuvo que llamarme la atención un par de veces. No de manera severa, mas sí con firmeza.

En la escuela me estaba yendo peor. Las pocas compañeras con las que platicaba les pude decir muy poco. Profundizar en mi sentir era quizás desvelar un poco de esa parte de mi sufrimiento que siempre les había ocultado. Quizás hubiera sido mejor confesarles por mi boca mi realidad. Lo pensaba. No me atrevía. Años ocultándome y eso estaba por romperse y por un descuido tonto.

Conté los días uno a uno. La noche en que sería la partida de Pastor quise llamarle. Miré tanto el celular. Deberás quise hacerlo. No me atreví. No tenía derecho a cortar sus sueños, deseos y ambiciones. Su desarrollo profesional no estaba en México. ¿Y el amor...? Quizás allá, en su ciudad o donde fuera residir, con una mujer normal, sin secretos, sin deformidad, sin tantas aprensiones, honesta desde la primera vez.

Media noche. No podía dormir y no quería. Así estuve. Dejé de medir el tiempo. No lloré. Sólo pensaba. Y el sueño me llegó muy de madrugada.

Al día siguiente en la escuela me dormí en dos clases. Me llamaron la atención. Siempre he sido una alumna modelo. Una de mis maestras intentó hablar conmigo. Le dije que se me pasaría, que estaría bien en unos días.

Al salir me dirigí al DIF. Pedí permiso a la señorita Minerva para ver a

la doctora Luisa. Me lo dio, pidiendo fuera breve, que la señora Lucía Arpa estaba en su oficina y que yo ya había visto su genio con anterioridad. Asentí. Por un momento pensé en posponer. Pero necesitaba hablar. Sacar un poco todo lo que me ocurría por dentro.

Llegué a los consultorios de psicología. Luisa estaba despidiendo a una paciente. Le pregunté si no tenía otra persona por atender. Abrió la puerta y me invitó a pasar.

Vi el cuadro con su frase: “Tal vez no sueñe siempre contigo, pero al despertar eres la primera persona en la que pienso”. Recordé lo mucho que había pensado en Pastor al despertarme. Si Luisa había pasado algo igual, podría entenderme mejor.

Comencé sin reservas. Las noticias de que salía con Pastor le habían llegado ya. Córdoba es una ciudad chica y siempre hay conocidos que te encuentras y que están dispuestos a contar todo a los demás, más en el DIF. Tenía un tiempo de no ver a Luisa como psicóloga. Entre el trabajo y que me sentía muy bien, obvie pasar con ella.

Cuando terminé mi exposición, Luisa me dijo que por un lado estaba bien que me hubiera entregado a una relación, que luego de mis experiencias pasadas era lo mejor para ir disipando los miedos. Que al saber el panorama de la partida de Pastor, fue buena idea no decir nada de mí, que era mejor que tuviera un buen recuerdo y que por un riesgo de último momento pude perderlo.

Me habló de que la vida no acaba. Que 17 años era un comienzo. Que faltaba tanto. Aún con ello le dije que me dolía mucho. Ella me dijo que sí, que duele, que el amor cuando se deja ir puede doler toda la vida. Que desprenderse de lo que amamos siempre será terrible. Sin embargo, a veces es lo mejor. No sólo para el otro, sino para una misma.

En verdad quería entender lo que Luisa me decía. Sentirlo. Mi razón

estaba nublada. Ella lo notó y se acercó a mí. Me abrazó y me dijo: <<Estarás bien, yo estaré aquí cuando lo necesites. Y ya sabes que por hacer tu servicio social aquí tienes pase gratis>>. Me hizo sonreír con eso último y le agradecí. <<¡Mira, logré que sonrieras! Eso pretendía>>. Le di las gracias y me retiré. La señorita Minerva me esperaba.

Bajé. Iba a ir directo al área de trabajo social, pero tenía ganas de ir al baño. Así que subí al área de farmacia y consultorios médicos, donde estaban los baños para mujeres. Casi no me gustaba ir allí. La señora de la farmacia me era desagradable. Siempre enojada y controladora de todo. El baño lo tenía bajo llave siempre para que sólo pudiera acceder el personal. Así que tenía que ir con ella para que me diera la llave o me abriera.

Llegué a su lugar. No estaba. Miré a todos lados. Me dirigí al baño. Toqué la puerta. Nadie contestó. Di vuelta al picaporte. Estaba abierto. Así que entré. Me dispuse a sentarme como siempre lo hacía, aunque con mis genitales tuviera la “ventaja” de poder hacer de pie. Nunca lo hacía de esa forma. Cuando estaba terminando, la puerta a la cual había puesto seguro se abrió. La señora de la farmacia con llaves en manos hizo a entrar y me vio de lleno. No alcancé a reaccionar. Me vio con la boca abierta. Primero impresionada y luego con asco. Salió corriendo. Me apresuré a acomodarme la ropa. Escuché sus gritos. No distinguía lo que decía. Era como si mi sentido auditivo se hubiera cerrado y me negara a oír.

Salí. Las personas que esperaban ser atendidas por los médicos voltearon a verme. La doctora Bertha salió a ver qué pasaba. Miró a todos lados interrogativa. Me vio queriendo preguntarme. Moví mi cabeza negando, tratando de evadir me dijera algo. Se volvió a escuchar el grito de la farmacéutica en la parte de abajo. No sabía qué hacer. Bajé con miedo. Me temblaban las piernas. Casi me caí. Al terminar de bajar y llegar a la altura de la oficina de la señora Lucía Arpa, la señora de la farmacia salió de ahí a los

gritos: <<¡Mire, ahí está, ahí está! ¡Es hombre, yo lo vi, yo lo vi, es hombre!

Todos voltearon a verme. La señora Lucía salió y me vio. Me gritó que pasara a su oficina. Sentí un flashazo en la cara. Un fotógrafo del periódico “El Astro se Córdoba” me retrató. Entré a la oficina con la cabeza baja. La señora azotó la puerta. Sin darme cuenta cómo y sin poder intervenir, la señora de la farmacia me subió la falda y me bajó la ropa interior sin que pudiera hacer nada. Estaba paralizada. Cuando todo se hubo descubierto, como pude reacomodé mis ropas y quise huir. La señora de la farmacia se interpuso.

<<¿Qué te has creído? ¿Por qué nos has engañado diciendo que eres mujer? ¿Cómo te has atrevido a burlarte de mí? ¡De mí, que te abrí las puertas! Esto es un delito muy grave. Le hablaré a mi marido a que mande policías y te encierren>>. Tomó el teléfono y marcó a su marido, el alcalde de la ciudad. Palidecí. No tenía ni mi celular en mano para hablarle a mi papá.

Cuando al fin le pasaron a su esposo le expuso la situación con mucha histeria. Luego de ello parecían discutir. Lo poco que capté fue cuando su esposo le gritó a tal grado que escuché que le dijo: <<¡Déjate de griteríos!, tus histerias me van a costar un día el puesto. Déjale ir y luego arreglamos el asunto sin escándalos>>. ¿Sin escándalos? Era tarde. Me habían fotografiado y escuchado cuando la señora de la farmacia me llamó “hombre”.

Tocaron la puerta. La señora había colgado el teléfono. Dijo a la farmacéutica que se asomara a ver quién era. Edgar, el chico de comunicación social, sin pedir permiso, entró. Pensé que me miraría con reproche. No lo hizo. Se dirigió a la señora Arpa y le dijo que reporteros estaban afuera y habían escuchado todo desde el principio. Que era inútil querer callarles a estas alturas o decirles que se retiraran.

<<Saca a esta cosa de aquí como puedas, que no le tomen fotos y que

pasen. Les ofreceré dinero>>, dijo señalándome y con un gesto de asco. Edgar negó con la cabeza. <<¿Me cuestionas?>>, le inquirió la señora. <<No. Pero a como veo el asunto, no creo que esto se calle con dinero. Sacaré a Karol de aquí y usted llámelos de inmediato a su oficina. Así ella se podrá ir sin tener que dar declaraciones>>. Ella le ordenó proceder así y él me tomó en sus brazos y me dijo que agachara la cabeza para que no fuera retratada una vez más. Salimos. Los reporteros esperaban e intentaron fotografiarme. Edgar me protegió. Oí a la señora ordenándole a los reporteros que entraran si querían alguna declaración. Obedecieron y cuando terminaron de entrar, se cerró la puerta. Edgar me soltó y fui por mi mochila sin mirar a nadie. Edgar me acompañó hasta la esquina y me dijo que intentaría que no saliera perjudicada en los medios de comunicación. Le di las gracias y me eché a correr. Corrí hasta llegar a la casa. Para entrar. Para llorar. Para darme cuenta que por fin había sido expuesta y me expondrían ante todos de la manera que nunca pensé. Dejé de ser un secreto. Todos en Córdoba sabrían que soy transexual.

Capítulo 59

Mamá habló a mi papá. No estaba en la oficina. No contestaba el celular. Las horas me torturaban. Luego de tres intentos a lo largo del día dejamos de marcar. Mi mamá le dejó mensajes en el celular.

Lloraba sin cesar. Entre la impotencia. El pensar que la noticia le llegaría a Pastor y me despreciaría. Que en mi escuela ya no me admitirían. Que mis compañeras me juzgarían y que en el DIF me despreciarían. Era demasiado. Estaba cansada de sufrir. ¿Qué le pasaba a la sociedad? ¿Por qué me dejé humillar de esa forma por la farmacéutica? Levantarme de esa forma la ropa. No dejarme explicar.

Los minutos pasaban. Estaba en el mueble junto a mi mamá cuando el timbre sonó. Mi mamá salió. Al ver a la persona le dijo: <<¿Qué hace usted aquí? ¿Viene a humillar más a mi hija?>> Me asomé. Vi una silueta femenina con uniforme del DIF. Al terminar de incorporarme la reconocí. Era Luisa. Corrí y la abracé. Le dije a mi mamá que era Luisa, que era la psicóloga que me atendía en el DIF, que ella estaba conmigo. <<¿Verdad que estás conmigo Luisa?>>. Besó mi frente y me dijo: <<Siempre>>.

Mamá Ana se disculpó. La hizo entrar. En eso sonó el teléfono. Mi mamá corrió. Era mi papá. Le contó lo ocurrido. Él le dijo que llegaría lo más pronto posible.

Nos sentamos en el comedor. Mamá fue a preparar café para Luisa. Me contó que luego de irme salió. Que las murmuraciones le dieron entender que pasaba. Que habló con la señorita Minerva y la puso al tanto. <<Sospechaban que yo sabía lo tuyo. Sólo que callaron. No sé decirte cómo se sentía cada uno de primera impresión con lo ocurrido. Pero te conocen, saben que eres una buena persona. Si es necesario daré una plática del tema para el personal>>.

Después me contó que permaneció ahí en trabajo social, esperando salieran los reporteros. Que el resultado saltó a la vista cuando escuchó los gritos. Los reporteros salieron murmurando maldiciones y la señora Arpa gritándoles que eran unos miserables, que necesitarían el dinero y que regresarían rogando.

Suspiré. La señora había arruinado más las cosas. ¿Qué sucedería al siguiente día? A la hora de haber hablado mi mamá con mi papá, él llegó. Me sobresalté. Nunca se hacía tan poco tiempo. Temblé de imaginar la velocidad con la que condujo de regreso. Eran las 8 de la noche. Entre Luisa y yo le contamos.

Mi papá dijo que tenía que ir al periódico a negociar. Quería ir sólo, y le dije que no. Que quería enfrentar la situación con él. Mi mamá y él se miraron. Luisa intervino diciéndoles que era mi batalla y que debían dejarme participar. Los cuatro abordamos el coche y nos dirigimos al periódico.

Al llegar, mi papá preguntó en la recepción por el jefe de redacción. Nos hicieron esperar unos minutos. Un señor mal en carado, moreno, de pelo y bigote canoso y de unos 60 años de edad apareció presentándose como el jefe. Mi papá expuso nuestro asunto. Al ver la naturaleza de ello, el señor nos invitó a sentarnos y nos escuchó con atención.

La terminar dijo que la nota ya se había imprimido y que no iban a modificar nada. Mi papá le dijo su cargo y le expuso que si no quería enfrentar problemas mayores, se abstuviera de seguir con la edición. El jefe de redacción le dijo que, si en algo nos servía de consuelo, la nota estaba evocada a la prepotencia de la presidenta del DIF y su acto de discriminación. Que ya se habían cansado de que ella siempre quisiera comprarlos y que al hacerlo siempre quisiera humillarles. Que con el alcalde habían podido negociar otras veces, pero que en esa ocasión, aunque él mismo había pedido de manera directa no publicaran nada del caso, no accedieron.

<<Eso no es consuelo de nada. Van a dañar la integridad de mi hija. Ella es menor de edad y no tienen derecho a exponerla así>>, le dijo mi papá. <<Lo más que puedo hacer por ustedes es darles derecho de réplica, sería mañana, ya con la edición impresa y ustedes imputando lo dicho. No hay otra forma>>.

Vi en mi papá una cara de odio que no me gustaba. Me asustaba. Lo tomé del brazo y le dije: <<Deja papá, que pase lo que pase. No voy a declarar nada, porque no quiero hacer circo. Tarde o temprano se sabría. No es la mejor forma. Pero ya estoy cansada de ocultarme. Ya mañana enfrentaré todo como sea. No estoy sola, los tengo a ustedes. Se acabó>>.

Papá quiso decir más. Quería protegerme. Mamá también. Luisa era la única que me estaba entendiendo. Periódico o no, ya no había nada que ocultar. <<Permítame decirle, “joven”, que si quiere decir algo sobre el hecho, las puertas estarán abiertas en este periódico. Ah, y será mejor que vayan también a El Universo, ellos manejarán la nota>>. Dijo el jefe de redacción. Mi papá le vio amenazante cuando se dirigió a mí como “joven”. <<A mi hija no la trate usted de “joven”, diríjase a ella como señorita. Y si en verdad quiere dar replica, empiece por investigar que es la transexualidad. Sus estúpidos reporteros, ni usted, creo que entiendan la diferencia de la una persona transexual con una homosexual>>. EL jefe de redacción le dio las “gracias” con un dejo de sarcasmo. Luisa intervino diciendo que lo que decía mi papá era cierto, que si deseaban hacer un reportaje sobre el asunto, que ella era psicóloga y podía hablar del tema con toda autoridad. Dicho eso, nos fuimos.

Papá quería ir a El Universo. Le dije que no tenía caso. Mejor dejar que fluyera todo. Mi papá, nada convencido me hizo caso y fuimos a dejar a Luisa a su casa. En el camino me dijo que si necesitábamos su intervención en la escuela, ella podría ir. Mi mamá le agradeció. Mi papá manejaba en

silencio. Luisa aconsejó que por lo menos tres días no fuera a la escuela. Que dejara que el impacto bajara. Que para presentarme fuera acompañada de mis papás y que habláramos con la directora. Que no podía rechazarme. Yo estaba a menos de un semestre de terminar el bachillerato. La convocatoria para examen en la Universidad Veracruzana ya había salido y por esos días tenía que buscar mi ficha para el examen de admisión. No podía perder la oportunidad. Le hablé de ello y mi papá dijo: <<Será mejor que estés un año sin estudiar>>. Me extrañó eso, y le dije a mi papá un poco molesta que no dejaría la escuela por lo ocurrido. <<El bachillerato lo terminarás. Sin embargo, será mejor no entres enseguida a la universidad. Confía en mí. Te lo explicaré en su momento. En tu cumpleaños. Para que estés más tranquila sacarás la ficha y harás el examen si lo deseas. Te daré otra opción y tú sabrás si la tomas. Será tu regalo>>.

No tenía idea a qué se refería mi papá y no tenía fuerzas para pensar mucho en ello. Le dije que sí. <<Te amo hija. Créeme, quiero lo mejor para ti>>. Toqué el hombro de mi papá. Él nunca me había fallado. No tenía que desconfiar.

Llegamos a casa de Luisa. Le pregunté antes de que bajara que con quien vivía. Me dijo que sola. Que luego de estudiar quiso alejarse de su mamá. <<No todos tenemos la bonita relación familiar que tú tienes Karol. Agradece mucho eso. Buenas noches señores. Estaré al pendiente de Karol para lo que necesite. Por las tardes cuando salga del trabajo, si me necesitan, llámenme>>. Le agradecimos y partimos a casa.

Capítulo 60

*Un duelo salvaje advierte,
lo cerca que ando de entrar,
en un mundo descomunal,
siento mi fragilidad.*

Lucha de gigantes
Antonio Vega

Al día siguiente me quedé en casa. Mamá Ana compró los periódicos. La primera foto que me tomaron cuando recién bajaba del baño era la que aparecía. Salía yo de perfil. Papá había comentado que si exponían de lleno mi identidad podíamos demandarlos, porque yo era aún menor de edad. Difuminaron un poco mi rostro y mencionaban mi nombre sin apellidos, con ese par de detalles se protegían. Pero se veía el uniforme de la escuela, no sería difícil descifrar quién era yo para quienes ya me conocían. El titular decía: “Presidenta del DIF arremete contra joven travesti”. Hice una mueca. En el contenido se podía leer:

La presidenta del DIF de Córdoba, con exaltación discriminó a joven travesti que hacia su servicio social ahí. Ante el desconcierto de no saber la verdadera identidad del joven, la encargada de farmacia, Hilda Martínez, señaló al joven y le hicieron pasar a la oficina de la señora Lucía Arpa. Los gritos de ambas dejaban ver que su actitud fue violenta y que el joven fue agredido de manera verbal. El chico travesti responde al nombre de Karol y al parecer es alumno de una escuela de mujeres, donde debe haber entrado con documentación falsa, la cual no nos fue facilitada para su corroboración por la institución.

Pero lo que llama la atención es la actitud de una funcionaria pública que, en lugar de actuar con prudencia y coherencia, exhibió al joven, además de intentar callar con dinero a fotógrafo y un servidor, reportero de El Astro

de Córdoba. Ante este acto de violación a los derechos humanos del joven, se hace un llamado a las autoridades correspondientes a actuar conforme a ley.

El travesti, asimismo deberá explicar la suplantación de identidad, ya que, al usar documentos oficiales con el sexo de mujer, debe estar infringiendo la ley. El Oficial del registro civil declaró que, si los documentos fueron sacados por los padres, habría que determinar la culpabilidad de los padres en los hechos.

Se investigará a fondo el asunto y estaremos atentos para informar.

¿Infringir la ley? ¡¿Pero qué les pasaba?! Mi papá tuvo razón en no ir al trabajo. Desde temprano salió sin decirnos a dónde, sólo que no iría a trabajar. Para medio día mi papá regresó.

<<Fui a platicar con el alcalde. Le dije nuestra situación y le indiqué mi posición en la PGR. Que si quería pasar a otro nivel lo acontecido lo investigaría a fondo. Si algo sucio tenía lo descubriría y lo expondría>>. Nos dijo papá. La reacción del alcalde, según nos contó, fue de contrariedad. Pensó que él sacaría relucir su poder político. En cambio, estaba mortificado por la actuación de su mujer. Que muy a su pesar, el asunto había llegado desde temprano a gobierno del estado, y que se pidió la destitución de su esposa al cargo, así como el de la señora de la farmacia. Lo que les interesaba era recuperar la imagen quebrantada de la institución. Que estaban en año electoral y que no querían se viera más perjudicada la imagen del partido.

Papá nos pidió una disculpa por ir de esa manera, sin avisarnos, pero que tenía que tratar de razonar sin ninguna intervención. Los términos en que quedaron eran claros. Se anunciaría en su momento la sustitución de su esposa al cargo, alegando problemas psiquiátricos de ansiedad y estrés. Que no harían ninguna otra declaración a los medios de comunicación, aunque ello no aseguraría que no siguieran hablando del tema. Que se intentó “razonar” con los medios sin resultados positivos.

Le aseguraron a mi papá que darían los papeles firmados por mi servicio social, pidiendo discreción.

Una parte estaba resuelta. Quedaba la escuela y ver que aparecía en los medios los días siguientes. No quise esperar. Era medio día y aún se podía ir a hablar con la directora. No podía con la incertidumbre. Mis papás estuvieron de acuerdo y fuimos a la escuela.

Era la hora de la salida. Varias compañeras marchaban a casa. Ninguna me vio raro. El periódico apenas había salido en la mañana y no se enterarían hasta llegar a sus casas.

Entramos. La directora parecía esperarnos. Mi documentación estaba en su escritorio. Nos invitó a sentarnos y sin rodeos dijo: <<Lo siento, no podemos seguir teniendo a Karol aquí. Esta es una escuela de mujeres, y al no serlo en verdad, me veo en la necesidad de pedirles se retiren con sus papeles. Es algo definitivo>>.

Mi mamá reflejó una impotencia y lágrimas retenidas. Mi papá una ira que estaba conteniendo. Me adelanté a ellos y hablé: <<Usted me conoce. Han pasado casi tres años. Ha visto en mí a una joven como las demás. Así me he comportado, porque lo soy. Soy transexual, es verdad. También es verdad que por ser menor de edad no he podía acceder a una operación de reasignación de sexo. Mi cuerpo, mis facciones, mi piel, y lo más importante, mi alma, son de una mujer. No he engañado a nadie, sólo he externado mi sentir y mis papás me han acompañado a transitar al sexo al cual siento pertenecer. Estuve desde pequeña en tratamiento psicológico. En la pubertad, en tratamiento hormonal. No soy falsa, créame. Soy real. Lo más fácil sería retirarme de aquí con mis papeles y terminar en una institución que de sistema abierto. Sin embargo, tengo derecho a esta educación. En mis papeles no hay engaño y no hay delito, soy mujer. No está contemplado en la ley estas situaciones, al no estarlas hablamos de un vacío legal. Yo soy ese vacío.

Y vivir como mujer desde temprana edad ha sido una bendición. Mis papás me han dado todo. Ellos siempre hablan en lugar mío. Hoy hablo por mí. Usted sabe que soy una alumna destacada. Sé que seré una polémica con mis compañeras. Falta ya poco para terminar el año y salir de aquí. Sea abierta. Esta escuela puede ser una muestra de apertura a personas diferentes. Créame. No dañaré a nadie>>.

La directora bajó la mirada. Meditó su respuesta. No esperaba una objeción mía con esos argumentos. Por primera vez sentí que la niña en mí moría y la mujer surgía. Mis papás me miraron con orgullo. <<¿Y bien, maestra?>>, dijo mi papá. <<Será muy difícil explicar esto a las alumnas. A los padres>>. A la respuesta de la directora, le dije que mi actual psicóloga, Luisa, estaba dispuesta a dar pláticas para concientizar sobre mí, sobre la transexualidad. Le di su número. Lo tomó diciendo que no prometía nada. Que mi presencia en la escuela podría ser motivo de deserción ante la inconformidad de algunos padres.

<<Podemos..., quizás puedas terminar desde tu casa. Es lo que te puedo ofrecer, Karol. Se te mandaran las evaluaciones y con honestidad las contestaras. Se te darán tus papeles, sólo que tendrían que guardar silencio sobre el asunto. Es todo lo que puedo hacer por ustedes>>, nos dijo la maestra y guardó mi expediente. Miré a mis padres. Yo quería seguir asistiendo a la escuela. Pero al ser particular, se le veía como un negocio y yo no era conveniente a ese negocio. Alegar discriminación ante la Comisión de Derechos Humanos no era viable, pues sólo tenían injerencia en instituciones de gobierno.

La vida estaba siendo injusta. Demasiado. Iba decir que sí con resignación. Me detuve y dije a la maestra: <<Un favor más. Acepte las pláticas de mi psicóloga. Por favor. No quiero que quede una mala imagen de mí. Quiero se sepa sobre la realidad de mi caso. Que mis compañeras sepan

por un experto. Que los prejuicios no sean quienes les hagan verme de tal o cual manera. Por favor. Luisa no les cobrará. Acepte el ofrecimiento de ella y llámele>>.

La directora me vio. Mi convicción y mi fe en que Luisa, podía dejar al menos una semilla en el colegio, era grande. <<Está bien Karol. Será así. Al menos te debo esto ante la situación>>.

Nos despedimos. Nos dijo que ella mandaría los exámenes puntuales. Que me preparara. Le agradecí y nos fuimos.

Capítulo 61

—Creo que estoy llegando al punto final de mi historia —le dije a mis madres.

Las tres estaban impactadas. Sin habla. Incluso Daniela se veía perturbada. Luego de un silencio grande fue ella la que reinició la conversación:

—Después de esa nota en el periódico sólo salió una más, comentado que la directora de tu escuela se negaba a dar declaraciones y que tú habías sido invitada a contar la historia desde tu punto de vista.

—Sí... Pero por el acuerdo de mi papá con el alcalde, preferimos no decir nada. Han pasado los días y me sigue dando vuelta la cabeza de declarar algo. Quizás lo haga antes de... Bueno, hay más que debo decirles —les dije.

Luisa y yo hablábamos por teléfono a diario. Me contó que le llamaron de mi escuela. En el DIF comentó que le habían invitado a dar platicas de sexualidad en ella. Al ya no estar a cargo la señora Lucía Arpa, no tuvo problemas de ir.

Me contó que mis compañeras estaban muy interesadas. Algunas opinaron que era injusto lo que me habían hecho. Que a raíz de lo que salió a la luz entendían el porqué de mi mutismo, de mi retraimiento y el mantenerme lejos de ellas.

A la semana Luisa fue a visitarme. Me avisó y la esperé. Al abrir la puerta me sorprendí. Varias de mis compañeras llegaron con ella. No podía creerlo. Las invité a pasar. Todas me abrazaron muy afectuosas. Fueron momentos muy lindos. Me dijeron que estaban conmigo. Que habían ido a hablar con la directora para que me admitieran de nuevo. Que fue inflexible a las suplicas de ellas. Que habían decidido turnarse a ir a mi casa

para ayudarme con las tareas y lo que hiciera falta.

Nunca en toda mi vida escolar hubiera imaginado tal reacción. Tan ocupada estuve en ocultarme, que no vi la posibilidad de ser aceptada. Eso sí, no me vi libre de preguntas. Algunas casi “morbosas”. Respondí a todas. Sabía que las exposiciones de Luisa no eran suficientes, que, si quería más apertura en ellas, debía contarles desde mi experiencia.

Desde entonces no han faltado en mi casa compañeras que me visiten. Bueno, no compañeras, sino amigas. Empezaba a tener amigas reales, que estaban conmigo. Que me seguían tratando como Karol y que me daban su apoyo.

En mi cumpleaños 18 me acompañaron. Se realizó un día antes en la casa, pues el domingo tenía planeado estar con mis tres madres. Ha sido mi primer cumpleaños con personas fuera de mi familia, sin contar a Saulo. Luisa estuvo ahí. Incluso la señorita Minerva y Edgar, quienes se habían interesado por saber cómo estaba, llegaron con ella. Me dijeron que sentían mucho lo sucedido, que para ellos yo era una compañera de trabajo y que no les importaba si otros no pensaban así.

Bendiciones estaban ante mí. No veía la forma en que mi cumple pudiera mejorar. Hasta que mis papás, ya por la noche, cuando todos se habían ido, lo hicieron. Esperé su regalo en todo el día, y ellos pusieron a prueba mi paciencia diciéndome que antes de dormir me lo darían.

No pude creerlo cuando mi papá y mi mamá lo dijeron. ¡Fue lo más increíble!

Capítulo 62

—Mis papás me dijeron que tienen todo listo, para que en verano me realicen mi cirugía de reasignación de sexo.

—¡En serio! ¡Bendito sea Dios pequeña, bendito sea! —exclamó Amalia.

—¡Ay, felicidades hija! —me dijo Dulce.

Daniela sólo se puso de pie y me incitó a hacerlo también. Me abrazó. Luego Amalia y Dulce se nos unieron. Después de tantas lágrimas durante el día, debido a los recuerdos, era un respiro la noticia para ellas. Nos separamos y me pidieron detalles.

Les conté que en años anteriores habíamos platicado sobre la posibilidad de mi operación. Habíamos visto por internet a doctores de Tailandia, como Suppor, Chettawut y Kamol, los mejores del mundo para este tipo de operaciones, al parecer. Mi papá nunca se quedó convencido de ir allá. Así que, cuando me dijo que había hecho los arreglos, me comentó que optó por un doctor que vimos en un programa de televisión, de la clínica IMA, en Barcelona, España, llamado Naín Landeros. Mi papá quería entenderse en español con él y no tener que usar el inglés y luego comprender mal alguna cosa importante.

Cuando mis papás me dijeron que ya habían cotizado costos, estancia y requerimientos, sólo faltaba mi consentimiento para hacer el depósito del 50% para apartar fecha y comprar los boletos de avión.

—Por supuesto que dije que sí, saltando de alegría. No podía creerlo. A eso se refería mi papá con lo de perder un año de universidad. Por mi estancia allá, y por el tiempo de recuperación.

Capítulo 63

Mis tres mamás estaban felices por mí. El día finalizaba. Por las ventanas se asomaba lo azul que preside la noche. Las luces de la calle nos llegaban. Era mágico todo. Sentía que todo lo que ellas me contaron y lo que yo les conté, hacía que mi vida embonara con perfección. Que me iba sintiendo completa. Hablar me había dado tantas reflexiones. Platicar con anterioridad algunas cosas con Luisa me había ayudado. Mucho. Aunque no de la manera que experimenté con ellas.

Se acercaba la hora de que mis papás fueran por mí. No deseaba irme. Presentía que mis mamás me habían guardado algo y no me equivocaba. Las tres me miraban como queriendo encontrar las palabras correctas. Fue Amalia quien se adelantó a Daniela, que ya estaba por hablar:

—Karol. Hay algo que tenemos que decirte y que queríamos guardar hasta el final. Tus papás no deben tardar y no queremos dejarte ir sin decirte esto último

—Sí, Karol. Es sobre tu mamá —intervino Daniela.

—¿Qué más podría ser hijo?, digo, hija, hija —dijo Dulce—. Te hemos guardado esto unos años. Hoy al ser mayor, ya nos es posible completar lo que te dijimos al principio sobre tu mamá. Porque hay más.

Las miré sorprendida. Creí que todo estaba dicho. A menos que Daniela supiera la identidad de mi madre. Pues ella fue la única que la vio de cerca. Sin más rodeos Amalia continuó:

—Tu mamá vino aquí cuando cumpliste 15 años. El día exacto en que lo celebramos. El día de tu llegada. Cuando la vimos Dulce y yo no la reconocimos. Nos dijo que quería preguntarnos sobre una adopción. Creímos que estaba interesada en adoptar a alguna de las niñas. No. Quería saber sobre tu adopción. Sí seguías con nosotras.

—En la sala de recibir la sentamos —dijo Dulce—. Yo fui a la cocina donde estaba Daniela. Era medio día y se ocupaba de lavar los trastos con las niñas. Le dije de nuestra visita. Le preparé un café, y cuando estaba listo, me acompañó. Al acercarnos, Daniela la vio de perfil y la reconoció. Me miró a mí como queriendo decir la identidad de ella. Yo no comprendí. Así que avanzamos y la enfrentó.

—<<Creí haberte preguntado si estabas segura de lo que hacías>>, le dije por bienvenida —inquirió Daniela—. Estaba sorprendida de verle. Era la primera vez que nos ocurría algo así.

—Yo miré a Daniela preguntándome a qué se refería —dijo Amalia—, no tuve que esperar mucho la respuesta. Tu madre empezó a hablar y decirnos sus motivos. Deseaba saber sobre ti, si habías sido adoptada, que si era posible tener contacto contigo, que ella era una niña dominada por su madre y que su padre, aunque le apoyaba, nunca tuvo valor para enfrentar a su esposa, así que asentía a todo lo que ella dispusiera. Que por años quiso venir al orfanato. Recuperarte. Y que no sabía cómo. Que estudió y soñaba con terminar sus estudios, trabajar y venir. No lo hizo pensando en tu rechazo. Que luego de mucho batallar consigo misma, vino.

>>Por supuesto que le dijimos que no era posible darle informes de ti. Que iba contra la ley. Que habías sido dada en adopción desde temprana edad y que no sabíamos de tu paradero. Claro, mentimos, pues sí sabíamos. Pero el protocolo no nos dejaba dar ni siquiera pistas. Aparte, tú has sido la luz de tus padres. Tú los amas y ella no tiene derecho a perturbar la felicidad de tu familia. Aunque... luego de escucharle, de oír su tono de desesperación, nos ablandamos un poco. No dimos informes, eso no.

>>Nos siguió contando más. De sus noches de angustia. De cómo salió adelante. Se casó. Y aun con ello su vida estaba incompleta. A pesar de ser tu mamá, no se parecen mucho. Tú debes haber salido a la familia de tu papá.

Por cierto, le preguntamos de él, de quién era. Nos dijo que no valía la pena hablar de quien no le quiso responder en su momento. Fue un joven mayor que ella, de 24 años, que la ilusionó para entregarse a él y que la llenó de sueños. Cuando ella se supo embarazada y le dijo, él la rechazó y no quiso volver a saber de ella. La despreció. Como sus padres nunca aceptaron la relación que tuvo con él, ni se les ocurrió denunciarlo, mucho menos pensar en obligarlo a casarse, pues tu mamá era aún menor de edad. Sólo querían que ella se deshiciera de ti.

>>Nos dijo que la llevaron fuera. Su familia era acomodada y había medios. La tuvieron en el Distrito Federal en lo que duró el embarazo. Nomás de nacer tú, no dejó te apartaran de ella. Su mamá, o sea, tu abuela, estaba firme en darte en adopción. Pero la actitud de tu mamá era de que no. Con engaños y promesas falsas regresó a Córdoba con su papá. Su mamá se había adelantado mucho antes del parto, por compromisos sociales, los cuales le eran más importantes que su hija. Fue cuando visitó este orfanato. Lo cual ya te contamos.

>>Tu abuela amenazó a tu mamá, que te haría la vida más imposible que a ella. Incluso le golpeó, y luego de ver que seguiría estando presa en su casa, y que tú con seguridad pasarías lo mismo, terminó cediendo, sabía que las amenazas serían una realidad. Nos dijo que reflexionó sobre su infancia, siempre sola, con criados. Con sus papás siempre fuera. Con la estricta vida que le exigían. Con golpes en sus manos cuando hacía algo mal. Por la tortura psicológica a la que era sometida, por no comportarse a la altura de la clase alta de la sociedad.

>>Por ello accedió a darte. Pensó en que tendrías más posibilidades con padres adoptivos. <<Unos padres que te escogen, son más grandes que los padres que te tienen, porque su deseo de un hijo es honesto>>, nos dijo. Añadió que no quería intervenir en tu vida, sólo saber de ti, que lo que hizo

fue un sacrificio para ella. Que te amaba aun cuando no te conociera y que al menos le gustaría verte en fotografía.

—Quisimos darle una esperanza. Nos mirábamos sin saber que decir —mencionó Dulce—. Fue duro escucharla, porque en su voz se oía sinceridad. Debe habernos visto acongojadas, pero firmes en el no, pues luego de ello nos dijo: <<Entiendo, entiendo. No merezco irrumpir en su vida. No lo merezco. Temía esto. Por ello escribí esta carta. Está sin sellar. Quiero que la lean, la vean. No dice mi nombre, no dice el nombre que le di a mi hijo al nacer, no hay referencia alguna. Sólo es una confesión de una mamá frustrada, que dejó ir su vida y que a pesar de construir una con el tiempo, sigue vacía por esa pieza que le falta. Mi hijo>>. Nos extendió la carta y pidió la leyéramos.

—Tal y como lo dijo, no tenía ninguna referencia a su nombre, ni como localizarla. Nada con lo que tú pudieras saber más de ella —dijo Amalia—. Le pedimos espacio para hablar entre las tres el asunto. Nos retiramos a la cocina. Discutimos por no sé cuantos minutos.

—Concluimos en que tenías derecho a la carta y saber sus palabras —terció Daniela—. Que en tu mayoría de edad te sería entregada. Eso dijimos a tu madre. Ella aceptó y se retiró. Hoy es el día. Y esta es la carta.

Sacó entre sus ropas un sobre blanco con algunas manchas amarillas por estar guardado durante tres años. Me lo extendió. No sabía si tomarle o no. Tuve miedo. Sabía que lloraría con lo que había ahí. Ya quería hacerlo.

Era increíble como creí, minutos antes, que mi vida estaba acomodada, y como aquella última revelación me movió las piezas del pasado. Mi mamá. La que me abandonó. Ella me había buscado. Me dejó por una razón. Quizás no estaba lista para perdonarla, pero sí quería. Deseaba leer lo que preparó para mí. Mi mamá... ¿Por qué mamá? Aun con las explicaciones de Amalia, Dulce y Daniela, me seguía cuestionando.

Hasta ese día había podido vivir sin ella. Sin averiguar nada de su vida. Era verdad que fui al orfanato a saber más de mi origen, sin embargo, no me esperaba algo así. Creí que los detalles de mi llegada eran todo.

¿Tenía derecho mi mamá a que leyera lo que dejó para mí? No sabía. No lo supe qué hacer. Daniela vio mi titubeo.

—No estás obligada a leerla Karol. Podemos seguir guardándola para ti, para cuando estés lista.

—No es eso, Daniela. Yo... No esperaba esto. No estoy lista para leer las palabras directas de mi mamá. No sé cuándo pueda estarlo. Una parte de mí sí quiere. Otra, sólo quiere continuar sin pensar en ello. He tenido tanto en mi vida que tengo miedo por lo que mi corazón sentirá con cada palabra.

—Entonces, ¿la guardaremos o destruiremos? Tú decides.

—¡No! Destruirla no. Por favor. Dámela.

Daniela la extendió y la tomé. El sobre se sentía rugoso. Traté de ver las palabras a través de él. Estaba sellado. Lo puse entre mis piernas. Lo contemplé como hipnotizada. Quise correr. Dejar el sobre tirado y olvidar el día. Me volví a sentir derrumbada.

Los cimientos que sentí firmes se movieron. Pendían de una carta que me llegaba muy tarde. A mis quince años no lo hubiera pensado tanto. Qué bueno que ya no era así de impulsiva. Miré a mis tres madres. Me llegó un mensaje al celular. Eran las 7:30 de la noche. Mis padres me esperaban afuera.

—Mis papás llegaron. No leeré la carta hoy. No por falta de tiempo. Lo de menos sería decir que me esperaran en el coche. La verdad es que no estoy lista. Sin embargo, quiero llevarme la carta conmigo. Quiero leerla cuando Dios me lo indique —sus ojos parecían brillar al escucharme—. Sí, he dicho Dios. Luego de todo lo que hemos puesto sobre la mesa hoy, siento que puedo creer en él. Las mamás saben lo que es mejor para sus hijos, y ustedes

me han hablado de Dios y quiero aceptar a Dios, como lo hacen ustedes, a pesar de haber padecido tanto. Que le agradezco a él por tenerles, por nunca haber perdido el contacto, porque me acepten en esta casa hogar, por lo que me han enseñado, por revelarme tantos secretos, por escucharme. Por actuar como verdaderas madres.

>>Mamá Ana, aunque silenciosa, también ha estado conmigo, ha sabido cuidarme cuando he enfermado, en mi tristeza, ha sabido no dejarme morir, se ha preocupado y ha sabido enseñarme a ser prudente. Quizás esta otra mamá —levanté el sobre—, tenga algo que aportarme. Pobrecita de ella, sigue pensando que soy un chico. No sé si quiera entablar contacto con ella luego de leerle. Aún no lo sé, quizás...

—Sí así fuera, yo sé quién es y donde localizarla Karol. Si un día quieres y estás lista, las presentaré —me dijo Daniela.

—Gracias lo sé. No me gusta despedirme —me puse de pie—, pero debemos hacerlo.

Las abracé una a una. Me llenaron de besos y yo besé con fuerzas sus frentes. Les debía tanto. Eché la carta en mi bolsa y fuimos a despedirnos de las niñas. Salí de la Casa Hogar Providencia con mucha nostalgia. No me quería ir. Yo siempre sería parte de ahí.

Cuarta parte

Capítulo 64

*When everything starts breaking down,
you take the pieces off the ground
and show this wicked town
Something beautiful and new.*

*Cuando todo empieza a caerse,
tú levantas los pedazos del suelo
y le enseñas a esta ciudad malvada
algo hermoso y nuevo.*

**Wicked little town
Hedwig And The Angry Inch**

Mis compañeras de clase siguieron yendo a mi casa a ayudarme con las tareas, lecciones y con lo que había de estudiar para mis exámenes. En julio mandé los últimos, y a mediados de ese mes me entregaron calificaciones. El certificado me llegaría en 20 días.

No asistiría a la fiesta de graduación, la cual sería el 15 de agosto. No era por evitar ser un “escándalo” para los padres o algunos directivos de la escuela, sino porque el 22 de agosto era la fecha señalada. Nosotros partiríamos una semana antes. Me había practicado muchos exámenes de laboratorio previos. Quizás habría que repetir algunos a mi llegada. No importaba. Había perdido el temor a las agujas, al saber que todos eran pequeños pasos hacia mi reajuste físico.

Luisa me extendió un certificado como psicóloga para presentarlo en la clínica, dando consentimiento a que me fuera permitida la operación. Una segunda evaluación me sería hecha en Barcelona. Me acordé mucho de la doctora Torres. Si siguiera con vida ella hubiera sido quien me extendiera el certificado. Recordaba su abrazo. Pienso que me habría abrazado de nuevo al saber la noticia. De alguna forma ella estaba conmigo. Todo lo aprendido,

cada consejo, en cada crisis... Me pregunté si ella se había operado también. Supe muy tarde que ella era transexual...

Revisaba a menudo el correo. Pastor me escribía muy escueto. Al parecer no se había enterado del escándalo, o le habían dicho y decidió no cortar de tajo comunicación conmigo. En un par de líneas me decía que seguía buscando su oportunidad allá, que esperaba yo estuviera muy bien.

Decidí escribirle y decirle mi verdad. Que iría a España y que quizás podríamos vernos. Claro, eso si él quería luego de saber lo mío. Di muchas vueltas al asunto frente al monitor. Sin darme cuenta el e-mail no lo dirigí a él, sino a más personas, a la sociedad, a los señalamientos que me hicieron. Tenía que decir algo, aun cuando los meses habían pasado. Así que comencé y me dejé llevar:

Mi nombre no tiene importancia. Lo importante es que soy una chica que ha crecido escondiéndose dentro de una sociedad, la cual temí no me recibiera al saber quién soy en realidad. Soy transexual. Tuve la suerte de tener la comprensión de mis padres y que me dieran la asistencia profesional que necesitaba. Me sentía niña, me sabía niña. Nunca pude verme de otra manera.

A veces olvidaba que era diferente. Me perdía en mi supuesta normalidad y vivía de manera muy privilegiada. Eso me hizo ser indiferente a personas como yo. Estaba ajena a una problemática, pues con el tiempo vi que otras trans no tuvieron la oportunidad. Sus padres no las aceptaron y las dejaron escapar, o las corrieron de lo que debían llamar hogar. Yo no entiendo eso, porque sólo he visto amor de mis papás, porque supieron hacerme feliz, me protegieron, tal vez de más, pero siempre estuvieron conmigo.

Fui discriminada por una representante de una institución que debe velar por el desarrollo integral de la familia, de sus miembros, sin importar

su condición social, o como en mi caso, condición sexual. No es mi intención hacer que se hable de nuevo de ese tema en específico, mas no puedo dejar de mencionarlo. ¿Acaso es delito ser quién eres? ¿Es delito ser de piel negra? ¿Ser pobre? ¿Tener síndrome de Down? ¿Ser ciego? ¿Ser alcohólico? Suspiro. Podría seguir con la lista. El punto es que hay una mayoría, y esa mayoría determina quien es aceptado o no. No es justo que los menos seamos ciudadanos de segunda, que se nos cierren las puertas, las oportunidades. No es justo. Sólo queremos vivir.

Yo he vivido sólo 18 años y quiero vivir más, como cualquier otra persona, sin temor al rechazo. En mi caso hay acceso a tratamientos y operaciones, sin embargo, los costos no son accesibles para todos. No pido que la sociedad absorba estos gastos. No pido un programa especial para nosotras. Sólo pido comprensión. Oportunidades.

La primer transexual que conocí fue psicóloga mía. Sí, una mujer transexual psicóloga. La segunda, estilista, y ejerció un tiempo la prostitución. Qué contraste, ¿verdad? Dos extremos. Y ambas están muertas hoy. A ambas las mataran por odio, por esa diferencia.

¿Cómo es posible que una persona que se desenvolvía con normalidad en la sociedad, haya sido víctima de alguien que nos odia por el simple hecho de ser? ¿Cómo es posible que una chica estilista, que luchó por salir de un ambiente tan peligroso como la prostitución, encuentre la muerte después de su esfuerzo?

No, no, no. No lo entiendo. Por eso mis padres cuidaron de que lo mío, no se supiera. Y en el momento menos pensado, con una humillación pública, salí a la luz en esta ciudad. Por suerte sigo viva. Por suerte nadie se ha acercado a mí con agresividad y con intenciones de dañar mi integridad.

No debo vivir invisible cuando ya no lo soy. Por eso estas palabras, por eso ejerzo mi derecho a exponer lo dicho.

No decidimos cambiar de sexo para molestar a la sociedad, para provocar a la iglesia, para atraer hombres, para competir con las que son mujeres de nacimiento. No. No es así.

Es mi vida, y decidí vivirla como me sentía. No tiene por qué ser un pecado, delito o desafío para los demás. No soy una caricatura, un hombre disfrazado, ni una quimera. Soy un ser humano, con derecho a SER. Déjennos ser. El mundo puede ser mejor si respetamos nuestras diferencias. Quiero creer en esa posibilidad, al menos para mi entorno inmediato.

Para las personas de Córdoba, todas mis esperanzas. Gracias.

Terminé el e-mail. El correo escrito para hacer el envío era el de Pastor. Lo borré y busqué en internet el de los periódicos. Dudé. Pensé en mi papá y mi mamá Ana. No en que se fueran a molestar o que su instinto sobreprotector me persuadiera de no enviarle. Pensé en lo que tal vez ellos pasarían con la gente inconsciente. Hasta ese instante no había pensado en que mi mamá ya no le veía conversar con la vecina u otros conocidos. ¿Cuántas cosas habrían tenido que lidiar ellos luego de lo publicado en el periódico? La situación se había tranquilizado, y con mi e-mail podía reavivar todo. No era justo para ellos. Así que decidí hacer una pausa y dejar el correo para enviarlo un día antes de irnos. Pasaríamos dos meses en Barcelona. Mi papá sólo tres semanas por el trabajo. Para entonces, a nuestro regreso, si había reacciones negativas por mi e-mail, estaría la situación apagada. Así que guardé el texto para enviarlo en el momento más adecuado.

Capítulo 65

Un día antes de irnos mandé un correo a Pastor. Lo único que le dije fue:
¿Te enteraste acaso de lo que me sucedió en el DIF?

Era de mañana. Por la diferencia de horarios serían allá como las cuatro de la tarde. A medio día obtuve una respuesta:

Sí. Lo siento mucho. No sabía que decir. No te culpo no decirme. No he sabido cómo hablar del tema, por ello he sido tan breve en mis respuestas. Sigo procesándolo. Sólo no olvides, me eres importante.

Sentí un alivio por su respuesta. Quise escribirle algo especial y sólo le dije que iría a Barcelona para mi operación. Le di datos de la clínica, de mi llegada en el vuelo. Que si él se animaba a verme y si podía, me gustaría hablar en persona. Finalicé y añadí lo que escribí para el periódico, diciéndole que necesitaba mostrar a todos, incluido él, lo que tenía que decir sobre lo ocurrido.

Las maletas estaban hechas. Por la noche mandé el e-mail a los periódicos. Salimos rumbo al aeropuerto internacional de la ciudad de México. De camino les conté mis papás. Llevaba una copia impresa y se las leí. Me dijeron que era muy valiente y que ojalá tuviera el efecto que yo quería dar.

Les sonreí. Pensé en Luisa a quien vi el día anterior. Le di las gracias y ella en respuesta me dijo:

—No me di cuenta cuándo dejé de ser tu terapeuta y me convertí en tu amiga, me da gusto serlo.

Le hablé de la carta de mi mamá biológica. La sentí extrañada y le platiqué como había llegado a mí. Me dijo que algo le había caído mal y se sentía mareada. Le llevé agua y luego de tomarla me preguntó que qué pensaba hacer con la carta. Le dije que no me decidía abrirla. Me sugirió:

—Tú vida va a cambiar en Barcelona. No sólo en lo corporal. Quizá sea allá donde debas leerla. Luego de la operación, que estés repuesta y que estés fortalecida por la emoción, tal vez sea ahí cuando lo que se diga en la carta, pueda encajar con todo lo que ha transcurrido en tu vida. Siempre creí que habías sido adoptada en Puebla, no imaginé que hubieras estado en la Casa Hogar Providencia.

Le conté un poco de mi última visita al orfanato. Le comenté también que quería abrir la carta con ella presente. Me insistió que debía hacerlo sola, que a mi vuelta, si yo quería, hablaríamos de ello.

—¿Por qué no querría? —le dije.

Me sonrió y me abrazó. Me dijo que debía retirarse. Le agradecí y le pedí que se acordara de mí en mi ausencia. Besó mi frente y me dijo:

—Al despertar serás la primera persona en la que piense—. Parecía querer llorar. Comenzó su camino y agitó su mano mientras yo le veía desde la puerta.

Capítulo 66

Nunca había viajado por tantas horas. Lo más lejos que habíamos ido era a la ciudad de México en un par de ocasiones. 13 horas de vuelo. Intenté dormir. No pude. No era miedo. Tenía una ansiedad grande. Parte por la operación, parte por Pastor. ¿Iría a verme?

Pensaba en él y lo imaginaba yendo conmigo al quirófano, tomando mi mano. ¿Por qué soñar con él? No tenía forma de saber si me había dejado una respuesta en mi e-mail. La incertidumbre no es muy buena.

Bajé triste y aturdida del avión. Lo poco que cerré los ojos no era suficiente. Necesitaba descansar. Esperábamos las maletas. Papá dijo que iríamos directo a la suite que había alquilado. Al siguiente día tendríamos que ir a la clínica. Eran las 8 de la noche del tiempo de Barcelona.

El cansancio y la oscuridad me ayudaron a conciliar el sueño, a pesar de ser una cama ajena. Cuando dormía en casa de mis abuelitas siempre me era difícil dormirme por ello.

Por la mañana nos dirigimos a la clínica IMA. El doctor era un hombre como de 35 años. Alto. Muy guapo y con una personalidad envolvente. Nos presentamos y al tomar mi mano me dijo:

—Así que tú eres Karol. Bienvenida. Seré tu doctor. Quiero que confíes en mí en todo. No eres la primera cirugía de reasignación de sexo que haré. Lo importante es que, al salir de aquí, te sientas liberada. Así será.

Le agradecí sonrojada. Me hizo varias preguntas de corte médico. Revisó los exámenes que traíamos. Sugirió volver a practicarme un par. Me pasó al laboratorio. Luego regresé con él y pidió delante de mis padres que me desnudara de la cintura para abajo. Que era preciso ver la cantidad de piel donante para la reconstrucción. Volteé a ver a mis papás como pidiéndoles permiso. Asintieron.

Me quité el pantalón. Me observó. Se puso unos guantes de látex y me dijo que procedería a hacer un estiramiento de mi piel, que sería molesto, mas no tendría que dolerme. Palpó, jaló la piel. Se quitó los guantes y dijo que, debido a mi tratamiento hormonal desde temprana edad, mis genitales no estaban muy desarrollados, que la piel donante no sería suficiente para una adecuada profundidad de la vagina, pero que podía tomar un pedacito de intestino por una incisión pequeña y con ello sería suficiente.

Eso no me agradó. Pensé: <<Un dolor más al despertar>>. El doctor percibió mi temor y me dijo que confiara. Suspiré. No me quedaba más.

Me internaría desde el 21 de agosto a las 9 de la mañana y tendría que permanecer 24 horas sin agua y sin comida. Un ayuno obligado. Alguna vez leí que muchos santos conseguían la gloria por medio del ayuno y lo asocié esto. Pues así me sentiría al despertar. En la gloria. Casi terminábamos cuando el teléfono del consultorio sonó. El doctor lo puso en altavoz. La voz al otro lado le dijo al doctor que un joven preguntaba por mí. ¿Un joven? Sólo podía ser...

Le pregunté al doctor que si habíamos terminado. Me dijo que sí y que si quería salir saliera, que se quedaría charlando un par de cosas con mis papás.

Abrí la puerta. Miré a ambos lados. Fui con la secretaria. Me dijo que a la vuelta en la sala de espera. Corrí. Y ahí estaba. Lo vi. Sentado con la cabeza baja, su pierna cruzada. Su cabello y barba perfectos. Me paralicé. Lo contemplé y sentí que podía quedarme así por siempre. Él levantó la mirada y al verme sonrió. Iba a ponerse de pie. No lo dejé. Corrí hacia él. Lo abracé. Entre sollozos le dije <<Gracias>>.

—Perdóname Pastor, perdóname. Debí decirte. No debiste enterarte de la manera que lo hiciste. Perdona si te engañé. No me guardes rencor. Ya todo se arreglará. Aquí me arreglarán. Estaré completa. No habrá nada que esconder. Nada de qué avergonzarse. Gracias por venir. Perdóname.

Él, como pudo me separó de su lado. Mi corazón se oprimió. Por un segundo me sentí rechazada.

—Siéntate por favor. No tengo nada que perdonarte.

Me senté sin saber que pensar. ¿Estaba siendo frío o serio? Me miró y sonrió. Me dio un beso en la frente.

—Estoy aquí para apoyarte —me dijo—. Eres mi amiga. Más que una amiga. Lo que dejamos en Córdoba allá se queda. No quiero que te sientas culpable de nada. No diré que entiendo del todo. Pero uno está para aceptar, no para juzgar. Si de algo te sirve, aquí estoy.

No sabía si sentirme afortunada o decepcionada. Quizás esperaba él me dijera que no importaba, que seguía enamorado de mí, que veía en mí a la chica de la cual se enamoró.

—Quiero te sientas tranquila. Permaneceré aquí hasta después de tu operación. Tengo familia, unos tíos. Aprovecharé a buscar trabajo en los periódicos de aquí. Quiero estar contigo.

Besé su mejilla. Me abrazó. Estaba claro que aún me quería, aunque tenía recelo. Debe ser difícil saber que la que creíste una chica normal, resultó ser transexual. Tenía que aceptar eso. Entender que las cosas llevan su tiempo.

Capítulo 67

*Ya no importa cada noche que espere,
cada calle o laberinto que crucé,
porque el cielo ha conspirado en mi favor,
y en un segundo de rendirme te encontré.*

Creo en ti
Gilberto Marín · Julio Ramírez · Kiko Cibrián · Mónica Vélez

Antes de la operación Pastor y yo nos vimos un par de veces. El primer día me llevó a pasear. La ciudad era inmensa. Mis papás estaban felices de que tuviera el apoyo de él. Le tenían confianza.

La segunda ocasión que salimos nos detuvimos en un pequeño restaurante. Me invitó a comer.

—No será como la comida de Doña Lala, pero espero te guste lo que sirven aquí— dijo.

Sonreí mientras veía el menú. Ordenamos y nos miramos. Él quería decir algo. Yo también. El silencio no estaba siendo muy bueno. Así que me armé de valor y le pregunté:

—¿Te gusto todavía?

—Vaya pregunta. Estoy aquí contigo —me contestó como queriendo cortar el asunto.

—Es que... Sabes... Es tan breve lo que nos conocimos, tan breve y tan... bueno, compartimos poco, aun con ello me enamoré. Aunque nunca lo hayamos dicho. Aunque sólo nos hayamos besado la última vez. Me gustaste desde que te vi. Quise decirte cuando me mostraste interés. Era tan poco lo que estarías en Córdoba. No quise arruinar nada. Eras como un sueño luego de tantas cosas que viví con anterioridad. Por favor, deja te cuente.

—Vale, cuéntame —me respondió y resumí mi historia.

Al terminar me miraba asombrado. Tomó mis manos y las besó.

—Sé que mis experiencias anteriores no son justificación —le dije—, sin embargo, quería sentirme normal, sin tener que preocuparme de si me aceptarías o no.

—Cuando me enteré, lo tomé muy mal. Pensé en hablarte por teléfono y reclamarte. Me sentí engañado. Sentía que me debías sinceridad. Opté lo que siempre hago en esos casos. Callarme. Tenía que pensar. Tu ultimo e-mail, con lo que mandaste a los periódicos de allá, me llegó hondo. Vi que no estaba pensando bien y que estaba en una actitud poco tolerante. Tenía que verte. Gracias por mandarme tus datos. Sigo asimilando. Te veo y me digo: <<Es la misma Karol>>. La que le dije que recordaría como mi novia, aquella última vez que nos vimos en Córdoba. Deseo estar contigo. He investigado la cirugía que te van a practicar. Sé que es riesgosa. Y no quiero te vaya a pasar algo mientras estés ahí, pues no podría decirte de nuevo que te quiero. Te quiero Karol. Perdóname tú a mí.

Tomé su mano. Él se acercó a mí. Tomó mi barbilla y me besó. Sentí que el aire se me iba. Nuestras bocas jugaban. Querían entregarse más. Nuestras lenguas juguetonas tocaban sus puntas y sin querer sepáranos lo hicimos para vernos a los ojos y volver a darnos un beso más breve. Me quedé sin ganas de decir más. Lo importante era que estábamos juntos. Que me había aceptado.

Capítulo 68

*Y comprendes que la vida está de vuelta
y sonríes con más fuerza contemplando esta vez,
que en vez de huracán ya sólo hay prisa,
peinarte no se fija
si se trata de ella o él.
Y ahora no existe condena
y al final valió la pena.*

Como una flor
Carlo J. Molina – Antonio R. Fernández

El doctor Landeros nos recibió. Me llevó a la que sería mi habitación de recuperación. Comenzaba el ayuno. Pastor dijo que llegaría en el transcurso del día. Cuando lo hizo, les insistí a mis papás para que fueran a comer. No tanto para que me dejaran a solas con Pastor, sino porque los conocía, y como yo no podía comer, eran capaces de pasársela igual.

—¿Preparada? —me dijo Pastor.

—Quiero creer que sí — le dije. Estábamos sentados los dos a la orilla de la cama—. La operación durará de cinco a seis horas.

—Es algo de tiempo. Estaré mañana temprano para verte antes de que entres al quirófano.

—Sí. Me agradecerá verte antes de que me duerman.

—No lo digas así, eso suena como eutanasia.

Reí casi a carcajadas con su comentario.

—Sabes, no puedo comer nada hoy. Pero el doctor no dijo nada de estar adieta de besos.

Él sonrió coqueto, y nos besamos. Nos dejamos caer en la cama. Nos entregamos a varias caricias. Nuestros cuerpos con ropa vibraban como si no la tuviéramos. Hubiera querido entregarme a él. Fui yo la que se detuvo. Le dije que habría tiempo luego para más cosas, si él quería. Sonrió con picardía y asintió.

A las 5 de la tarde empecé a sentir los estragos del hambre y la sed. Un preludio de una recuperación dolorosa. No demostré a Pastor mis síntomas de la falta de alimento. Al irse, mi cuerpo se relajó y mi estomago empezó a hacer ruidos extraños. Mis papás llegaron. Una enfermera les acompañaba. Me traían unos laxantes. Tenía que ir al baño las veces que fuera necesario.

La noche me fue fatal. No podía dormir. El hambre me había hecho olvidar las razones por las que estaba ahí. Mis papás se quedaron conmigo toda la noche. Los tres intentando dormir sin lograrlo. Las luces apagadas.

Pensé en todos esos niños huérfanos como yo, que tuvieron que crecer en las calles, pasando hambre. ¿Qué hacía yo ahí en la clínica? ¿Por qué estaba dejando a mis papás gastar tanto? ¡15 mil euros! No dejé que me ocultaran el costo. Mas no cuestioné. Mi deseo era grande.

Dudaba. Lo que más quería en mi vida estaba a horas y yo titubeando. Abrí los ojos. Mis papás parecían dormidos. Quise levantarme y decirles que cancelaran todo. No merecía tanto. ¿Estaba siendo egoísta con ellos y el mundo por dejar que tanto dinero se usara de esa manera?

—Karol, Karol —escuché la voz de mi mamá.

Se acercó a la cama.

—¿Tienes miedo, hija?

—No mamá —me solté a llorar—. No creo merecer esto. No es justo. No somos ricos. No sé por cuanto tiempo han ido juntando este dinero, ni de las cosas que ustedes se han privado por mí. Soy privilegiada. Demasiado privilegiada. Tengo más que otros niños que también fueron abandonados. No es justo mamá.

Ella me abrazó y con cariño me respondió:

—No preguntes si lo mereces. Nosotros te lo queremos dar. Sabemos que no es un capricho, sabemos que ese dinero se podía ocupar para muchas otras

cosas hija. Los padres hacemos todo por nuestros hijos. Cualquier sacrificio. Aunque no siempre se pueda entender. Si estuvieras en una silla de ruedas y una operación te hiciera caminar, pagaríamos por ella. Queremos que camines sin sentirte molesta con tu cuerpo. Que te sientas libre, que no te sientas frustrada en tu sexo. Queremos que te sientas tú por dentro y por fuera.

—No se trata de que lo merezcas o no hija —mi papá habló desde su asiento reclinable con los ojos cerrados—. La cosa es simple: es algo que te queremos dar y somos felices porque lo podrás disfrutar. No te mortifiques. Haznos felices. Disfruta.

Tenían razón. Dije gracias y me fui quedando dormida abrazada de mi mamá.

Pastor llegó a las 8:00 am. Me sentí apenada de que me viera así, con los ojos hinchados. Mi piel pálida. Mis labios un poco agrietados.

—Vale, ¿estás lista?

—Creo que ya lo estoy —le dije con una sonrisa.

El doctor se presentó a las 8:30 am. Saludó a todos y dijo que nos fuéramos despidiendo, porque no me verían como en 10 horas más o menos. Nos miramos entre sí y nos reímos. Con toda la sinceridad del mundo nos reímos. El doctor no entendido y nos preguntó que qué pasaba.

Mi papá le dijo que era de felicidad.

—Desde que Karol está con nosotros, nuestra única misión para con ella ha sido hacerla feliz. Estoy feliz y quiero que entre en el quirófano feliz, porque saldrá aún más feliz. Es mi tesoro doctor. Nuestro tesoro —diciendo esto acercó a mamá y a mí abrazándonos, miró a Pastor y le pidió acercarse también—. Estamos felices por ella.

El doctor aplaudió y dijo que iba a preparar todo al quirófano, que fuera

por última vez al baño si es que sentía ganas todavía, que me pusiera la bata cuando me la llevaran. Se retiró y minutos después unos camilleros llegaron por mí.

Pastor y mis papás me acompañaron hasta donde el cuerpo médico les dejó. Lloré un poco a pesar de la deshidratación por el ayuno.

—Hija, te amamos —dijo mi mamá.

—Yo también los amo —agité mi mano mientras les indicaban que ya no me podían acompañar.

Mamá Ana dejó salir su llanto. Papá la abrazaba y me sonreía. Pastor también me regalaba su más galante sonrisa.

Entramos al quirófano. El olor a hospital era más intenso ahí. Alcohol, desinfectantes, medicinas. Una mezcla que debería hacer sentir saludable a los pacientes y que al contrario provocaba repulsión y miedo. Tuve miedo. El doctor debe haberlo visto en mi mirada asustada. Me vio directo a los ojos y tratando de tranquilizarme me dijo que me preparara para dormir y soñar bonito, que el sueño sería toda una realidad al despertar. Al proceder con la anestesia, me pidió contara del 10 al cero. Mis ojos se iban cerrando de a poco. Todos los que amaba me llegaron a la mente. Al pronunciar el número tres, despacio dije “mamá”. Vi todo blanco, pues la mamá en la que pensé no la conocía, traté de imaginarla y de pronto, no supe de mí.

Soñé con un recuerdo. Cuando vi por primera vez a la señora Lucía Arpa. Ella dijo que mi edad le recordaba a un hijo que tuvo. ¿Un hijo que murió? ¿O un hijo que dio en adopción?

Palidecí en mi sueño. La vi señalándome y diciéndome: <<Que bueno que te regalé, eres un adefesio, si te hubieras quedado conmigo serias un hombrecito>>. Temblé de terror. Escuché una voz lejana: <<Se está despertando doctor>>. <<Contrólele para que podamos continuar, por

favor>>. Esa última voz me sonó familiar. Era el doctor Naín Landeros. No estaba en Córdoba y no tenía enfrente a Lucía Arpa. Estaba a salvo.

Desperté. Respiraba con dificultad. Mi boca estaba seca. Traté de hablar. Alguien me pidió que no hiciera esfuerzos. Miré a todas partes buscando una cara conocida. A mi papá, a mi mamá, a Pastor. Ninguno. Busqué al doctor. Tampoco lo veía. Me dijeron que me llevaban a recuperación y podría ver a mis familiares, que todo había salido bien. Pronto estaría con ellos. Sonreí y regresé a la inconciencia.

Cuando volví a despertar estaba siendo atendida por unas enfermeras. Me felicitaron. Dijeron que todo había sido un éxito. Pedí agua. Me la negaron. Que me darían un poco antes de trasladarme al cuarto. Y que para ingerir alimentos sería hasta el día siguiente, que mientras me estarían alimentando por medio del suero que tenía puesto, que entraba a mí por la aguja colocada en mi mano izquierda.

Pregunté por la hora. Casi las cinco de la tarde.

—¿Mis papás? —pregunté con dificultad.

—Pronto los verás. En una hora te pasaremos a tu cuarto. Ellos te esperan ahí. Ya fueron informados. Están ansiosos.

Hice un intento de sonrisa y esperé.

Mis papás estaban en el pasillo. Me sorprendí cuando pasamos junto a ellos. Me llevaban en la camilla y ellos tras de mí sonrientes. Me emocioné. Entramos a mi habitación. Los camilleros me depositaron en mi cama. Pidieron que no me hicieran hacer mucho esfuerzo. Uno de ellos me dijo que ajustaría la cama a que me sintiera cómoda. La fue levantando. Cuando llegó a cierta altura le dije que se detuviera. Sentí un dolor en la entre pierna. Tenía

sensible toda el área. Era extraño. No percibía la ausencia de mis genitales. Era como si mi pene estuviera reaccionando, como cuando tuve caricias intensas por primera vez, sólo que la sensación ya no era fuera, sino dentro.

Los camilleros antes de retirarse dijeron que cualquier cosa llamáramos a la enfermera, que el doctor me haría visita al día siguiente, temprano. Que al no haber complicaciones podía estar tranquila.

Nomás de irse se acercaron mis papás. Estaban felices. No me había dado cuenta de dos ramos de flores grandes ya puestos en jarrones. Mamá se acercó y me besó. Luego papá. Quería decirles tanto y lo único que dije fue: <<Por fin>>.

Pastor salió de no sé dónde. No lo percibí cuando me introdujeron al cuarto. Se acercó y besó mi mejilla.

—Gracias a Pastor supimos dónde comprarte flores —dijo mi papá—. Bueno, él nos hizo el favor de comprarnos un ramo. El otro es de parte de él.

—Gracias. Están lindas —dije sin muchas fuerzas, apenas me dejaron mojar un poco mi garganta, sin tomar el agua, sólo hidratar. Luego de unos buches me dejaron ingerir apenas la cuarta parte de un vaso pequeño. Mi garganta aún se sentía seca.

—¿Cómo te sientes hija? —me preguntó mamá.

—Creo que no puedo decir <<Por fin soy>>. Creo que siempre lo fui. Creí que esta operación era parte de las piezas que me faltaban. Y no. Faltan piezas, porque una nueva forma de ver la vida comienza. Ahora será más fácil. Tengo un pendiente menos. Nunca estaré completa, siempre necesitare irme completando más. Quiero seguir buscando. Mamá, soy una mujer como tú. Tuve un defecto físico, pero era y soy mujer. Ya era perfecta. Lo soy más. Esta parte está casi concluida. Faltan un par más —al decir esto último miré a Pastor, por primera vez lo vi sonrojado por una mirada mía—.

Capítulo 69

El doctor me visitó de mañana. Me revisó. Me dijo que todo estaba muy bien. Que en un par de días más me haría mi primera dilatación. Me explicó que era necesario mantener la abertura de la vagina mediante las dilataciones constantes los primeros meses. Al principio a diario, tres veces por día, de 20 a 30 minutos por sesión. Consistía en introducir un dilatador en forma de pene, pero sin glande, la punta era redondeada. Se le cubría de un líquido antiséptico y lubricante. Durante los primeros días usaría uno delgado y se iría aumentando su grosor, conforme fuera dejando de sentir molestias con el primero. Así durante tres meses. Luego debía proceder a dilatarme de por vida, por lo menos una vez al mes. A menos que tuviera relaciones sexuales regulares, es que podía omitirlos.

Al parecer me vería anclada a ese proceso por siempre. Un pequeño precio.

Durante la revisión dijo que me quitaría la sonda mediante la cual recogían mi orina. Que ordenaría me dieran de comer y agua simple. Que tenía que ir al baño por mí misma y reportarle que no hubiera ninguna molestia.

Fue extraño el retiro de la sonda. Estaba casi vacía, pues no había tomado nada de líquidos. Tan pronto llegó la comida, literal procedí a devorar, aun cuando la enfermera me dijo que comiera despacio. Mi mamá me regañó. Sólo le sonreí. Tomé toda el agua y pedí más. Quería ir al baño. Quería saber si todo estaba funcionando de manera correcta.

A las dos horas mi vejiga estaba llena. Con ayuda de mi mamá me puse de pie. Pasé y experimenté por primera vez como era orinar como mujer. El sonido era diferente, el flujo también. Sentí que la uretra era más fina. Fue rara la sensación del líquido saliendo desde dentro. Terminé y comprobé que

tenía control del esfínter, que era lo que le preocupaba al doctor. Me limpié y lavé mis manos. Me vi al espejo. La imagen de mi rostro no me era tan importante. Lo descolgué sin dificultad. Lo puse sobre el lavabo y me levanté la bata. Vi la nueva apariencia de mi área genital y sonreí. Hay ausencias que no duelen y aquella que vi, era una de ellas.

El día de la dilatación sufrí mucho. Mis papás estaban presentes. Por suerte Pastor no. Me visitaría en la tarde y el doctor sólo me veía de mañana.

El introducir ese objeto extraño a mi nueva vagina fue muy doloroso. Extrañamente doloroso, pues al mismo tiempo había una sensación como de alivio, quizás porque mi cuerpo empezaba a reaccionar al reacomodo de mi genitalidad.

Lo que duró el proceso pensé en Pastor. Quería preguntar al doctor por las relaciones sexuales. Me daba pena con mis papás ahí. Quería saber si serian igual de dolorosas. Si las disfrutaría. Qué cuando podría tenerlas. Quería soñar con que Pastor fuera el primero. Faltaba un mes y tres semanas de estancia en Barcelona. En el hospital saldría en tres días más. Había cumplido con las condiciones puestas por el doctor Landeros, que era poder ir por mí misma al baño, checar el funcionamiento de mis esfínteres y fijarme si tenía control sobre ellos. Caminar despacio, pero sin dificultad. Aprender a dilatarme yo sola, lo cual hacía en esos momentos.

Al terminar la dilatación me dijo el doctor que la próxima sería como las tres de la tarde y la última por la noche, antes de acostarme. Al siguiente día iría a verificar como lo hacía por mí misma. Le agradecí y procedió a retirarse, dejándome con muchas dudas.

Capítulo 70

Pastor llegó a las 4:30 am. Les dije a mis papás que salieran a comer, a caminar un rato, a despejarse. Se miraron y sonrieron con ironía. No los podía engañar. Quería estar a solas con Pastor. Nos dejaron y sólo podía mirarle. Me daba pena iniciar conversación. Y llevé la plática a un tema que no pensé, sino que se me salió compartirle.

—Pastor, hay algo que no te he dicho.

—¿Más secretos? —dijo en tono de sarcasmo.

—Ji, ji, ji, perdón, bueno, es que no es algo que crea que sea un secreto, sólo que no me da por hablarlo, para evitar tantas preguntas. No sé por qué no te lo dije antes.

—Bueno, pues dilo, aquí estoy.

—Soy adoptada.

—Vaya, no lo había pensado.

Le conté mi historia en la Casa Hogar Providencia, de mis tres mamás y de mi última vez que las visité.

—Mi verdadera madre me dejó una carta con ellas cuando cumplí 15 años. La traigo conmigo. En mi maleta. No la he abierto. No dice su identidad ni nada. Parte de la historia de ella la sé por Amalia, Dulce y Daniela. Sé que en esa carta hay algo más. No la quise abrir cuando me la dieron aquella vez. Me la traje conmigo. Presentía que desearía leerla después de mi operación. Me da miedo saber quién es mi madre. Mientras me operaban tuve un sueño sobre ello. No te diré que fue. Prefiero sacudirme de la cabeza esas imágenes.

—¿Quieres leerla ahora?

—No les dije a mis papás de ella. Quería leerla yo sola, sin embargo, prefiero tenerte cerca. Quizás necesite un abrazo luego de terminarle. Por eso,

el día que me trajeron aquí, luego de la operación, dije que aún me faltaban un par de piezas. La carta, mi mamá biológica, es una de esas piezas que debo explorar para mi nuevo comienzo en Córdoba.

—¿Cuál es la otra pieza? —me cuestionó. No supe que decirle, así que lo evadí suspirando.

—Una cosa a la vez. Alcánzame la maleta por favor y ábrela. Dentro hay un compartimento pequeño con cierre. Ahí está la carta.

Hizo lo que le dije y sacó la carta. La miré. No podía creer que la había tenido tan cerca y no haber temblado, porque lo estaba haciendo. Estiré mi mano. Pastor me la dio. Lo miré. ¿Debía abrirla?

—Estaré aquí contigo para darte el abrazo. Ya no tiembles. Puedes contar conmigo.

Procedí a levantar la pestaña del sobre. Saqué el papel. Sentía vibraciones en él. Los nervios me hacían imaginar que el contenido iba más allá de lo que me podía imaginar. Quise creer que mi madre biológica me amaba y que a pesar de que ya sabía algunas de las razones de su abandono, descubriría algo que no tenía idea cómo encajaría en mi vida, pero que lo haría. Mi universo se redujo a las palabras que se mostraban en el papel que sin querer estaba arrugando. Pastor tomó mis manos y calmó mi temblor. Las besó y me dijo:

—Anda, inténtalo, te es necesario, lo veo. Ya es tiempo.

La extendí muy lento y para no sentirme sola la iba a leer en voz alta. Pastor llevó una mano a mi boca.

—Esto es entre tú y tu madre. Soy testigo. Si quieres compartirla al terminar la leeré. Pero tú léele en silencio. Es un diálogo entre ustedes. Entre sus palabras y tus pensamientos. Vale, empieza.

Capítulo 71

El papel estaba en mis manos. Miré las letras. Las palabras. El tiempo. Porque eso había ahí, un tiempo y sentimientos. Los de mi madre y los míos. La letra era pequeña. Muy reafirmada. Las líneas, algunas veces torcidas, pues el papel era liso. Sin renglones o cuadros. Se notaba que hubo dificultad en su redacción, así como la había en mí para leerle.

Cerré mis ojos. Olvidé el hospital. Olvidé a mis padres. Olvidé a los doctores. Olvidé a Pastor. Intenté imaginar un rostro. Me asusté. Me daba miedo su identidad. Nada de nombres en la carta, según me habían dicho. La recorrí sin leerla. No. Ninguna firma figuraba ahí. Sin embargo, era de ella. Lo percibía. Sentí mucho dolor. Después de todo sí me importaba. Más allá de la curiosidad, quería saber de ella. Así que hice un esfuerzo y comencé.

Hijo:

Podría decir tantas cosas aquí. Podría intentar hacer que quepa toda mi historia en esta carta. Mas con ello no aliviaría mi corazón. Lo mucho que me dolió separarme de ti.

Debes contar con 15 años y te debes estar preguntando por qué hasta ahora he intentado un contacto contigo. ¿Falta de valor? No... va más allá. Sonará simple: no quiero ser una interrupción en tu vida. No quiero intervenir y serte una carga. Debes ser feliz con tu familia actual, porque estoy segura que hubo quien te quiso adoptar. Estoy feliz de que alguien se haya interesado en ti todos estos años, que te haya dado todas las oportunidades de una vida normal.

Cuando te tuve, te vi como mi oportunidad de consuelo, como mi salvavidas ante una vida de sociedad que me agobiaba. Mi familia nunca se interesó en mi sentir, sino en lo que los demás querían de mí. Apariencias,

posición, apellidos, poses.

Yo me sentía más que ello. Yo quería vivir en la realidad. Tú fuiste mi pequeña gran realidad. Una realidad que poco a poco te harían vivir como a mí. Encerrada. Apartada. Lejana.

En la distancia veo que no hubiera sido tan difícil intentar desprenderme de ellos. Hacerme útil. Buscar una oportunidad. No sabía cómo. Mi mente no estaba tan despierta como para ver las posibilidades que años más tarde descubrí.

Los odié. Quisiera decir que aún los odio. Pero tengo parte de culpa. Y esta fue aceptar lo que me decían. Aunque aceptar en darte en adopción fue más allá de su imposición. Al final yo decidí. Quería que tú tuvieras una oportunidad en otro lado, en otro ámbito, con unos padres deseosos de un niño que les diera toda su felicidad. Porque no estuviste en mis planes ni estuviste en los de tu papá. Él sólo me dio la espalda, y yo busqué el único medio de salir de ello, con mis padres.

Intentaron hacer que te abortara. No se los permití. No quería esa ayuda, quería te aceptaran. <<Pero, ¿qué dirán nuestras amistades?>> Eso dijeron. No podía creer que el argumento tan usado en historias banales y sin sentido de muchas malas novelas, fuera usado conmigo. La realidad es que, sólo estando dentro de ciertos sectores sociales, llegas a saber en verdad, que tan ciertas pueden ser esas historias que parecen simple ficción.

Te podría decir que me sacrificué por ti. Yo misma intento convencerme de ello. No importa lo que yo piense. Te abandoné y no me lo perdono todavía. Quisiera verte, abrazarte, guiarte. Mostrarte todas las posibilidades que puedes tener, todo lo que al mundo puedes dar.

No tengo derecho a desear ello. Lo único que quiero que sepas, es que pienso en ti todos los días. Que no hay joven de tu edad que no me recuerde a ti.

Sabes. Logré estudiar. Terminar una carrera. No me dejaron ejercer. Me casé con alguien que mi familia si aceptaba. Él, no era mala persona, la mala fui yo. No permití embarazarme de él. No me sentía con derecho a tener un hijo al que sí podría darle todo, si a ti no te lo había dado. Mis negativas llegaron un día a desesperarlo. No pude y le conté la verdad. No lo entendió. Luego de ello las discusiones se hicieron interminables. Hasta que un día yo misma le propuse la separación. Él, más por cansancio ante el desgaste, que por desearlo, aceptó.

Mis padres no perdonaron el que me divorciara. Ni yo lo deseaba. Sólo quería vivir. Y lo hice. Busqué trabajo de mi carrera. Por suerte logré desempeñarme en una institución. Tenía el departamento que me dejó mi ex esposo y tenía ganas de vivir.

¿Pero cómo vivir sin ti? Lo intenté, lo sigo intentado cada día. Me encanta ayudar a los jóvenes. Siento que entre ellos puedes estar tú y que al guiarles también te guío a ti.

El mundo es extraño. Lo es porque todos somos extraños en cierta forma. Diferentes. Mostramos a los demás lo aceptable y escondemos nuestro interior. Andamos con miedo a que desnuden nuestra alma, nuestras ilusiones. Cada vez que creo haber puesto un granito de arena para ayudar a la juventud a andar sin tantos errores, apareces tú en mis pensamientos y me siento retroceder.

No te culpo hijo. Perdona llamarte así. No tengo derecho. Mamá es quien cría, y yo no te he criado. Me hubiera gustado hacerlo. Te veo en mi mente y siento que cojea. Mi vida cojea por tu ausencia. Haga lo que haga, siempre me sentiré así. Porque te traigo conmigo y no estás. Porque siento mi garganta atorada queriendo gritar muy fuerte para encontrarte. Porque ruego a Dios un día poder abrazarte y quererte tanto como te mereces. Protegerte y escucharte decirme “mamá”. Aunque fuera una vez quisiera esa

dicha inmerecida.

<<¿Qué es lo mejor para los hijos?>>, me han llegado a preguntar muchos padres. Y mi respuesta casi siempre es: <<No sé. Lo mejor es preguntarles a ellos>> ¿Cómo podría haberte preguntado? No pude. Te dejé porque creía era lo mejor. Creciste y donde lo hayas hecho, si es que te dijeron que eres adoptado, te debe haber hecho hacerte tantas preguntas sobre tu origen. Todos queremos saber de dónde venimos. Hay algunos que no les interesa en lo más mínimo, pues han encontrado todo el amor que podrían haber tenido. Pero, si hasta quienes sabemos nos llegamos a preguntar <<¿Quién soy?>>, cuanto más tú.

No me mal intérpretes. No pretendo incitarte a que me busques. Sólo decirte: <<Aquí estoy y aquí estaré siempre si algún día decides saber de mí, si deseas reclamarme, reprocharme o quizás darme la oportunidad de un abrazo. No importa. Aquí estaré. Y esperaré como lo hace una mamá, te esperaré porque deseo sentirme en verdad tu mamá>>.

Hijo. Perdóname. Nunca te olvidé. Nunca. Cada mañana al despertar, lloro. A veces poco, a veces mucho. Y como una oración, sin la que no podría levantarme, dirijo mis ojos al cielo esperando te llegué algún día mi mensaje: <<Tal vez no sueñe siempre contigo, pero al despertar eres la primera persona en la que pienso>>. Siempre serás esa persona.

Te amo, aunque no te conozca, aunque no me conozcas. Te amo.

Las lágrimas retenidas fluyeron con el final. En algún momento dejé caer las hojas de la carta sobre la cama. Una cayó al suelo. Pastor la levantó. Tomó mi mano. Me preguntó si estaba bien. No sabía si lo estaba o no. No sabía si estaba triste o alegre. No sabía qué sentía. Lo único que atiné a decir fue: <<Por fin sé quién es mi mamá...>>

Capítulo 72

*Angels are hiding in the motions of humans,
angels are around to help us all,
we are angels hiding in the bones of humans,
helping all these miracles along.*

*Los ángeles se esconden en los movimientos de los humanos,
los ángeles están alrededor para ayudarnos a todos,
somos ángeles escondidos en los huesos de los humanos,
ayudando a todos con milagros.*

The Letter Writer

Cuando llegué a Barcelona creí que el mayor pendiente de mi vida estaría resuelto. Que mi operación me libraría de tantos sufrimientos. No pensaba en nada más. Salir del quirófano. Recuperarme. Que Pastor estuviera conmigo. Nada de eso era un final, ni una conclusión, sino el prelude de cosas más intensas que tendría que vivir.

Cuando dejé el orfanato, mis tres primeras madres se quedaron ahí. Llegaron a mi vida mi papá y mi mamá Ana. Pocas personas pueden decir que tienen la fortuna de tener más de una mamá. Yo tengo 4, y las cuatro siempre pendientes en la medida de sus posibilidades, de su tiempo, de los espacios.

¿Quién más cabía entre esas 4 mamás? ¿Acaso mi verdadera madre? Sin saberlo ella se adentró en mi vida. No sabíamos nuestras identidades. No reconocimos nuestros rostros tan cambiados. Sobre todo, el mío. Nada nos delataba. No había indicios. Sin embargo, actuó con cariño y con protección cuando lo necesité. Me buscó y no me abandonó. Ella entregada a su misión de ayudar, lo hizo conmigo. Me abrazó y consoló. Y sin que lo supiera, yo era el objeto de su amor perdido.

Construirme a mí misma no ha sido una labor sencilla. Las piezas no siempre encajan y cuando lo hacen siempre faltan más y más. Cuando el

rompecabezas parece estar en su fin, los acontecimientos te dicen que hay tanto por vivir.

“Mamá Luisa”. ¿Podré llamarla así? ¿Será que la última vez que nos vimos haya atado cabos y sepa quién era yo para ella?

Quería llamarla. Decirle que lo sabía. Que la perdonaba. Que estaría en mi vida. Siempre.

El teléfono cerca. Se suponía debía llamarle para contarle cómo salió todo. ¿Cómo iniciar conversación?

Los nervios grandes. Intenso lo que sentía. Mis papás salieron por algunas cosas. Estábamos ya en la suite. Hacía un par de días que había salido del hospital. Pastor se presentó a trabajar ese día. Lo llamaron para laborar en la página web de un periódico de Barcelona. Cuando me lo comunicó, me dijo que yo le di suerte. Que si no fuera por mi presencia allí, el seguiría buscando en Madrid.

Era feliz. Quería ser más feliz. Miré el reloj. La una del día. En Córdoba debían ser las 6 de la mañana. Temblorosa marqué a la recepción y pedí una llamada. Me dijeron que me la pasarían en seguida. Colgué. Al minuto sonó el teléfono. <<Lista la llamada>>, dijo la recepcionista. Escuché el primer tono. Sonó una vez más. Quería colgar. Alguien descolgó. Sólo podía ser ella, pues vivía sola.

—Buenas días. Diga —reconocí su voz.

—Mamá. Soy yo. Soy Karol...

Epílogo

*Creo en ti
y en este amor,
que me ha vuelto indestructible,
que detuvo mi caída libre.
Creo en ti
y mi dolor se quedó kilómetros atrás,
y mis fantasmas hoy por fin están en paz.*

Creo en ti
Gilberto Marín · Julio Ramírez · Kiko Cibrián · Mónica Vélez

A pesar de haber salido del hospital seguía yendo a revisiones periódicas. Pude consultar al doctor Landeros sobre una de mis grandes dudas. Me dijo que, si ya no tenía molestias con las dilataciones en la tercera semana, podría hacerlo. Sonreí.

Mis papás y yo conocimos muchos lugares de Barcelona. El barrio gótico —donde nos perdimos—, las catedrales. El mar, el cual nunca había visto, a pesar de nuestra cercanía con el Puerto de Veracruz. Lo más sorprendente, después de este, fue el Parque Güell, al que regresé después con Pastor.

Mi papá al mes partió, al final se quedó una semana más. Mi mamá Ana y yo pasamos solas un mes. Pastor trabajaba, así que no nos podía acompañar mucho.

El penúltimo día de nuestra estancia en Barcelona, coincidía con su día de descanso. Convencí a mi mamá de dejarme salir sola con él. Ella sonrió como presintiendo a dónde iba el asunto.

Abrazados en el Parque Güell, entre los colores surrealistas, formas, esculturas y naturaleza; en una banca le dije: <<Quiero que seas mi primera vez>>. Él se hizo hacia atrás por la impresión. Yo reí y le dije: <<¿Acaso no quieres?>>. Él sonrió y me besó y mientras lo hacía me levantó de la banca y

me llevó a la salida.

La media luz del hotel de paso. Sus manos en mi cuerpo. Su barba en mis mejillas. Nuestras ropas cayendo. Nuestros cuerpos sintiéndose uno al otro. Mi sexo recién recreado teniendo sensaciones diferentes a las antes experimentadas.

Un poco de dolor al principio. Luego un ritmo donde nos acomodamos uno al otro. Nos olvidamos de la cama. Permanecemos de pie. Nuestras ropas rodeándonos. El aire acondicionado no detenía ni su sudor ni el mío. Mi cabello suelto cayendo en mi espalda. Mis manos tocando sus hombros y su pecho. Las de él paseando entre mi cintura y mis senos, a veces en mis glúteos. Con delicadeza y firmeza. Con ansias y sin prisas. Con amor y lujuria. Con carne y alma. Con suspiro y gemidos.

No me descubrí mujer con Pastor por tener sexo con él. Me descubrí mujer porque supe, que en mi interior siempre amé como cualquier otra. Que nadie me podía dar ni arrebatar eso. Que los ajustes de mi cuerpo eran sólo eso, ajustes, pero que lo mejor de mí estaba en mi entrega.

La última pieza de ese ciclo estaba conmigo. Porque aunque yo me iba, él siempre estaría dentro de mí.

Pastor se quedaba. Yo regresaba a enfrentar tantas cosas que dejé en Córdoba. El preludió a lo que seguía terminaba. Lo que iba a comenzar, no tenía idea qué forma tendría. Sólo esperaba que entre todas las piezas, Pastor volviera a encajar. Aunque fuera de lejos. Quizás en el futuro nos volveríamos a acercar. No lo sabía. No lo quería saber. Lo único que quería era seguir disfrutando con él. Seguir extasiándome con el orgasmo que estaba experimentado.

Terminamos y nos dejamos caer a la cama. Nos exploramos los rostros. Queríamos grabarnos uno al otro. Atrapar lo que veíamos: sus cabellos alborotados. Sus labios rosados. Su cuerpo lleno de bellos. Su desnudes. Su

encanto... Y él viendo mis senos, con una mano posada en uno de ellos. Observando mi vientre. Mirando mi rostro y mirándome con su tacto que empezó a recorrer mis formas. Me besó. Nos besamos y nos entregamos por segunda vez.

Esto nunca acabará. No quiero que termine. Siempre recordaré que un día estuve fundida a él. Que fue el primero en hacerme descubrir en su totalidad, un clímax femenino.

El viaje terminaba. <<Adiós Barcelona. Adiós clínica. Adiós antigua vida. Adiós complejos. Adiós pedazo de mi vida. Adiós Pastor, te amaré, aunque nuestros rumbos no coincidan. Me llevo tus caricias, tu mirada, tu entrega, tu entendimiento, tu apertura, la oportunidad, tu sonrisa, tu amor. Todo de ti>>.

El primer rompecabezas de mi vida acababa. La pieza que faltaba, estaba colocada...

*Me han dicho que has vuelto por fin a tu casa
¿Y qué harás ahora que el viaje se acaba?*

**Llegará la tormenta, Amaral.
Adaptación de A Hard Rain's a-Gonna Fall, de Bob Dylan.**

Agradecimientos

A Vanessa Sam y a Pío Domingo Rosales Sena, por ser los primeros en leer esta novela. A Jessica Rodríguez por ayudarme con algunas dudas médicas. A la verdadera doctora Torres, que la adapté como personaje, ajustando su historia; al menos aquí sí tenía sus papeles adaptados al nombre que eligió, siempre te recordaré Agnes Torres. Al doctor Iván Mañero y su paciente Martha, de quienes aprendí mucho cuando vi su reportaje Cambio de Sexo en Adolescentes.

[1] Sistema para el Desarrollo Integral de la Familia.

[2] En un estudio de los suecos Ivanka Savic y Stefan Arver, la disforia de género se propone como una consecuencia de una diferenciación sexual cerebral atípica, aunque no hay datos que indiquen que los cerebros estaban feminizados. Un estudio del doctor Kruijver en Ámsterdam apoya la hipótesis de que en los transexuales la diferenciación sexual del cerebro y los genitales pueden ir en direcciones opuestas y por eso él apunta a una base neurobiológica de la transexualidad. Otro estudio de I. Savic y S. Arver, del Departamento de Neurociencia Clínica del Stockholm Brain Institute, realizado con 48 hombres y mujeres heterosexuales y 24 mujeres transexuales (H>M) no pudo confirmar los resultados anteriores, pero sostiene que la anatomía del cerebro desempeña algún papel en la identidad de género. Fuente: Wikipedia

[3] John Money fue un psicólogo y médico neozelandés especializado en sexología. Su experimento de reasignación de sexo fracasó, culminando con el suicidio del paciente David Reimer, que fue mutilado del pene al nacer, y por consejo del doctor Money, le reasignaron el sexo y le criaron como niña. Creció sintiéndose niño a pesar de que le afirmaban que era niña. Fuente: Wikipedia.

[4] Cambio de sexo, del director Vicente Aranda, 1977